

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 4 - 10 septiembre 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Núm. 35

EL FUTBOL, PIEDRA DE ESCANDALO

DIRECTIVOS, EQUIPOS, ENTRENADORES ARBITROS EXTRANJEROS ANTE LOS JUCE



Giulio Sterlini, en el centro, principal acusador del Catania en estos últimos sensacionales escándalos del fútbol italiano, declara ante los periodistas y los noticieros cinematográficos

Manuel Cascales, un torero caro

oda la historia pasada y presente del matador de toros murciano, por José María Deleyto (pág. 55)
arta del Director a don Evaristo Martín Freire (pág. 8) * Entrevista con don José Félix de Lequerica, por Eugenia Serrano (página 9) * Entrevista con Muñoz Marín, por Antonio Covalea (pág. 13) * Los viñadores de Vevey, por Pilar Sahli (página 15) * El III Congreso de Genealogía y Heráldica (página 19) * Europa, año cero de la Liberación, por M. Blanco Obio, enviado especial (pág. 23) * Alcira, capital de la ribera, por F. Costa Torró, enviado especial (pág. 27) * Alcalá de Henares, convento y fábrica, por Ernesto Salcedo, enviado especial (página 32) * La red del espionaje soviético, síntesis del libro de F. H. Cookridge (pág. 45) * Ibiza, novia balear, por Jaime Col Cifra, enviado especial (pág. 49) * Inventario, por Ramón Gómez de la Serna (pág. 53)
EL ANTIDONJUAN,
novela por Roberto Molina

LA DANZA DE LOS MILLONES

**ESTO ES
LO QUE USTED NECESITA
PARA APLACAR LA SED**



Agua fresca, una cucharadita de "Sal de Fruta" ENO, unas gotas de limón... Con nada mitigará mejor la sed. Nada agradecerá tanto su ardoroso organismo como esta bebida efervescente y agradable. Nada tan higiénico, tónico y refrescante.

En los climas donde el calor agobia más, desde hace 86 años se recomienda y emplea "Sal de Fruta" ENO; por reunir las beneficiosas propiedades de la fruta fresca y madura, ENO regula la fisiología y adapta su ritmo a las exigencias de la temperatura exterior.

NÓ ESTRAGUE
SU ESTÓMAGO
CON BEBIDAS
MAS O MENOS
ALCOHOLICAS

ENO ES EL
UNICO REFRESCO
QUE MITIGA
LA SED, ENTONA
Y PURIFICA

"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

DEPURATIVA Y REFRESCANTE



Laboratorio: FEDERICO BONET, S. A. - Infantas, 31. - MADRID

MCD 2022-L5

EL FUTBOL, PIEDRA DE ESCANDALO

Este es el once del Catania, equipo italiano de fútbol, castiga con el descenso a la Segunda División por acompañar al árbitro Spadaccia en los partidos.



EN verdad que el fútbol, espectáculo el más popular en casi todos los países, está jugando, cada vez con más frecuencia, malas pasadas a la afición. La masa, arrolladoramente creciente, de seguidores y lectores futbolísticos—llámese «hinchada», como en España; «a torcida», como en el Brasil; «tifosi», como en Italia—no gana, por lo general, para disgustos. A lo largo de cada temporada, las alegrías por el triunfo del equipo favorito o del once representativo nacional, se ven con mucho superadas por los sobresaltos, las discusiones violentas, las decepciones y desengaños.

A veces, incluso en la época veraniega, los coletazos de la pasión por el fútbol se dejan sentir en informaciones sobre fichajes sensacionales o en el traspiés de la excursión de un equipo a otras naciones, o en los célebres «casos de rebeldía», o en la desilusión parcial que produce la oposición de los organismos fedrativos a peticiones más o menos ambiciosas de Clubs provincianos.

Las vacaciones futbolísticas han sido hogafío bastante tranquilas para el «hincha» español. Pero la tormenta estalló, con resonantes truenos, por otros lares no muy

DIRECTIVOS, EQUIPOS, ENTRENADORES Y ARBITROS EXTRANJEROS ANTE LOS JUECES LA DANZA DE LOS MILLONES

lejanos. Sus efectos todavía se están dejando sentir en Italia, donde, a tres semanas justas de comienzo de su temporada oficial, el Comité de Apelación examina aún los recursos planteados por equipos, jugadores y directivos afectados por gravísimas sanciones. «Lo scandalo del calcio», que dicen por allá, sigue dando quebraderos de cabeza a los «tifosos».

UN ASCENSO INVALIDADO

En Francia ya se han aquietado las aguas. Pero la marejada no ha sido menos turbulenta.

Equipo naufrago, uno de muchas campanillas: el Red Star de París.

Se trata de un Club de historial interesante. Sus orígenes se remontan a fines del siglo pasado. Su ingreso en el profesionalismo data de 1932. Juega en Primera División de 1934 a 1938. Descendido durante una temporada, vuelve a subir en 1939. Nueve años entre los grandes, para bajar de nuevo, fusionado con el Stade de París, en 1948. Recobra su autonomía en 1950, al mismo tiempo que abandona el profesionalismo, para enrolarse de nuevo en él dos años más tarde, militando en Segunda División durante tres temporadas, incluida la de 1954-55.

Pero París necesita otro Club importante en Primera, donde sólo figura el Racing. Y ese equipo puede ser el Red Star, que realiza mejores campañas en Segunda que los otros dos de la misma División: el C. A. París y el Stade Français. En las filas de los socios y simpatizantes del Red Star figuran no pocas personalidades parisienses del mundo industrial y financiero. Su presidente, M. Zenatti, un cincuentón nacido en Orán, pero residente en París desde la terminación de la guerra, es director del Consorcio

de Textiles de Francia y copropietario del cabaret Le Drapeau d'Or.

Al terminar la temporada 1954-1955, M. Zenatti, sus amigos los financieros y los numerosos socios del Red Star se han salido con la suya. París tendrá otra vez dos equipos en Primera División. El Red Star ha quedado subcampeón de Segunda, tras fuertes pugilatos con Rennes y El Havre, clasificados tercero y cuarto. Y juntamente con el Sedán, que obtuvo el primer puesto, pasará al grupo de honor.

Pero, sin embargo, tres meses más tarde, al comenzar la nueva temporada 1955-56, precisamente el pasado 21 de agosto, el Red Star figura de nuevo en Segunda, víctima de una descalificación. ¿Qué es lo que había ocurrido?

«¿GANGRENA EN EL FUTBOL FRANCÉS?»

Finales de junio. El día de San Juan, para más señas. Se está jugando la Copa Latina. El Reims ha ganado al Milán y ha de enfrentarse con el Real Madrid. La Prensa deportiva parisiense concede gran importancia a estos acontecimientos. Pero en sus columnas obtiene el mismo a mayor relieve otra información escandalosa:

«El fútbol francés atacado de gangrena?», se lee en gruesos caracteres. Y a continuación, todavía con mayor aparato tipográfico: «El Red Star, acusado de sobornar a equipos y jugadores contrarios, es descalificado y no jugará en Primera División.»

El golpe se había dado de la manera más descarada. Aquel día —24 de junio—, los representantes de los Clubs profesionales, con su Comité directivo al frente, celebraban con una comida la terminación de la temporada. Durante el acto, monsieur Zenatti recibía un aviso:

—Esta misma tarde tiene usted

que visitar a M. Paul Nicolás en su despacho.

La noticia le hizo poca gracia a Zenatti. Su nervosismo crecía horas más tarde en la sede del Comité de la Asociación de Clubs profesionales, presidido por Paul Nicolás. Zenatti, durante los setenta y cinco minutos que duró la espera, consumió un paquete entero de cigarrillos. Media hora larga más tarde salía del despacho, donde Paul Nicolás, acompañado del secretario general, M. Janqua, y demás miembros del Comité, le había dado la noticia que el propio Zenatti repetía desenchajado:

—Mi Club ha sido expulsado de la Primera División. Creo—añadió—que la decisión del Comité ha sido muy precipitada. Las acusaciones de soborno son totalmente infundadas. Yo, al menos, ignoro los hechos que se nos imputan. Y he pedido al Comité que, sin perjuicio de acatar la sanción, abra una encuesta para aclararlos.

Paul Nicolás no dejó del todo por mentiroso al presidente del Red Star. Estaba casi seguro de que se hallaba al margen del asunto. Y se abriría la encuesta, cuyo resultado se sabría el 16 de julio. Pero, por de pronto, la descalificación del equipo era un hecho. Había datos comprobados sobre turbios manejos. Los acusados principales eran el entrenador del equipo, Charles Nicolás, y tres o cuatro financieros amigos del presidente.

—El Comité—aclaraba Paul Nicolás—venía ya sobre la pista desde hace algunos meses. El fallo ha estado, pues, bien meditado.

La ignorancia del presidente del Red Star, lejos de ser atenuante, agravaba el asunto porque era prueba de una negligencia que arrancaba de temporadas anteriores. Ya al comenzar la de 1953—segunda de la nueva etapa profesional del Club—, tres miembros de su Directiva presentaron la dimisión ante M. Zenatti, al que advirtieron de irregularidades llevadas a cabo por «cierta persona» muy ligada al equipo.

Esa persona siguió en el Club y ha sido la principal pieza de convicción del Comité sancionador. Era el entrenador Charles Nicolás al que su tocayo el presidente del Comité había arrancado numerosas declaraciones antes de emitir el fallo. El acuerdo contra el Red Star estaba, pues, muy justificado, sin perjuicio de sanciones individuales posteriores.

TRESCIENTOS MIL FRAN-COS TIENEN LA CULPA

Las acusaciones eran de dos clases. De un lado, soborno a jugadores de equipos contrarios para que se dejaran ganar. De otro, primas a los Clubs que se enfrentaban con Rennes y El Havre, equipos que podían arrebatarse al Red Star el ascenso.

El primer punto no acababa de comprobarse. El equipo acusado era el Besançon, cuyo partido contra el Red Star registraba en el primer tiempo un simple 0-1 para terminar con seis tantos a favor de los parisienses, después de haberse retirado por lesión el portero contrario, los jugadores del Besançon negaban casi en

bloque, no haber recibido oferta alguna. Sólo uno de ellos, Mille de nombre, acusaba a Charles Nicolás de haber tratado de sobornarle. Pero no se hallaban pruebas contundentes.

Al Comité, con todo, le bastaba la comprobación del otro extremo de la acusación: el pago de primas por parte del Red Star a los adversarios de sus rivales más directos.

Ejemplos al canto. El 30 de enero, tras el partido Red Star-Gre noble, que terminó con el tanteo de 6-2, Charles Nicolás dijo a su colega el entrenador contrario: «Si ganáis a Rennes y El Havre, tendréis un buen regalo». Los jugadores del C. A. de París recibirían 5.000 francos por barba por empatar con el Rennes y 10.000 por ganar a El Havre. Por último, el 2 de mayo, al día siguiente del partido Montpellier-Rennes que ganó el primero por tres a cero, se recibía en Montpellier, consignada a nombre del entrenador del equipo, una transacción firmada por M. Charles, con domicilio en París, Rue de la Condamine, núm. 7. En tal casa parisiense no vivía otro Charles que el entrenador del Red Star, juntamente con algunos jugadores de este equipo.

Estos datos le bastaban al Comité. Pero cuando iba a dar las sentencias individuales definitivas el día 16 de julio, según se había propuesto, surgió otro acusador que hablaba de soborno: el portero del Toulón, que aseguraba haber recibido promesa de 140.000 francos por parte de Charles Nicolás si se dejaba ganar. Y el Toulón había perdido el encuentro en una mala tarde del portero.

Las pruebas eran suficientes. Y las sanciones definitivas fueron:

Confirmación de la descalificación del Red Star.

Inhabilitación a perpetuidad de Charles Nicolás.

Suspensión por tres años a M. Zenatti, por su negligencia en el ejercicio del cargo.

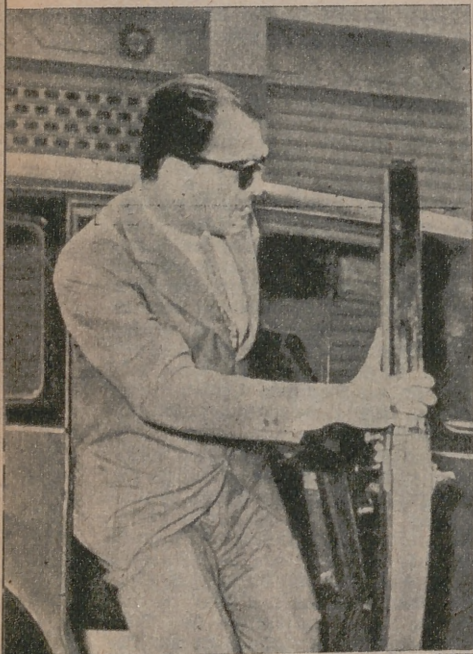
Zenatti y Nicolás habían de presentarse ante el Bureau Federal el día 20 de agosto, víspera precisamente del comienzo de la Liga. Para esa fecha, los financieros misteriosos que desembolsaron 300.000 francos—por lo menos—para que el Red Star ascendiera a Primera División, seguían sin ser identificados.

Y el Red Star, con nuevo presidente, comenzaba su cuarta temporada consecutiva en la Segunda División. Por cierto, ganando el primer partido en terreno contrario.

EQUIPO MILAGROSO, EQUIPO TRAMPOSO

Cambio de frente. Italia, a mediados de julio. El Consejo de la Liga, que tiene su sede en Milán, amonesta al equipo campeón de Liga acusado de haber ofrecido primas a equipos que se enfrentaban con los rivales que podían haberle arrebatado el Campeonato. La Prensa francesa, al recoger la noticia, subraya con evidente intención la benignidad de este fallo frente a la «dura, pero justísima decisión» de la Asociación Francesa de Clubs profesionales.

Quince días más tarde, Ahora es toda la Prensa europea la que



El conde Rognoni, presidente de la Comisión Italiana de Control, que ha sido el principal indagador de el escándalo del Catania y del Udinese

se hace eco de la noticia futbolística más sensacional de los últimos tiempos. Un Club italiano —el Udinese, segundo clasificado—, acusado de auténtico soborno. Las pruebas son tan evidentes que el equipo es relegado fulminantemente a la Segunda División. Pero el escándalo abarca a otros equipos. Suenan otra vez nombres de Clubs famosos mezclados con modestos onces provincianos. Milán. Catania. Génova. Lazio. Padova. Legnano. Pro Patria... En la siguiente reunión del Consejo Nacional de Liga, uno de estos equipos, el Catania, que por vez primera había participado en el Campeonato de la Clase A, es también descalificado y bajado de categoría.

La resonancia de la tormenta es tanto mayor cuanto que ha descargado sobre equipos de diversos provincias—uno del Norte y otro del Sur—y salpicado de ceno a otros que, como aquéllos, se habían granjeado la simpatía general por su condición de equipos modestos. El Udinese concretamente había sido calificado de «equipo maravilloso», «equipo milagro que ha sabido resucitar el viejo espíritu del juego ante todo avergonzando, pese a su modesta composición artesana, a tantos grandes complejos industriales».

Y ahora resultaba que el «milagro» había tenido su origen en una trampa garrafal. Trampa antigua, que había tardado año y medio en ser descubierta y más de dos en castigarse.

Era el 20 de noviembre de 1954. Al día siguiente iba a jugarse en Roma el partido entre el Lazio y el Pro Patria, de Busto Arsizio. El vicepresidente del Lazio, conde Mario Vaselli, recibe la visita de un sedicente periodista, nunca identificado, que se ofrece a influir en el resultado mediante determinada cantidad de dinero. El directivo laziano echa al visitante con cajas destempladas. Y no pasa más de momento.

Pero al día siguiente, poco antes del comienzo del encuentro, el medio ala del Lazio, Antonazzi, charlando con su antiguo compañero de Club, Ceconi, que ahora militaba como delantero en el Pro Patria, le dice tranquilamente:

—No te esfuerces mucho, porque me parece que este partido lo tenés vendido. Precisamente yo voy a firmar por tu equipo porque acostumbra a vender los encuentros y repartir el dinero.

No se sabe cómo, pero es el caso que estas palabras llegan a oídos de la Comisión de Control, como llaman en Italia a lo que aquí denominamos Comité de Competición. Y se comenzaron las indagaciones.

Uno de los llamados a declarar fué el medio volante Setembrini que, nacido y criado en Salerno, se había enrolado en las filas del Pro Patria en la temporada 1951-52. Y en este equipo continuaba, subiendo y bajando de División, pues el Pro Patria, de Busto Arsizio, es conocido en Italia con el remoquete de equipo ascensor.

La temporada de 1952-53 estaba en la Clase A, pero descendía a la B—al final de la misma, para volver a subir en la siguiente y bajar de nuevo en la 54-55. El 31 de marzo de 1953 se jugaba



El árbitro Scaramella, que fué comprado por el Catania

en Busto Arsizio el partido final del Torneo de aquel año entre el Pro Patria y el Udinese. El Pro Patria se hallaba en el último puesto con 22 puntos, precedido en la clasificación por el Como, con 27 y el propio Udinese con 29. El Como también jugaba fuera de casa—contra la Fiorentina, en Florencia—, por lo que el Udinese casi tenía asegurada la clasificación, pues no era presumible que los florentinos se dejaran ganar en su terreno. Pero había que asegurar la permanencia en el grupo de honor.

El primer tiempo terminó 1-0 a favor del Pro Patria. Durante el descanso se realizó el «tongon». Pese a lo cual, el jugador Rebuzzi, sin querer, marcó otro tanto para los locales. Y fué entonces cuando se dió la vuelta al partido. Los cuatro jugadores que habían intervenido en la negociación—Uboldi, Fossati, Manucci y Guarnieri—contagiaron a los demás, con la única excepción del novato Quaglia, de dieciocho años de edad entonces. Y el Udinese marcó los tres goles necesarios, en medio de un abucheo del público a los jugadores de la localidad.

Estos se embolsaron poco después 140.000 liras por barba que hicieron efectivas con distinta prisa y de distinto modo. En atención a esto, así como a la culpabilidad en la venta, al interés puesto en el juego y a la confesión del hecho, las penalidades a los once jugadores que intervinieron en el partido, han oscilado entre la inhabilitación a perpetuidad y la suspensión hasta fin de año. En una segunda sesión, el Consejo de la Liga absolvió plenamente al jugador Quaglia, que actualmente se halla cumpliendo el servicio militar.

SE COMPRA UN ÁRBITRO

La absolución de Quaglia la notificó el Consejo el mismo día que dió a conocer el fallo contra el Catania, acordando en las sesiones de 6 y 7 de agosto. El comunicado oficial es detalladísimo. Consta nada menos que de 29 considerandos, basados todos

ellos en la confesión del mediador en la compra; un tal Julio Sterlini, que, con la colaboración de su pariente Salvador Berardelli, puso en manos del árbitro Scaramella la cantidad de medio millón de francos—girados en tres envíos distintos— para que inclinara a favor del Catania los partidos contra Atlanta y el Génova. Estos partidos, jugados, respectivamente, el 22 de diciembre de 1954 y 3 de marzo de 1955, fueron ganados efectivamente por el Catania.

El responsable principal de estos giros era el vicepresidente del Club, un abogado apellidado Galli, al que el Consejo de la Liga inhabilita a perpetuidad. En cuanto a Sterlini y Berardelli, se les prohíbe ser socios de ningún Club de fútbol. La sentencia sobre Scaramella está supeditada a lo que decidan el Comité de Apelación Federal y la Organización de Árbitros.



El señor Galli, vicepresidente del Catania, inhabilitado a perpetuidad

Pero los casos de corrupción del fútbol italiano no terminan aquí. Estos son los comprobados, aunque sobre ellos todavía tenga que decir la última palabra el Comité de Apelación al que han recurrido los Clubs castigados. En el río revuelto se han cogido otros peces más o menos grandes.

Por de pronto, el mismo árbitro Scaramella ha sido acusado por el entrenador de la Fiorentina de haber influido en el partido jugado por este Club en Udine contra el Club titular de esta ciudad. En el embrollo parece que tuvo parte el entrenador del equipo militar Crociani, que, aparte de esto, tiene formado expediente para separarle de su cargo.

Más ejemplos: El propio partido que dió lugar a la averiguación de los hechos protagonizados por el Udinese: el Lazio-Pro Patria. El medio Antonazzi ha sido suspendido hasta fines de septiembre; Ceconi, por su parte, sufrió la correspondiente amonestación.

El jugador italoargentino Martegani, eje del ataque del Palermo, denunció también al Padua de haber intentado comprar el partido contra el Palermo. Estrechado a preguntas por miembros de la Federación y en presencia de directivos palermitanos, retractó sus antiguas afirmaciones acusando solamente al masajista paduano. La Liga Nacional suspendió al propio Martegani hasta fines de octubre; inhabilitó por un año al aludido masajista y

declaró libre de culpa al equipo del Padua.

LAS PREOCUPACIONES DEL HONORABLE ONESTI

Estos hechos y sus consecuencias pasadas y futuras no sólo han traído y siguen trayendo, naturalmente, de cabeza a los directivos del fútbol italiano, sino también a los altos organismos deportivos, al pueblo en general y al propio Gobierno.

La Comisión de Control, presidida por el joven conde Alberto Rognoni, ha llevado quizá la parte más engorrosa, la de comprobar los hechos. El Consejo de la Liga Nacional, bajo la dirección del conde Javier Giulini, ha tenido que sentar plaza de duro exponiéndose a la diversidad de juicios respecto a sus decisiones que han caído implacables sobre Club provincianos. han eludido quizá un poco el bulto cuando andaba en juego el nombre de otros Clubs prepotentes. El Comité de Apelación tiene todavía que jugar la papeleta, nunca agradable, de los recursos, bajo directrices del ingeniero Barassi, presidente de la F. I. G. C. (Federación Italiana de Gioco Calcio).

Pero es quizá el honorable Onesti, presidente del C. O. N. I., quien tiene en estos momentos las máximas responsabilidades.

Ustedes, naturalmente, no saben lo que es el C. O. N. I. Pues no es otra cosa que el supremo organismo nacional deportivo:

Comité Olímpico Nacional Italiano.

Bajo su tutela se hallan las 32 Federaciones que agrupan otros tantos deportes. Dada la importancia del deporte en el mundo actual, no es extraño que algún periódico italiano haya llamado al honorable Onesti «el tercer presidente». Y la frase fué escrita precisamente con motivo de las «visitas de cortesía» realizadas por Onesti al presidente del Gobierno, honorable Segni, durante los días en que la Liga Nacional acababa de fallar el caso del Udinese y se disponía a condenar al Catania.

Onesti afirmaba que las entrevistas estaban concertadas de antemano. Y oficialmente desmintió el rumor de que el Gobierno había de intervenir directamente en las decisiones de la Liga respecto a los casos de escándalo futbolístico.

Pero se le veía preocupado. Insistía, después de dar el comunicado oficial de sus visitas a Segni—una de ellas entre sesión y sesión del importante Consejo de Ministros celebrado el 6 de agosto—en que el presidente del Gobierno había prometido interesarse muy de cerca por todos los problemas del deporte. «Interés—afirmaba—no interferencia; activa colaboración, no precisamente control. Este es el espíritu y la sustancia de las relaciones entre el Gobierno y el C. O. N. I.»

Es, por tanto, a él, al propio Onesti, como presidente del máximo organismo deportivo al que le toca, en último término, cambiar el rumbo que en los últimos años ha tomado en Italia el deporte más popular. Por eso, a la salida de su visita a Segni partiendo un Consejo de Ministros, no ocultaba su preocupación.

«El C. O. N. I.—declaraba—sigue con mucha atención estos hechos y se complace al ver que la Federación Italiana—«dura lex, sed lex»—halla en sí misma las fuerzas para ahogar toda forma de corrupción que se manifiesta en su ámbito.»

Las palabras de Onesti quizá no fueran aparentemente muy expresivas, pero su pensamiento quedó bien interpretado por algún veterano periodista deportivo que escribió comentándolo:

«El cáncer que hiere la más popular de las 32 Federaciones es la consecuencia lógica de aquella mentalidad industrializada y desordenada a la vez, ambigua y prepotente, profesional y «dilettantista», tan desigual en sus categorías que caracteriza el ambiente del fútbol. Es la «mentalidad futbolística» como suele decirse que muchos en el C. O. N. I.—ya desde hace tiempo—contraponen a la «mentalidad atlética», con un acento desdenoso para aquella, que equivale ya a un juicio explícito.»

PUSKAS ENJUICIA EL FUTBOL ITALIANO

Al margen de los acontecimientos de este verano, el fútbol de Italia ha experimentado una decadencia patente desde hace algunos años. El fenómeno es sintomático. Y no viene mal fijarse en sus causas.

Precisamente al comenzar estas vacaciones que luego han resulta-



El conde Giulini, presidente de la Liga Italiana de Fútbol, la cual ha dictado la durísima sentencia contra el Udinese y el Catania

do tan tempestuosas en el ambiente futbolístico, publicó una revista italiana unas interesantes declaraciones de uno de los más acreditados jugadores del fútbol contemporáneo: el delantero internacional húngaro, Puskas.

Preguntado por las razones que impiden al fútbol italiano a salir de la mediocridad, contestó:

—En vuestros equipos hay demasiados jugadores extranjeros que impiden a los jóvenes salir a flote. Además, la formación técnica de los jugadores no se realiza como es debido; en lugar de salir al campo para jugar bien, luchan durante los noventa minutos para ganar sea como sea.

Refiriéndose al desorbitado precio de algunos traspasos y fichajes de jugadores, apostilló:

—La compraventa de jugadores en esos términos astronómicos me parece absurda. Si no existiera, los entrenadores harían un máximo esfuerzo para crear nuevos jugadores arrancados de la propia cantera. Así los jugadores, por otra parte, actuarían sin la preocupación de ser vendidos o cedidos al término de cada temporada o tras pocos meses de permanencia en el equipo.

Otras tres afirmaciones, entre varias no menos interesantes, cabe espigar de la conversación del gran jugador húngaro.

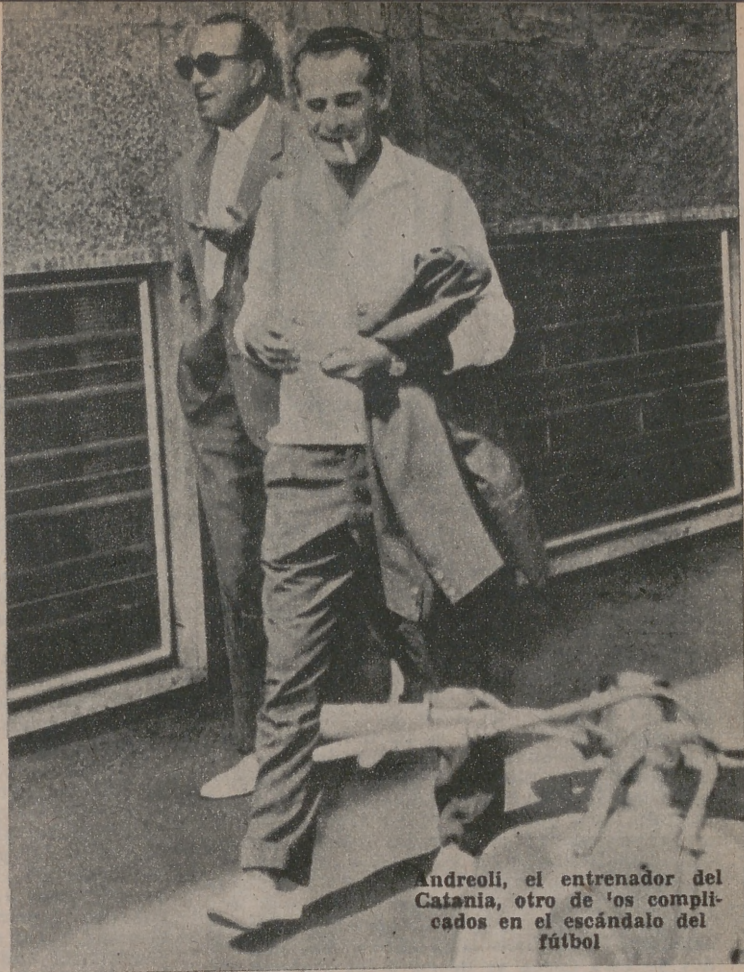
«1.ª Si hay ahora en Italia y en otras naciones bastante escasez de buenos interiores es porque ese puesto es el que exige más dedicación y esfuerzo. Y hoy —añadió— los jugadores de fútbol quieren trabajar poco y ganar mucho.

«2.ª No es verdad que una temporada en la que intervienen 18 Clubs—es decir—en la que se juegan 34 partidos—sea excesivamente larga. Si los jugadores italianos terminan cansados al final de temporada, hay que pensar en que no son suficientemente robustos.

«3.ª Respecto a un equipo nacional, me explico la dificultad del entrenador que se halla imposibilitado de extraer de los equipos de Club jugadores que por su calidad de extranjeros no pueden defender los colores del país.»

No sé si leyeron estas declaraciones los directivos de los Clubs de Italia. Si las leyeron, poco caso han hecho. El día 16 de agosto terminó el plazo de adquisición de jugadores, excepto para los castigados Udinese y Catania que se han alargado quince días más. Pues bien; en la mayor parte de los equipos los traspasos y fichajes fabulosos, especialmente de jugadores sudamericanos, ha superado la cifra de años anteriores.

En total; alrededor de tres mil millones de liras han desembolsado los equipos de Primera y hasta algunos de Segunda División. Lleva la palma el Lazio de Roma con más de 300 millones, seguido del Inter con 200. A su vez el Juventus ha hecho adquisiciones por valor de 80 millones, mientras sus cesiones le han proporcionado 200. En cuanto a individualidades de jugadores ha pagado el Lazio, por ejemplo, 120 millones por Selmoisson y Bettini, 50 por Molino, 42 por Olivie-



Andreoli, el entrenador del Catania, otro de 'os complicados en el escándalo del fútbol

ri, 40 por Muccinelli y 30 por Villa.

LA PROXIMA TEMPORADA EN ESPAÑA

Afortunadamente, en España parece que esta temporada no se han perdido los estribos. Ni grandes fichajes, ni «casos» estrepitosos durante el verano. La Liga va a empezar el próximo domingo bajo el signo de la más absoluta normalidad. Los rumores de la posible adquisición por algún Club potente de elementos internacionales de fama que hubieran hecho tambalear las arcas de cualquier Tesorería, han quedado en rumores.

La sensatez ha sido la norma que ha presidido las informaciones respecto a la formación de los diversos equipos. Y se ha insistido con frecuencia en el signo de protección a la cantera local o regional. Las normas dadas el año pasado, tendentes a restringir el profesionalismo, han empezado a dar sus frutos.

HACIA LA AMPLIACION DE LA SEGUNDA DIVISION

La protección al fútbol juvenil, comenzada hace varios años por los organismos oficiales, es el mejor remedio para llegar a formar jóvenes que jueguen al fútbol lo mismo que ejercitan otra clase cualquiera de deportes en verdadera práctica de educación física. Afortunadamente esta iniciativa oficial la están secundando entusiastamente algunos Clubs particulares. Un equipo madrileño, no precisamente de Primera División, ha probado en la sola mañana de un domingo nada me-

nos que 125 muchachos para incrementar su sección de aficionados y juveniles. Ese es el camino.

Por otra parte, la sensación de normalidad ante la temporada entrante comenzó dándola la Federación con la reunión del Pleno celebrada a mediados de julio. Pocos asuntos; todos interesantes y ninguno que armara revuelo. La petición de algunos Clubs de Tercera División para que se ampliara la competición disminuyendo los grupos y admitiendo más equipos en cada uno de ellos, se ha tomado en cuenta. Pero al no poderse llevar a cabo este año reforma de tanto volumen sin el debido acoplamiento previo durante una temporada, se han dado las normas para llevar a efecto una ampliación de la Segunda División que el año 1956-57 estará compuesta de veinte Clubs. Con ello se conseguirá al mismo tiempo reducir los grupos de Tercera y dar a ambas competiciones un mayor aliciente.

En la Primera División, pocas novedades. Solamente faltan a la lista los dos Clubs que descendieron automáticamente. Y en su lugar los campeones de cada grupo de Segunda. Dos equipos veteranos ambos, aunque con distinta experiencia, pues mientras el Murcia ya ha militado más veces en la División de Honor, la Cultural Leonesa hará su presentación primera en esta temporada. Casi con los mismos elementos que consiguieron el ascenso. Y el notable refuerzo del paisano César que vuelve a sus lares después de quince años de ausencia.

Gerardo RODRIGUEZ

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON EVARISTO MARTIN FREIRE

EN la carrera de los cargos y de los honores precedentes al 18 de Julio, ser gobernador civil era una profesión de temporeros (algunas personas decentísimas) que podían lucir una copiosa barba, merecer una jubilación administrativa de jefes superiores y susurrar a los chicos de la Prensa que también en su juventud habían ejercido el periodismo. Así representaban al poder central (una manera perifrástica de llamar al Gobierno) desde sus tugurios provinciales, revestidos de cierta pompa mágica en los botines y en el reborde blanco del chaleco para imponer por arte de birlibirioque, entre el atuendo de próximo cesante que espera y se desespera en las tribunas del Congreso de los diputados y la frondosidad capilar de su rostro, el mando y el orden de todos los días. Instalados en sus sedes sin decoro, a las que imprimían una bohemia medio dorada, contrastaba su provisionalidad con aquel intento centrifugo de construir las Españas en la periferia. Verdaderamente eran unos españoles, como sus ministros, que ignoraban a España; porque la Patria estaba fuera, en los campos, metida en las cordilleras y en los pueblos, al modo romántico de los forajidos y los contrabandistas, para enzarzarse en una guerra civil, en un fratricidio permanente, que sólo podía convenir y deleitar al extranjero. Los relatos más estilizados de esta época se deben a los viajeros del siglo XIX, que aun en mil novecientos treinta y tantos venían a España, cual se expresa en el libro sarcástico de Ilya Ehemburg «España, República de trabajadores».

Antes que la Dictadura de don Miguel Primo de Rivera se afanase por poner fin a este país sin comunicaciones, apartado del mundo y con unos instrumentos del Estado tan descabados y tan efímeros, hubo la propuesta de revolución desde arriba, una especie de revolución nacional de un patricio barbudo, de don Antonio Maura, que comenzó nombrando de una vez y a las veinticuatro horas de jurar su primer Gabinete a los cuarenta y nueve gobernadores civiles con el designio de que iba a funcionar una máquina moderna encima de la desconocida piel de toro, pero que acabó no como el rosario de la aurora, que al fin y al cabo es un rosario, sino rebelándose las tribus insumisas de la masonería francoinglesa, el anarquismo ibérico más antiguo que Roma y cualquier discordancia y discordancia apoyada por el Palacio de Oriente (con su nombre de tenida). El gobernador civil de Barcelona, el rabino Ossorio y Gallardo, abandonó su puesto ante la bullanga, y el otro magnate de las barbas y del triángulo al servicio del exterior, don Segismundo Moré y Prendergast (apellido exótico de estirpe sajona), se aprestó a continuar nuestra disparatada historia, en la que tenían voto unos cientos de millares de electores sobornados y seducidos, pero donde no tenían voz ni originalidad las provincias, las comarcas, las ciudades, las villas, las aldeas.

Primo de Rivera recogió esta herencia de deslealtades, de malos caminos de destartaladas fondas y posadas, de abandono y desconocimiento de la Patria. Sus gobernadores civiles, ayudados por los delegados gubernativos que fueron con ingenuidad a los partidos judiciales,

perduraron, aunque la plataforma de la Unión Patriótica fuese extemporánea y endeble, mientras que aun la osatura de los viejos partidos políticos permaneciera incólume y con las barbas de los caciques todavía sin pelar ni poner en remojo. El conde de Guadalhorce trajo unidad y firmeza a la Nación a través de sus firmes especiales, a sus carreteras, que aguantaron a la República parlamentaria de trabajadores de todas clases, al Frente Popular, a los frentes de combate con sus tanques, sus bombardeos y sus convoyes, a la posguerra con las sanciones económicas y diplomáticas de la O. N. U. y el plan vigente de modernización y ensanchamiento de las rutas viarias de primera categoría. Guadalhorce fué un precursor del Movimiento Nacional, en el sentido en que facilitó en el estricto sentido de la palabra al Movimiento; porque un país se paraliza por ataxia locomotriz cuando el tránsito es lento o es imposible.

Durante la Dictadura se organizaron los baluceos del turismo y surgieron los paradores para espantar el espectro de las ventas, ventorros y ventorrillos, que habían terminado siendo refugio de picareasca, cuando ni siquiera en su tiempo de esplendor servían más que para que el danés Jorge Brandes escribiera aquella frase entre psicológica y despectiva de que en el amor, como en las posadas españolas, nadie encontraba nada, sino lo que llevaba consigo. Por último, don Miguel se empeñó en las dos Exposiciones internacionales de Sevilla y Barcelona, relacionándonos con el orbe, entrando en la órbita de la política mundial, cuando nos habíamos atrevido a salir de la Sociedad de las Naciones ginebrina y cuando en aquel año 1929 iban a nacer las vacas flacas en Norteamérica. Nos desangramos en la América española y nos depauperamos en la Exposición iberoamericana cuyo resultado, por lo pronto, fué la muerte súbita del Dictador desterrado en París y el 14 de abril inmediato. Los gobernadores civiles de dos días antes (soy amigo de varios gobernadores postreros de la Moxarquía) no pudieron evitar que la España de las capitales de provincia, dando un salto atrás o en el vacío, se acostase monárquica y se levantara republicana. El pasadismo estaba en que se volvía al peor chafarrinón décimonónico, al del morrión liberal y del himno de Riego, al de la barricada y al de la logia, al que se ventecaba con regodeo y delectación por un escritor tan selecto como «Gaziel» desde «El Sol» de la Dictadura, deseándolo como otra continuación de nuestra Historia diferente a la de Cánovas del Castillo.

El salto en el vacío era el ejercicio gimnástico y deportista que aprovechó la mocedad a la intemperie. Nuestro veterano S. E. U. con su famosa «quinta» bautizada por mí en donde se han formado tantos Gobernadores Civiles con perfecto conocimiento de España. Perdóname. Evaristo, que hasta este renglón no principio mi diálogo contigo, porque además se va a concluir en seguida. Te debo una segunda carta para la que he elegido Benidorm y Elche, parangonándolos con Altamira y Fuenterrabía. Entonces también he de ocuparme de sus Alcaldes y del turismo alrededor de esa intrincada España que amamos tanto y que habéis desentrañado vosotros.

Suscríbase a POESIA ESPAÑOLA

"SIEMPRE HE PELEADO EN SERIO"

DON JOSE FELIX DE LEQUERICA, UN HOMBRE CORDIAL, BRILLANTE Y ACTUAL

HA habido que quedarse unos días más en Cádiz, porque don José Félix de Lequerica venía a clausurar el curso de la Universidad de Verano. La Universidad es una magnífica creación gaditana. Se celebra en la Facultad de Medicina. Edificio simpático, con muchas cañas y mármoles, con muchas arañas de cristal de roca, con muebles antiguos y oleos románticos. Cádiz es una ciudad bien amueblada.

En cuanto a la Universidad, tiene hasta clases de baile, por «el Farina», de Cádiz. El baile es tan importante como la Filología. Los cursos de «el Farina» son un éxito.

Parece que Lequerica había estado hace veinticinco años en Cádiz. A la tarde, apenas acababa de llegar de Jerez, ya tenía mi telefonazo. Cuando yo me bajaba del taxi, se bajaba él del coche. El tiempo para pagar y para que don José Félix desaparezca en sus habitaciones. La alta figura, un poco encorvada a la altura de la nuca, es inconfundible hasta para los que no le habíamos visto nunca. Miento; ahora recuerdo que le vi paseando, muy de mañana, por el Retiro, con uno de los primeros diplomáticos yanquis que tuvimos. Norman Armour, creo.

Al teléfono, la voz de Lequerica suena autoritaria y amable:

—Ahora mismo bajo... Tiene usted una voz muy bonita...

No me da tiempo en el hall ni apenas para recordar los fastidios que el género entrevista suele darnos. Hay gente que suele tomar aires importantes, dilatar las horas, suplicar cosas absurdas.

Minutos más tarde, Lequerica, cuando le cuente la historia de un personaje que me recibió, no se atrevió a contestar, y terminó



Un momento de la conferencia que don José Félix de Lequerica pronunció en Cádiz con motivo de la clausura de los cursos de verano

dando la entrevista manufacturada por un adlatere aficionado a periodista, sonreirá, burlón:

—Bah... Le conozco... ¿Y usted qué hizo?

—Yo publiqué la sarta de preguntas y respuestas, sin mi firma, claro. Luego las cobré; eso, sí.

—Hizo bien. Me recuerda aquello de Eugenio d'Ors. En la hora

de los contratos, cuando le decían: «Ahora, maestro, aunque resulte molesto...» «Nada de molesto—contestaba él—, y procure ser lo más molesto posible.»

Ha salido, de refilón, el dinero a la conversación. Bien. Una de las sensaciones que produce el señor Lequerica es que, en última instancia, al emprender cualquier tarea, el dinero nunca será lo que



Don José Félix de Lequerica, contestando a las preguntas de los informadores a bordo del vapor español «Covadonga», a su llegada de Norteamérica

le importará. ¿Desinteresada pasión política? En cierto modo, sí.

BILBAINISMO

Siento no poder hacer, respecto a estas líneas, lo que se me ha encargado. Nada de entrevistas. De preguntas y respuestas habría para llenar el Espasa. Y también de las preguntas que hace don José Félix a esta modesta representante de la actualidad. Pero Lequerica pertenece a un mundo algo fabuloso para los de mi tiempo. Todos hablan de él. Muy pocos le conocen y retratan bien.

Primer carácter. «Bilbaino». Del bocho, con acentuada. Le ha salido el bilbainismo literario a la primera. Dice, durante la comida, a Pemán:

—Tenéis que hacer académico a Juan Antonio Zunzunegui... Me ha mandado un libro suyo muy interesante: «La vida como es». Supone, además, un esfuerzo y un trabajo. Luego, tiene buen idioma.

Más bilbainos. José María Pemán recordará al fabuloso don Pedro Eguillor, que hablaba de España todas las tardes. Hay una placa en el café donde sucedía eso. Me parece que se llamaba algo así como «La Concordia». Estuve en él en el año 39. Sitio pos-romántico, aculado de humo de tertulias. Para mis ojos de madrileña adolescente, lo encontré oscuro. Es posible que hoy no lo viera así.

Más tarde, Lequerica dirá que don Pedro Eguillor era una especie de Sócrates. ¿Por qué no encontró su Platón?

Más bilbaino. La Universidad de Deusto.

—Estoy orgulloso de la primera educación que me dio ella. Y jamás me he salido de sus normas. Los padres (aquí, mencionan unos apellidos vascongados)... Uno, por cierto, vive aún... Fueron excelentes profesores. Y es de esperar que, en un futuro en que la cuestión de las Universidades se enfoque de otra manera más amplia, la Universidad de Deusto tenga todo el esplendor que merece...

Deusto es un ingrediente, no sé si alcaloide, de todos los «bilbainos» de cierta clase social. Horma sus ideas y su actuación de una manera especial. Vienen a resultar distintos de los que no hemos pasado por Deusto.

—¿Qué le gusta más de España?

—Ma gusta toda... Me siento íntegramente español. Me encuentro de todas partes.

—¿Hasta de Castilla? ¿Con sus serrales y sus piedras viejas?

—¿Por qué no de Castilla? Además, sus mujeres son muy guapas, ¿no?

—No me he fijado...

—Me gusta Cádiz. Si yo, en vez de ser presidente del Consejo de la fábrica de botellas, fuera, en realidad, el propietario, no me importaría nada quedarme a vivir aquí.

La fábrica de botellas está en Jerez. Debe ser algo en perpetua producción.

—Madrid... ¡Qué bien se está en Madrid! A pesar de lo que se protesta de él.

VASCONGADOS DEL 98

Más tarde dirá, hablando de los hombres del 98:

—Ejercieron una labor crítica sobre España. Despiadada. Ya no sabíamos cuándo comenzaba la decadencia nuestra. En el siglo XVII. No; en la Edad Media. En la Alta, en la Baja... ¡Qué sé yo! Esto hacía muy difícil la labor del gobernante. Especialmente, don Miguel de Unamuno era muy abrupto... Recuerdo las visitas que yo le hacía a Salamanca. Iba a llevarle espárragos frescos, que la propia madre de don Miguel me entregaba para él. Había gran ternura en las relaciones filiales de don Miguel. Pero, de todos modos, yo iba aterrizado a las visitas. Señor, ¡qué hombre tan áspero! En 1930, el Gobierno Berenguer le apartó de la rectoría de Salamanca. El quería ser rector siempre. Y entonces se enfadó con el Rey. De manera injusta y peligrosa para España. Más tarde, cuando la República le hizo rector perpetuo, yo me encontraba en Salamanca, mientras él esperaba la llegada del Presidente. No me unía nada con Alcalá Zamora, a la sazón enemigo político mío. Pero era terrible oír repetirse el pensamiento de don Miguel sobre el hombre que sufría las molestias de un viaje para otorgarle una alta distinción. Tenía la costumbre de ir repitiendo y peloteando su pensamiento sobre cada interlocutor. Nunca oí cosas tan desagradables... Luego dicen que don Miguel se parecía a Torquemada. Creo que tenía más luz en la expresión. Quien se parecía muchísimo al inquisidor, en las facciones, era la madre de don Miguel, señora piadosísima, de gran celo religioso...

Se queda un poco pensativo. Me pregunta:

—Oiga... ¿Le gusta don Miguel?

—Está de moda. Pero creo que pasará. No, no me gusta. Es duro. Y, Dios mío, ¡qué tabarras! Predicando siempre...

—Sí... Era eso. Un cura que no había encontrado su iglesia. Tenía hasta ásperos modales. Todos estos ásperos y testarudos vascongados hicieron mucho daño a España. Hombres eminentísimos, de vida austera, tenían una curiosa debilidad política. Don Miguel estuvo complacido cuando se le presentó la posibilidad, luego no realizada, de ser Subsecretario. Y, sin embargo, todos ellos, con sus críticas, hacían imposible cualquier forma de Gobierno. De todos ellos, ¿a usted quién le gusta más?

—Baroja. Ese, escribe bien. Tiene un alma fina. Nuestro último novelista.

—Sí. A mí también me agrada. No sé si ha pintado caracteres. Ahora pienso que no. Pero es una conversación con un hombre agradable. Luego, no puede ser abrupto, porque es sencillo. Casi

simple. Confieso que ahora he vuelto a Galdós, muy recientemente. Maneja un mundo mayor, aunque también sea, a veces, incómodo y pesado. Y le asome un alma mezquina. Lo que preocupa en Baroja es que no sé si realmente hay mujeres en su obra. Gente sin amor de mujer, ésta.

—Don Pío debió tener miedo —él lo confiesa— a las responsabilidades económicas que lleva el matrimonio. Luego, vivía con su hermana...

—Eso es muy vascongado. Se vive con la hermana y con la madre... Y no se casan nunca. Así sacian su sentido familiar. Pero, ¿dónde están las mujeres en sus obras?

Hablamos de otro medio vascongado. Rafael Sánchez Mazas.

—Ese escribe tan bien, porque no es bilbaino del todo. El ser sobrino del extremeño doctor Camisón, el médico del Rey, ha dado mucho a su lenguaje.

Todo se va yendo hacia la literatura. Pero... observo en él, lo mismo que en el embajador Arelliza, un punto sutilísimo en que pierden la conciencia literaria para sumirse en la vida social.

—Baroja—insiste—era antes más cáustico. Creo que le ha venido bien un poco el freno que estos tiempos han puesto a su pluma. Ha mejorado.

CONVERSADORES Y BASTERRA

Entro y salgo yo demasiado en la entrevista. No soy partidaria de otra forma de entrevistar. El concepto del conversador está un mucho adulterado. Se llama conversador hoy a un señor que suele soltar discos más o menos interesantes—las más veces, más—, sin dejar meter baza a nadie. Eugenio d'Ors, que tenía cierta reputación literarioperiodística al disco, en las tertulias de sus viernes era tan socialmente perfecto, que jamás disqueaba. Se interesaba de veras por el interlocutor.

Esto es lo que hace el señor Lequerica. Con más perfección cordial. Con una enorme sencillez. Por eso resulta su compañía tan humana y sugestiva.

BASTERRA

—Yo vivía con él—nos cuenta—cuando empezó a volverse loco. Me acuerdo de una vez que no sé con qué motivo vino a verme una señora. Y que interrumpió la conversación para venir a decirme: «Estaba hablando con ella. Y no sé qué pensaba yo. Porque en este momento se me apareció la escala de Jacob, y los ángeles subiendo y bajando por ella...» Pasé un miedo horroroso. Dormíamos casi en la misma habitación. Y él seguía viendo las escalas. Yo

POESÍA CUBANA CONTEMPORÁNEA

(Breve itinerario desde 1937 hasta 1954)

Por Angel Huete

En el número 42 de POESÍA ESPAÑOLA

Instante en que don José Félix de Lequerica entraba en la Casa Blanca para presentar sus cartas credenciales al Presidente Truman



ya tenía preparada mi defensa. Lei, por entonces, una novela de Tolstol, en que un monje despierta, a medianoche, al superior, para decirle: «Vengo a matarte. Dios acaba de ordenármelo.» El superior se salva del loco místico diciéndole: «Bueno. Pero antes, vamos a comulgar juntos.» Y así da tiempo a escaparse. Yo me acostaba todas las noches pensando en el recurso de Tolstol, y decidido a salvarme de la locura de Basterra, cuando Dios le ordenara matarme, sometiéndole a oración en común, o cualquier otro acto religioso. Al fin, siguió viendo tantas escalas de Jacob, que no hubo más remedio que facturarle a su casa en un tren. En la estación salió a recibirle un criado de su casa. De los dos primeros puñetazos que le pegó Basterra, casi lo mata. Yo sentí que aquellos puñetazos bajaban destinados a mí por la escala de Jacob. Menos mal que no los recibí yo...

EL HOMBRE POLITICO

Un verso de Basterra, recordado por Pemán, donde se ve una Andalucía ya con el perfume de adormidera del Africa, hace recaer la conversación en los sucesos del Africa francesa.

Pero esta vez, en la conversación, Lequerica se abstiene un poco. Hay en el grupo un hombre de aire abierto, bondadoso. El señor García Figueras, delegado para Asuntos Indígenas en la Alta Comisaría. Expresa el pensamiento de muchos españoles. Que siempre veremos en Africa española, no una colonia, sino una amiga, ante todo. Y que no nos sentimos extraños al mundo musulmán. Creo que el señor Figueras ama entrañablemente su trabajo, que pone en él corazón y comprensión humana. Con finura política, Lequerica no mantiene la máscara del político que dice que lo ha sido, a la fuerza. Es sincero.

—Yo tenía una ilusión enorme cuando Berenguer me dijo que iba a hacerme Ministro de Instrucción Pública. Pasó luego que el viejo don Elías Tormo no quiso marcharse. Y yo me quecé con mi flamante levita. ¡Con qué emoción la había encargado! Entonces se despachaba de levita con el Rey. Después, aparte de que desapareció con los rojos, como se despacha con chaquet...

Pemán habla de Rota. Y de los americanos, que ya le han cortado con un trocito del oleoducto una tierra suya.

—Eso es cosa tuya—le dice a Lequerica—. Pero me alegra...

—Sí... Yo he hecho todo lo posible. Estoy contento. Era necesario acabar con el cerco internacional a España...

De todas las conversaciones de Lequerica se desprende que él está satisfecho de su trabajo diplomático. De su trabajo político, en general. Conciencia tranquila. Esto resulta en una enorme alegría, transmisible a sus interlocutores. Pero de hombre feliz.

ORATORIA

Ha venido un señor a pedir notas de la conferencia de mañana. Un resumen. Lequerica se defiende:

—Oh, no; eso no puede ser... Los que dan notas previas, llevan ya sus discos prefabricados... Así pierde todo interés y espontaneidad el asunto.

Al día siguiente, la conferencia, sobre la normalidad sería un éxito. Lo fué. Las ideas de Lequerica son escépticas por lo que le toca vivir de «normalidad» hasta el año 36. Coincide con la «invidencia» que señala Menéndez Pidal. Y que consistió en el empleo de los mediocres e ineptos para los cargos públicos. El equipo de mediocres más terribles que tuvo la historia española, según José Félix de Lequerica, comenzó su ac-

tuación con el retorno de Fernando VII.

Se ve que conoce la historia española, la dolorosa historia española, nervio a nervio.

—¿Orador? No; yo no lo soy. Soy hombre de charlas, de convencimiento. Maura era también así. El propio Poincaré... Comprendo que el orador, este tipo humano que se está acabando, y es el amado de las muchedumbres... Yo no lo soy. ¿Volverá el orador?

Pienso que volverá, cuando la vida española lo necesite. Pero lo que siempre harán falta son hombres de palabra, cordial y sencilla, un poco quemada sobre sí misma, como la del señor Lequerica. La conferencia ha sido un modelo de habilidad, forcejeo, entusiasmo patriótico y aménidad.

EL FUTURO

Lequerica no cree en la normalidad constitucional entendida al viejo estilo; el espectro de aquella «normalidad» afortunadamente se ha hundido en España. Piensa que el Régimen se sucederá a sí mismo, dentro de las instituciones creadas por él. Que no puede vestirse con un maniquí a la inglesa, sino a la española.

—¿Y usted ahora?

—Como siempre. Eso, sí; no quisiera salir de España. He trabajado siempre mucho. Y siempre he hecho todo, hasta mis palabras no desde mi mismo, sino desde de mí y lo que represento, y lo que me rodea... Siempre he peleado en serio. Y aunque no lo crea, también he tenido decepciones, disgustos... Y melancolía... ¿Quién no la tiene?

No es posible verle así. Es hombre en forma, brillante, cordialísimo, actual. Y superior a su fama. Que es mucha.

Eugenia SERRANO

VOCACION PROFESIONAL

FOR ley natural está el hombre destinado a desempeñar, dentro de la sociedad a que pertenece, una función específicamente personal, y, podríamos decir, en un cierto sentido de adaptación, profundamente intransferible. La sociedad exige del individuo, por propio derecho, la entrega al desempeño de esa determinada función que, en términos abstractos, conocemos con el denominador común del trabajo. Y es esta exigencia social la que en el hombre origina el problema vocacional de su dedicación o adaptación a una profesión libremente escogida, de su acomodarse a éste o aquel oficio o carrera para la que él cree reunir el máximo de cualidades y el mínimo de indiferencia. En la medida en que el hombre, el ciudadano se acomode y adapte a su nueva profesión, a su nuevo oficio, en la forma y modo en que sus aptitudes estén en consonancia con su trabajo, con su vocación en esa medida y en esa forma el ciudadano podrá rendir a la sociedad lo que la sociedad por derecho está llamada a exigirle.

Hoy va, por fortuna, dejando de existir aquella costumbre tan arraigada, convertida en tara y rémora para la sociedad y para el mismo individuo, según la cual el hijo, por un atavismo casi antinatural, se veía obligado a seguir la misma carrera o idéntico oficio al que emprendieron sus padres o sus abuelos. En un desprecio inexplicable a las exigencias naturales de la misma persona humana, el hijo, al amparo de una tutela exageradamente obligada, venía con el deber de una falsa continuidad profesional pernicioso para su vocación y, naturalmente, para el rendimiento que, más tarde, debería prestar a la sociedad.

A la hora de elegir carrera, en la hora difícil de la elección, suelen hoy presentarse al joven estudiante que acaba de aprobar el último examen de grado elemental o del curso preuniversitario otros dos enemigos que unas veces atentan contra su vocación y otras le seducen hasta caer en un error del que, después, el tiempo perdido se encarga de hacer costoso el arrepentimiento. No es raro que, en muchas ocasiones, la causa del error no se pueda encontrar en el joven bachiller, y más bien deba hallarse en una desmedida buena voluntad de los padres. El primer enemigo o el primer error está, sin duda, en la tentación de la carrera larga, «brillante», de la carrera universitaria. El segundo radica en una cierta desidia para comprender las oportunidades y las actuales ventajas que en nuestro tiempo ponen las carreras intermedias. Los estudios que, al margen o dentro de la Universidad, se realizan

con una mayor economía de tiempo. Los diversos peritajes especiales podrían ser un ejemplo.

No es, claro está, que vayamos a caer en un pragmatismo utilitarista. Ni se nos acuse, por otra parte, de un cierto olvido o indiferencia para la formación universitaria. Quizá nuestro aserto, nuestra defensa de las carreras intermedias, nuestro afán de hacer ver a los estudiantes y a los padres de los estudiantes que en estas carreras se encuentra hoy el porvenir de muchas generaciones, en este aserto, decimos, puede que esté nuestra mejor defensa de la Universidad. Y no hay paradoja en el decir.

Las exigencias de nuestro tiempo piden en la nueva industria y en el campo, en la agricultura mecanizada y en las modernas y abundantes zonas y plantas industriales españolas la presencia del técnico, del perito que lleve a las tierras los métodos científicos de cultivo o a la mecánica industrial los nuevos procedimientos de elaboración y síntesis.

Junto a la economía del tiempo en los estudios y la economía de costes en las carreras, las así llamadas intermedias ofrecen, por esta natural demanda, la ventaja de una colocación inmediata, dentro de una inmejorable seguridad social y una remuneración cada día más estimable.

Ni la absurda continuidad profesional sin miramientos a las aptitudes físicas y morales del hombre, ni el espejismo de la carrera «brillante». La profesión como vocación, como aptitud, como llamada y respuesta a una inclinación especial. Del equivoco, del error en la elección nace más tarde esa total inadaptación al medio, al ambiente en que el nuevo titulado tiene forzosamente que desenvolverse. A esto precisamente se refería Su Santidad el Papa en su reciente mensaje a los estudiantes de Paz Romana reunidos en Nottingham.

«Múltiples son las dificultades de este período de transición. Singularmente las de la adaptación del joven diplomado a la carrera escogida y a las responsabilidades culturales, económicas o sociales que lleva consigo. Los primeros contactos con el mundo del trabajo van, en efecto, a probar la solidez de su formación intelectual y humana. Significan, a la vez, el enfrentarse con las dificultades de la existencia; el descubrimiento, a una nueva luz, de la cuestión social, el acceso a la vida ciudadana y política, el acaparamiento por tareas profesionales o, a la inversa, la espera inquieta de una situación.»

EL ESPAÑOL

En el número 42 de

POESIA ESPAÑOLA

encontrará las firmas de Manuel Alcántara, Manuel Álvarez Ortega, Benjamín Arborea, María Victoria Atencia, Jorge Blajot, Dmytro Buchynskyj, Francisco-Tomás Comas, Victoriano Conejo Artidiello, Joaquín de Entrambasaguas, Ramón González Alegró, Ángel Huete, Rafael de León, Trina Mercader, Antonio Oliver y José María Requena

Precio del ejemplar: DIEZ PESETAS

UNIVERSITARIO, PERIODISTA Y POLITICO



Muñoz Marín, en el momento de jurar su cargo

DURANTE unos días, y por primera vez, el actual gobernador del Estado Libre Asociado de Puerto Rico, pequeña, bella y entrañable para el español isla de las Antillas mayores, don Luis Muñoz Marín, ha visitado España.

Llegó el señor gobernador, desde Roma, en avión, acompañado por su esposa, dama ilustre, doña Inés Mendoza, y de sus dos hijas, jóvenes y lindas, Vivian y Melo.

Tiene don Luis Muñoz Marín buena presencia física. Alto y fuerte, muy moreno, bigote sobrio y pelo negro, con abundante nieve ya en las sienas.

Se expresa por igual, preciso, correctamente, en inglés y español.

Desciende de rama española. Su bisabuelo, don Luis Muñoz Iglesias—que el gobernador evoca siempre con orgullo y ternura—, nació en lugar próximo a Palencia, Villete en nuestro geografía, enclavado en tierras de la vieja Castilla, y fué juvenil combatiente—tendría por esas fechas unos quince años de edad—en la guerra de España contra las tropas invasoras de Napoleón.

Estudió el señor gobernador en la Universidad de Georgetown, regida por jesuitas, en Washington, y muy pronto inició su carrera política y periodística.

Dirigió la «Revista de Indias»—consagrada, en especial, a la cultura panamericana—, el diario «La Democracia», y fundó y dirigió también un periódico ru-

EL ABUELO DE MUNOZ MARIN ERA PALENTINO

ral, en donde se distinguió por sus trabajos sobre agricultura e industria.

Ahora recuerda con nostalgia su época de periodista en activo, aquel tiempo de lucha, de urgencia y de actualidad.

Pero ni su impresionante y rápida carrera política, ni su continua tarea en diarios y revistas, ni sus minuciosos estudios de especialización agotaron en don Luis Muñoz Marín la vitalidad creadora. Testimonio: varios li-



Un momento de la entrevista con Muñoz Marín

bros publicados. Entre ellos, «Borrones».

LAS PRIMERAS VACACIONES DESPUES DE VEINTE AÑOS

Fs jefe del Partido Popular Democrático.

Nuestra charla con el señor gobernador—se siente su brevedad—se desarrolló en el natural apremio que origina esa dictadura tan tremenda que se llama «tiempo contado».

—Pocos días—nos dijo—y unos enormes deseos de ver y conocer a España.

Después de Madrid, dos nombres españoles han tenido una fascinación especial para el gobernador de Puerto Rico: Sevilla y Granada.

En los umbrales ya de la entrevista, se inició ese tanteo previo, de pura cortesía.

—Después de veinte años—nos dijo con cierto gozo—me he tomado mis primeras vacaciones. Me hubiera gustado venir con anterioridad a España. Es la primera vez que he visitado a Europa. En mi país se conserva mucho de antiguas costumbres españolas.

Hablamos, después, de autores y libros españoles y puertorriqueños. Conoce el señor gobernador, nombres y obras plurales de nuestras letras. Muchos—pensamos nosotros—, dada la lejanía de su patria.

—En Puerto Rico—nos aclaró—se estimó siempre la literatura y obra cultural de España. En especial en estos últimos tiempos, dado el número de nuestros muchachos que vienen a estudiar a España. Cuando llegué al aeropuerto de Barajas, mi primera y grata sorpresa fué precisamente ésa: el número de estudiantes de mi país que esperaban mi llegada.

Poco a poco nuestra charla resbaló hacia otros motivos.

—Fuerto Rico—nos dijo—tiene un ineludible problema: la densidad de población. Piense—añadió—que en una superficie de 10 000 kilómetros cuadrados viven más de dos millones y cuarto de personas. Piense también que en mi país se ha conseguido un ni-

vel medio de existencia más bien alto. Y, por otra parte, carecemos de recursos minerales. Nos debemos ceñir, concretamente, a nuestra riqueza agrícola.

—¿Qué solución han dado a la cuestión económica?

—Nos hemos propuesto y casti conseguido, que cada familia tenga vivienda propia. Intentamos, asimismo, que cada una de estas familias consiga un ingreso anual de 2.000 dólares. Nuestros jornales son de los más altos de América.

—Pero, ¿cómo conseguir todo esto?

—Con un amplio plan agrario y estimulando la industria y el comercio. En lo agrario, las grandes fincas, que por razones de cultivo no deben dividirse—mencione como tipo las dedicadas a la caña de azúcar—, son trabajadas de tal manera, que sus beneficios se reparten proporcionalmente entre numerosos agricultores. A la industria y al comercio se le ayuda de diversas formas.

—En este sentido, ¿qué relación mantiene su país con Estados Unidos?

—La relación en general de Puerto Rico con Estados Unidos se basa en un recíproco comercio libre y en la común defensa. También en la misma moneda. Mi partido abogó siempre por hacer de Puerto Rico—cuya trayectoria históricopolítica usted conocerá—un Estado semiautónomo bajo la protección de los Estados Unidos. El mismo pueblo puertorriqueño—mediante su cuerpo electoral—aprobó por mayoría estas relaciones con los Estados Unidos.

—¿Existe en Puerto Rico un partido nacionalista?

—Existe un partido independientes que, como el mío y otros distintos, se desenvuelve en un terreno legal. Pero me parece que su pregunta se refiere a algo especial. Ya me hicieron esa pregunta. Hay un pequeño grupo de terroristas fanáticos—en una totalidad de 500 miembros—que realizaron los atentados que la Prensa sensacionalista del mundo recogió con entusiasmo. Estos hechos criminales tienen más divulgación que los actos sencillos y normales de millones de per-

sonas. Pero, en verdad, dentro de Puerto Rico no se les presta atención política.

EL CASTELLANO COMO IDIOMA FUNDAMENTAL

El señor gobernador no soslaya ninguna de las preguntas. Se muestra sincero y cordial.

Tocamos después el problema de la superpoblación, del crecimiento demográfico.

—En Puerto Rico—nos aclaró—existe una gran mayoría católica. Esto es fundamental en este sentido. Los procedimientos anti-conceptivos no cuentan para los auténticamente católicos.

—¿Cómo realiza Puerto Rico su comercio exterior?

—Hay varias Compañías puertorriqueñas y algunas norteamericanas. Pero se hace toda el comercio exterior en barcos norteamericanos.

—¿Puerto Rico tiene Ejército propio?

—No. Sólo fuerzas de Policía y seguridad interior. La Guardia Nacional encaja dentro de la común defensa establecida en el pacto bilateral ya citado. El servicio militar de los puertorriqueños se estableció asimismo sobre la base de común defensa.

—¿Es tan numerosa, como se dice, la emigración de su país hacia los Estados Unidos?

—Según como se entienda. Es un hecho que se da en todos los países. Y nuestro país tiene, como ya le he dicho, una densidad considerable de población. Pero Puerto Rico está procurando canalizar la emigración.

—¿Es fácil la entrada en Puerto Rico para los emigrantes de otros países?

—Tenemos establecido el mismo cupo que los Estados Unidos.

—¿Para todos?

—Para todos. Se abre la mano para los técnicos. Los médicos, por ejemplo, tienen facilidades para entrar en mi país.

—¿Y en el orden cultural?

—Tenemos establecido en San Juan un centro para cien jóvenes de todas las partes del mundo. Son becas a las que pueden aspirar escolares de cualquier país.

—¿Se puede señalar alguna pugna entre los dos idiomas, el español y el inglés?

—Ninguna. En mi país se enseña el castellano, como idioma fundamental, como en España se enseña, y el inglés se considera como una asignatura obligatoria. Y siguiendo con el tema de la enseñanza, le diré a usted que es una de las preocupaciones de nuestro programa político. Queremos que todos los niños—ahora en una proporción de 80 por 100—tengan acceso a las escuelas primarias.

Hay sentimiento, sinceridad y pasión en las palabras, en castellano perfecto, del señor gobernador de Puerto Rico.

La esposa del señor gobernador y sus hijas esperan la terminación de nuestra charla. El tiempo pasa y se gasta, y no tienen mucho para pasar y gastar en España. Y quieren ver lo más posible de nuestra Patria. Decimos adiós al gobernador de Puerto Rico, señor Muñoz Marín. Y él nos responde:

—Hasta pronto.
Antonio COVALEDA
(Fotografías de Mora.)

Luis Muñoz Marín en un gesto expresivo



UN RITO ANTIGUO A ORILLAS DEL LAGO LEMAN

Vevey, en la orilla sudeste del lago Lemán. Al fondo, las montañas de la Alta Saboya



LA FIESTA DE LOS VINADORES DE VEVEY

ES UNICA EN EL MUNDO Y SE CELEBRA CUATRO VECES POR SIGLO

VEEVEY es una pequeña ciudad situada a la orilla sudeste del lago Lemán, rodeada de pequeñas montañas verdes de dulce pendiente. En ellas, minuciosamente escalonadas, vemos las viñas en amable declive. Vaud es un cantón de vinos. No sólo Vevey, sino también todos sus contornos están llenos de cepas. Sus caldos, en su mayoría blancos, son muy apreciados en toda la nación. Y en este hermoso marco, a la orilla del lago más admirado del mundo, teniendo en frente las altísimas montañas de la Saboya, eterno y grandioso telón de fondo, se han celebrado con toda brillantez las fiestas dedicadas a la vendimia.

PATILLAS Y BARBA EN LOS HOMBRES DE VEVEY

Cualquiera que hubiese llegado

a Vevey semanas antes de la fiesta y que hubiese ignorado su celebración, no podría comprender la extraña moda de que la mayoría de sus hombres luciesen unas hermosas patillas y gran número de ellos bien cuidada barba.

Pacientemente, y como una obligación más impuesta por la fiesta, las dejaban crecer para poder vestir con propiedad los magníficos trajes acuchillados de la centuria suiza, o los vistosos atuendos de caballeros de 1830.

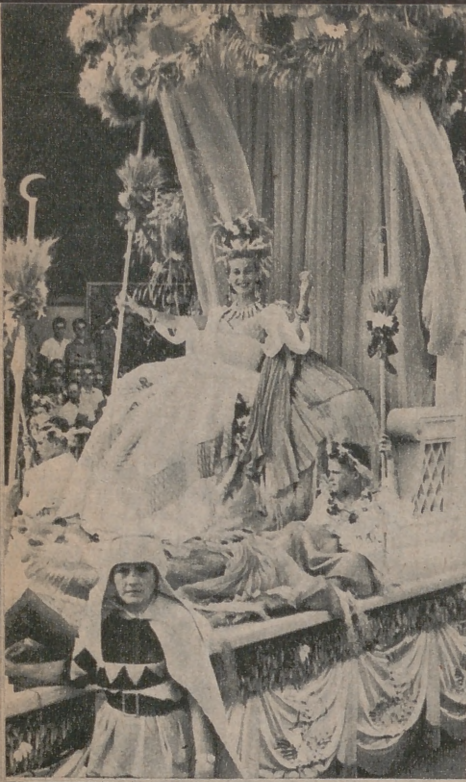
Durante el periodo de las fiestas, Vevey ha sido como un gigantesco estudio cinematográfico, donde se entrecruzaban los soldados de yelmo empenachado, flores, bacantes, espigadoras, vendimiadores y faunos, con los turistas de máquina en bandolera, gafas negras y «shorts». Los niños, vestidos de cepas se disputaban un manojo de globos,

mientras paseaba del brazo un guerrero medieval con una damita del ochocientos.

UNA FIESTA QUE DURA TRESCIENTOS AÑOS

Desde los tiempos más remotos, después de la recogida de la cosecha, los propietarios de las viñas y los vendimiadores celebran una fiesta, para mostrar así su regocijo. Esta fiesta consistía, por lo general, en un cortejo de los viñadores, con los atributos de la vendimia y el vino. Un banquete celebrado al aire libre en el jardín du Rivage completaba el primitivo festejo.

En el año 1651 se funda la Cofradía de los Viñadores de Vevey. En 1706, la fiesta empieza a adquirir más importancia; ya no son solos los de Vevey y su comarca los que toman parte en el banquete. Un representante



Ceres, en su carroza, desfila por las calles de Vevey

del Gobierno Federal de Berna desfila en el cortejo y come en compañía de los viñadores.

En 1730, el cortejo aumenta su tamaño y categoría; además de los típicos cestos a la espalda llenos de fruto recién cogido, llevan ya estandartes y estatuas representando las deidades paganas del vino y las cosechas. Desfilan ya los miembros de la Cofradía con levita verde, pantalón blanco y sombrero de paja adornado con cintas y hojas. También por primera vez, sostenido a hombros por unos fornidos vendimiadores, desfila un hombre joven de la comarca representando a Baco en un pequeño trono improvisado.

En 1741 deciden, en vista de lo costoso de la fiesta, celebrarla sólo cada tres años. Por primera vez aparece en ella un personaje que ha alcanzado después la máxima popularidad: Sileno.

En 1747 toma parte por primera vez Ceres, en un hermoso carruaje tirado por bueyes.

En 1791, además de los dioses figuran los sacerdotes, sacerdotisas y bacantes. Hay bailes y canciones en las principales plazas, y especialmente delante de las casas que ocupan los personajes importantes de la villa. Coincide en Vevey el duque de Sussex, hijo del Rey de Inglaterra, y, enterados de su presencia, también en su honor cantan y danzan los viñadores y viñadoras.

En 1797 se construyen ya unas estradas para 2.000 espectadores. En 1819, y después de las guerras napoleónicas, se celebra con gran solemnidad la fiesta. Esta vez dura ya dos días, el 5 y 6 de agosto. Después, 1833, 1851, 1865, 1889, 1905 y 1927.

LOS «CUATRO GRANDES» DEL FESTEJO

Vevey no ha tenido tiempo

de ocuparse de la Conferencia de Ginebra. Son otros cuatro personajes los que le interesan mucho más: Pales, Ceres, Baco y Sileno. Durante varios meses antes de la fiesta se indaga y se comenta. La elección de los dioses no es cosa fácil. Deben reunir belleza, juventud y gracia de movimientos. Por fin, en las tertulias empiezan a sonar los nombres de los afortunados designados por la Cofradía. La gente respira tranquila; han sido hallados, por fin, los «cuatro grandes» de la fiesta.

LAS ESTRADAS PESAN SEISCIENTAS CINCUENTA TONELADAS DE HIERRO

Vevey es la única ciudad de Suiza que tiene junto al lago una enorme plaza. En ella, desde el mes de abril, han trabajado cientos de obreros en la enorme tarea de levantar con hierro y madera unas estradas para más de 15.000 espectadores. Se han empleado en ellas 140 kilómetros de tubo de hierro, 85.000 empalmes, 340.000 tuercas y tornillos, representando todo ello un total de 650 toneladas de hierro.

Este gran teatro al aire libre mide 110 x 140 metros, siendo su forma ligeramente oval. Una gran escala sirve para el movimiento de muchos de sus personajes. En la parte alta de las mismas, a 28 metros de altura, están situados los tronos de Baco, Pales y Ceres, que presiden los cantos y bailes en honor de la vendimia.

UN «Ballet» PREPARADO POR AFICIONADOS

Durante varios meses han trabajado todos los hijos de Vevey y sus alrededores en la preparación de todos y cada uno de los detalles de la fiesta. Todas cuantas personas encuentra uno en Vevey se relacionan poco o mucho con la fiesta. Montar un fantástico conjunto de «ballet» por aficionados es un trabajo

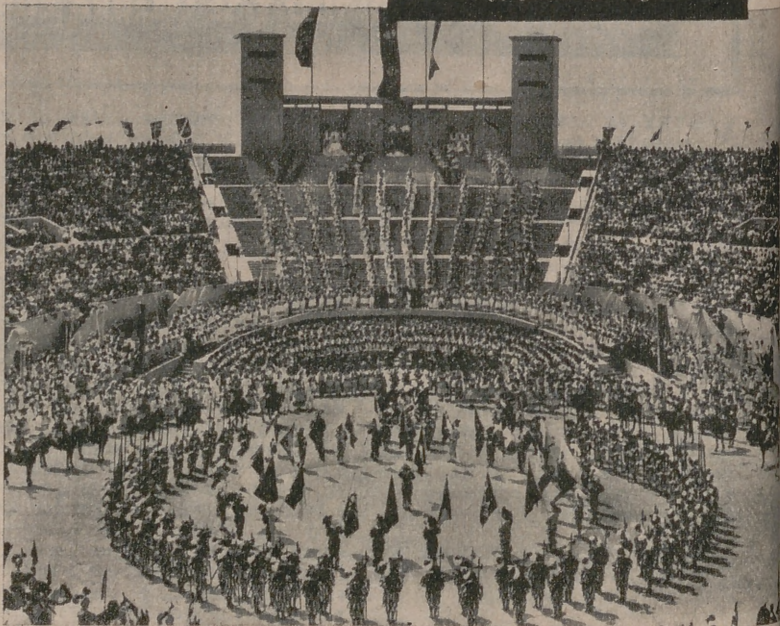
que llega a todos los hogares de la ciudad. Es tal el nervosismo que hay pocos días antes de empezar la fiesta, que un señor de Vevey que toma parte en la misma va discutiendo en su cochera con unos amigos, sobre los asuntos relacionados con la fiesta. Tan absorbidos van por el asunto, que no se dan cuenta de que están en un paso a nivel sin guarda. El conductor del tren ve un auto en la vía, pero supone que rápidamente van a cruzarla, y continúa la buena marcha del convoy. El auto está pasando la vía lentamente; llega el tren, y los pasajeros, sin un solo rasguño, ven cómo la parte posterior del coche, afortunadamente vacía, ha desaparecido. El suceso se ha comentado jocosamente en Vevey. La Compañía de Seguros no ha querido pagar nada en este accidente, debido a distracción del propietario. Afortunadamente, éste tiene dinero, y dos o tres días antes de la fiesta ha podido estrenar otro automóvil.

EL FIGURINISTA ES DE PARIS

Los figurines corren a cargo de Henri Fost, de París. La riqueza de los atuendos y la belleza del contraste de su colorido ha resultado uno de los mayores atractivos de las representaciones y cortejos. Cada uno de los 3.500 comparsas que han tomado parte en los mismos han pagado sus trajes de su peculio propio, calculándose los precios entre las 3.000 y 8.000 pesetas. En el caso de que, después de hechas las cuentas, la Cofradía tenga superávit, es probable que les reembolse parte de lo que voluntariamente han gastado.

El presupuesto de la fiesta era de tres millones y medio de francos suizos, pero la realidad ha sobrepasado estas cifras, y ha costado más de cuatro millones, sin contar, como es natural,

Las fiestas comienzan con el día en las estradas que han levantado en la plaza de Vevey, junto al lago





A vista de pájaro, Vevey, la bella ciudad suiza, junto al lago Lemán. Una motonave surca sus aguas con turistas de todo el mundo. En la plaza de Marché se levanta la gran estrada para las fiestas de los viñadores

los atuendos personales, pagados por los bolsillos generosos de los «veveysans».

LAS MUJERES ABUNDAN MAS QUE LOS HOMBRES

La fiesta está en todo su apogeo. Pregunto a un grupito de componentes del gran coro:

—¿Es verdad que son 450?

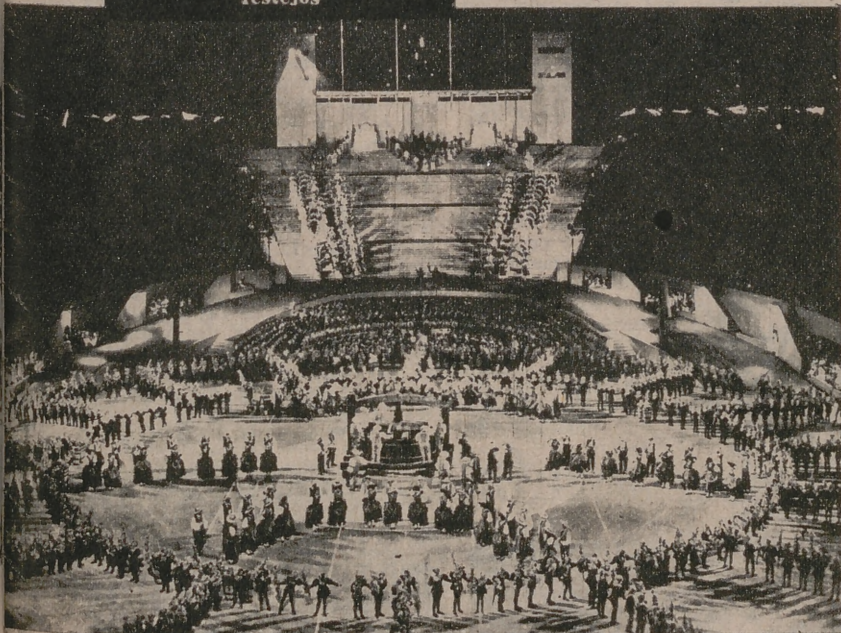
—Sí, es verdad.

—¿Por qué más mujeres que hombres?

—Ya sabe que son ustedes más abundantes.

—¿Qué opinan sobre la música de la fiesta?

Por la noche siguen las fiestas en el gran anfiteatro. Más de 15.000 espectadores presencian los milenarios festejos



—Nos gusta más la del año 27.

—¿Por qué?

—Era más popular, la gente la ha cantado durante años; no creo que ocurra lo mismo con ésta. Hay que tener en cuenta que se trata de una fiesta para el pueblo y del pueblo; no es una velada de ópera o «ballet».

—¿Por qué han escogido a Carlo Hemmerling para la música?

—Era natural; ha nacido y vivido siempre en Vevey. Le correspondía por derecho propio.

—¿Algún otro defecto de la fiesta?

—Pales, que es demasiado delgada.

Una muchacha del gran coro interviene también:

—¡Oh, los hombres!... Ya sabe. Yo opino que tiene unas manos preciosas.

—¡Bah, las manos!...

Pienso que la mayoría de las suizas que conozco hacen régimen para adelgazar o toman píldoras. Es, seguramente, porque no han consultado a los hombres.

UN CALENDARIO QUE SIEMPRE ACIERTA

Existe en Vevey un almanaque llamado «Messenger Boiteux», que es el más antiguo que se edita en Suiza. Fué fundado en el año 1708. Sus pronósticos sobre el tiempo son tenidos por todos los habitantes de la región, y especialmente por los agricultores, como exactos y dignos de crédito.

Cuando llegó el momento de publicar el de 1955 vieron que los auspicios para la primera quincena de agosto eran descorazonadores. Pero el 1955 no era un año cualquiera, cuyo régimen de lluvias pueda resultar indiferente. Del 1 al 14 de agosto estaban ya previstas las Fiestas de los Viñadores, y el pueblo entero esperaba ansioso el pronóstico del tiempo. Hubo en la editorial precipitadas consultas y discusiones. ¿Qué hacer? Se aceptó la solución más fácil. Decir sencillamente que en la primera quincena había buen tiempo, y que sería la segunda en la que habría tormentas y precipitaciones. Exceptuando dos representaciones que tuvieron que suspenderse y darse a otra hora, en todos los demás días ha lucido un hermoso sol, y dos días de lluvia en una quincena, en un clima como el de Suiza, no es nada exagerado. Por primera vez ha sido el tiempo el que ha hecho caso del calendario.

UN MENSAJERO A LA MEDIDA

El mensajero cuyo nombre lleva el calendario es un personaje de leyenda. Se trataba, segu-

ramente, de un mutilado de guerra, que, con su pierna de palo, al uso de la época, se dedicaba a repartir cartas y mensajes. Un viejo habitante de Vevey, ya retirado, que pasaba por completo inadvertido entre las gentes, se ha convertido en un gran personaje. Este hombre no tiene más que una pierna, y, vestido tal y como figura el mensajero en la tapa del calendario, ha ido a Berna a comunicar la buena nueva de la fiesta al Gobierno. Para respetar en todo la autenticidad fué a Berna a pie. Muchos automovilistas, compadecidos de su cojera, pararon el coche en amable invitación; pero él las rehusó todas e hizo el camino de Vevey a Berna y regreso sin ayuda de nadie. El mensajero de pierna de palo es hoy un hombre real, de carne y hueso, y, además, uno de los personajes más aplaudidos del cortejo.

LA AMBULANCIA ES UNA BUENA CAMA

Buscar un hotel, no ya en Vevey, sino en todo el cantón de Vaud, ha sido, en los días de la fiesta, tarea muy ardua; aun cuando, contando solamente los de Vevey, Montreux y Lausana, hay unos 140. Infinidad de extranjeros y forasteros recorrían inútilmente estas ciudades sin conseguir cobijo. Un turista inglés, cansado y sin esperanza posible de solucionar su conflicto, vió dónde guardaban por la noche la ambulancia del hospital. Menos es nada; por lo menos, podría estar echado y a cubierto. Por la mañana, los empleados del hospital vieron, dentro de la ambulancia, un ser desconocido que dormía a pierna suelta. Ante lo inusitado del caso, llamaron a la Policía. Los gendarmes echaron un vistazo al interior, y prefirieron esperar hasta que se despertase por sí mismo.

Cuando, por fin, se despertó, le preguntaron el motivo de su extraño comportamiento.

El inglés sonrió feliz después de haber dormido tranquilo. Dijo la verdad: que no encontró cama y que pensó que era tonto desperdiciar cualquier medio de dormir horizontal. Claro que, según declaró, ya suponía que iban a ponerle una multa, pero que él, muy a gusto, la pagaría. Los gendarmes se miraron y sonrieron. No le pusieron ninguna multa; le desearon que lo pasase bien en la fiesta y un feliz viaje de regreso.

TRES HORAS LARGAS DE «BALLET»

Cualquiera que haya visto estas representaciones no puede fácilmente olvidarlas. Durante tres horas largas, sin interrupción ninguna ni descanso, va uno viendo aparecer los variadísimos «ballets» de que se compone la fiesta. En primer lugar, cinco heraldos hacen sonar las trompetas, mientras todas las campanas de las iglesias de Vevey unen sus voces para anunciar que el espectáculo empieza.

Salen, en primer término, los soldados de Caballería, con yelmo empenachado de plumas rojas y blancas, los colores nacionales, que evolucionan por la escena. Detrás, los tambores y flautas de Basilea, que vienen a todas las fiestas, como unión y armonía de los cantones de habla alemana. Después una centuria de suizos a pie, con lanzas; un abanderado con la bandera suiza y veinticuatro abanderados, con las banderas de todos los cantones, pues en este país no se concibe fiesta alguna en que no se exprese el patriotismo y la unión de todos los ciudadanos. Los estandartes, con el escudo de todos los Ayuntamientos de este cantón que cultivan la viña, los cuales evolucionan y son izados, más tarde, todos, en círculo, en la parte más alta de las estradas, y permanecen allí hasta el fin de la fiesta, en que sus abanderados suben de nuevo a buscarlos. Si la representación es de noche, con reflectores quedan iluminados, produciendo un efecto maravilloso en el ánimo del espectador.

Se suceden las estaciones para las viñas: empieza el invierno, personificado en Dionisos, que sale con sus sacerdotes, rodeado de niños vestidos de cepas desnudas sin hojas ni frutos. Sube a un tronco, en el lado opuesto de los tres que deberán ocupar Ceres, Pales y Baco, y empieza entonces el «ballet» del invierno. Leñadores, carpinteros, cazadores y pescadores. Se organiza el magnífico baile del cortejo de una boda. En coches de caballos van los novios, y la baronesa del distrito, que apadrina los esponsales; y los invitados y el notario, salen a pie, con sus trajes pintorescos y variados.

La danza del hielo, sobre las viñas, es de una gran belleza.

Llega la primavera, con su cortejo de flores, y la carroza de Pales, tirada por seis caballos.

Bailan las flores en un «ballet» originalísimo. Baila la filoxera a la fina. Bailan los niños, con trajes típicos, bailan también los pastores de égloga.

Aparece el verano, con Ceres

en carroza tirada por cuatro ovejes. Las viñas tienen ya el fruto verde. «Ballet» del Sol y sus arqueros. Baile de segadores y de espigadoras. Sale a escena un rebaño de corderos, que da la vuelta a la misma.

Y, por fin, el otoño, con las cepas llenas de fruto dorado. Aparece Baco, Sileno, bacantes y faunos, cuyos «ballets» son de gran espectacularidad. Una prensa muy antigua gira en el centro de la escena, mientras que niños y niñas vestidos de color marrón giran alrededor, en gigantesca rueda. Apoteosis final, en la que bailan todas las figuras juntas en un conjunto de colorido impresionante. Desaparecen las figuras y aparecen la centuria suiza, los tambores de Basilea, las banderas y son descendidos los estandartes de los Ayuntamientos.

CORONACION DE LOS VINADORES

En la primera representación, a la que vino el Presidente de la República, fueron coronados con corona de oro los cuatro propietarios de viñas que han demostrado mayor celo en cuidarlas. Son tres hombres y una mujer viuda. Doce con mención de honor y setenta y cinco premiados, todos los cuales son muy aplaudidos por el público, tanto desde las estradas como desde los asientos y balcones en los cortejos.

Tanto los cortejos como los espectáculos han sido televisados, no sólo desde los otros cantones de Suiza, sino desde Italia, Francia, Alemania y Austria. Estos cantos y estos bailes, llenos de tierna y rural poesía, han encontrado la admiración y el aplauso del numerosísimo público que ha llenado, día por día, todas las localidades, unas localidades que valían de 100 a 300 pesetas, y que se agotaron en todas las representaciones.

LAS VACAS

Tratándose de Suiza, las vacas merecen mencionarse aparte. Los mejores ejemplares que han sido premiados en las ferias de ganado han tomado parte en la fiesta. Auténticos pastores del Gruyere, con sus barbas y sus trajes típicos, han venido a conducir las y animarlas con sus gritos guturales. Ellas, provistas de enormes cencerros, han acompañado a la música. Tres cuernos de los Alpes, esos instrumentos de voz grave que miden dos metros cuarenta de largo, han alegrado también la escena de los pastores, una, quizá, de las más logradas, por constituir un homenaje hacia la labor, callada y firme, de las gentes que viven en las altas montañas rodeadas de nieves, de silencio y de fe.

Pilar SAHLI EGUILUZ



Plaza de los Tres Reyes y Via de Lausana, en la alegre ciudad de Vevey

SUSCRIBASE A
POESIA ESPAÑOLA

ESOS ARBOLES CON FRUTOS HUMANOS...

EL III CONGRESO DE GENEALOGIA Y HERALDICA

ORDENES FALSAS Y TITULOS DE OPERETA AL DESCUBIERTO

EL hidalgo es un tipo humano que fué creado por España y que encarnó valores históricos. Hoy, en que se liquidan los tipos propuestos como ejemplares por naciones distintas a la nuestra, es preciso que enseñemos de nuevo al mundo el propio hombre ejemplar; que el hidalgo vuelva a tomar carne general de arquetipo valedero para todas las épocas.

Este estilo de lo español no aparece en el Siglo de Oro, sino que es entonces cuando prolifera y se difunde ante la exigencia de regir un Imperio, pero el arquetipo existía ya anteriormente en la entraña de nuestro país.

La hidalguía supone una historia particular y de linaje que puede no haberse escrito nunca, pero que, indudablemente, pesa sobre los hombros del que la lleva ocasionándole más obligaciones que derechos. Porque cada hidalgo tiene que legitimarse siendo fiel con sus obras a la claridad y lustre de su origen. La gloria de los antepasados es algo que debe avergonzar a quien no sepa imitarles, ya que a un degenerado el origen noble parece aumentarle su degeneración.

Las armas van pintadas en los escudos precisamente para que viéndolas los descendientes les venga a la memoria la manera cómo los antepasados las ganaron.

Puede un hombre no haber heredado nada, ni siquiera hidalguía, y ser, no obstante, fijodalgo, hijo de algo que adquiere por su propio esfuerzo haciéndose así principio de un linaje. Por eso el concepto de hidalguía no es anacrónico, sino que se aplica también a lo moderno, a los que hoy se hacen a sí mismos y ganan batallas en los avances de las ciencias, las letras, la técnica y hasta en los que capitanean eficazmente la lucha por la producción.

Austero, pobre muchas veces, sosegado siempre, con un alma que no conoce la codicia, el hidalgo supone el equilibrio espiritual que se templea en las más nobles virtudes.

No debemos renunciar a este hombre ejemplar, porque la raza que ha producido a los hidalgos



Arriba: Carta ejecutoria de hidalguía de Antonio de Guillén, vecino de Carrlón. — Derecha: Don Vicente de Cadenas, secretario general del Instituto Internacional de Genealogía y Heraldica

no está exhausta, sino que es hoy de las más vivas y prolíferas de cuantas existen en el mundo.

El hidalgo no está pasado de moda. Decir esto sería como renunciar de golpe a media Historia de España, a muchas de las figuras representadas en las obras maestras de nuestra pintura, de nuestro teatro clásico, a los hombres sublimados de la música y a mucho más todavía, ya que el sentido del honor ha sido y es consustancial al pueblo de nuestra Patria.

De hidalgos hablaron Cervantes, Lope de Vega, Quevedo, Góngora, Francisco de Rojas, Vélez de Guevara, para no citar más que nombres grandes de la mejor literatura española, a los que hay que añadir muchos más cuya lista llega hasta nuestros días, pasando por Pereda, Ricardo León,



Azorín y otros escritores de nuestro tiempo.

Hidalguía es linaje conocido y capaz de análisis por medio de una ciencia auxiliar de la Historia que se llama genealogía sobre la que, juntamente con la heráldica, queremos hablar algo con motivo de cierto Congreso próximo que va a celebrarse en la hospitalidad y la paz de España.

III CONGRESO DE GENEALOGIA Y HERÁLDICA

El despacho de un genealogista — uno de esos hombres que tanto entienden de árboles de familia y linaje— tiene siempre un aire un poco notarial. Pliegos documentales con esas circunferencias unidas de dos en dos, como cerezas, y con una fecha de matrimonio, y luego los frutos otras cerezas, que después se unen también por parejas.

Eso de los árboles genealógicos, esa extraña botánica de la estirpe, no deja de tener su nota sentimental, porque el amor no puede quedar nunca reducido a unas líneas y círculos, a unas fechas a pao seco, sino que cada unión de circunferencias es toda una historia novelable en la mayoría de los casos.

El árbol de familia tiene una emoción oculta, que pocas veces encierran los pliegos escritos. Su sencillez de líneas, fechas y nombres escuetos, su brevedad inquietante, como un plano de tesoro oculto, es lo que le da al árbol de familia esa cualidad apertiva que hace que a su vista queramos enterarnos del cómo y el porqué de las ramas y los entronques.

Un despacho de genealogista tiene muchos escudos, libros, tratados, gráficos y elementos de documentación, con los que es posible que una persona vea de quiénes desciende, llevándose una vista parcial de su historia particular, algunas causas y efectos que lo hicieron como es, en una página de papel pergamino o de papel cebolla.

Don Vicente de Cadenas, cronista de armas, tiene un despacho de genealogista en la calle Atocha de Madrid. Entre escudos, libros de Historia y árboles de familia en ese despacho, en el que se gesta también la revista *Hidalguía*, nos enteramos de muchas cosas interesantes respecto al III Congreso de Genealogía y Heráldica que se va a celebrar del 6 al 11 de octubre en Madrid.

Nuestro interlocutor, un hombre alto, de finas maneras y gran amabilidad, es el secretario general del Instituto Internacional de Genealogía y Heráldica y uno de los más activos organizadores del Congreso próximo a celebrarse.

CUATRO CRONISTAS DE ARMAS HAY EN NUESTRO PAÍS

La Genealogía y la Heráldica son dos ciencias auxiliares de la Historia. Los investigadores del pasado, en su cuidadosa anotación de hechos y batallas, cuando se ven en la necesidad de averiguar datos más concretos sobre un personaje, encuentran con frecuencia una valiosa colaboración en los genealogistas y los profesionales de cuestiones de heráldica.

Pero de entre todos los que ayudan con su trabajo a la tarea meticulosa del historiador son los llamados cronistas de armas quienes de una manera más científica prestan su concurso. Cuando se trata de hacer un estudio sobre el linaje, escudos y armas de una familia, nadie puede encontrarse más especializado que uno de esos cronistas.

En la actualidad existen en España solamente cuatro cronistas de armas debidamente autorizados para el desempeño de esta labor de documentación genealógica y heráldica. El decano de este pequeño cuerpo profesional es el marqués de Ciadoncha. Los otros tres son: don Vicente de Cadenas, don Juan de Rújula y don Lavín del Noval.

Además de ellos, existe también un grupo de genealogistas que, sin ser específicamente cronistas de armas, se dedican a la investigación de estirpes y blasones con absoluta honradez y rigor científico, que les diferencia de algunos aficionados entre los que puede encontrarse alguno que por un precio que oscila entre los cinco y los veinte duros es capaz de halagar la vanidad de cualquier persona atribuyéndole, sin preocuparse mucho, un escudo de composición imaginaria o que siga la pauta heráldica de manual con relación de apellidos.

ORDENES FALSAS Y TÍTULOS DE OPERETA

Esta y algunas otras irregularidades, puestas de relieve mucho más en el extranjero que en nuestro país, han agrupado a los genealogistas en un espíritu de defensa.

El Instituto Internacional de Genealogía y Heráldica, pese a su vida relativamente corta, ha realizado ya una gran labor saneadora y de unificación de criterios que acrecentará todavía más el próximo Congreso.

Don Vicente de Cadenas nos habla así de esa reunión y sus objetivos:

—Los objetivos del Congreso coinciden completamente con los del Instituto Internacional de Genealogía y Heráldica, que hasta ahora se han orientado de una manera especial a purificar el ambiente de Ordenes falsas y hasta condenadas por la Santa Sede, así como de una infinidad de príncipes y principillos de opereta.

Con la confederación de las Corporaciones de distintos países hemos logrado ya iniciar campañas contra los títulos usados indebidamente contra las Ordenes militares falsas, contra los Institutos de Genealogía y Heráldica de iniciativa privada y muchas veces fraudulentas y contra los mangantes que se dedican a jugar a emperadores y reyes con un entusiasmo digno de mejor causa.

Si la prensa de cada nación colabora con nosotros, es muy posible que podamos terminar con los falsos agentes nobiliarios, heráldicos y blasonadores, cuya actividad va en descrédito de esas dos ciencias auxiliares tan respetables y necesarias.

—¿Se dan en nuestro país muchos casos de falsedad o suplantación nobiliaria?

—Aunque España no es de las naciones más afectadas por ese mal, también tenemos aquí un problema «príncipesco» que se reduce a tres o cuatro familias. Unos dicen que descienden de emperadores griegos, y emplean en sus afirmaciones fuertes argumentos «bizantinos»; otros son, según dicen, descendientes directos de algún rey godo, y también se da el caso de quien pretende ser descendiente de emperadores aztecas. Aunque nuestro Instituto conoce que esos farsantes no tienen ni una sola gota de sangre de Bizancio, goda o bien azteca, se toma el trabajo de procurarse las pruebas incontrovertibles que en un momento dado pueden poner en ridículo a tan imperiales megalómanos.

El Instituto Internacional de Genealogía y Heráldica ha realizado una primera campaña purificadora en Italia, Suiza y España, con lo que se ha producido un movimiento de retirada en los grupos de embaucadores, lo mismo el de los curanderos de la genealogía como el de quienes usan indebidamente títulos y hasta los dan más o menos alegremente.

Hay quien no sólo usa un título falso, sino que llega a gestionarse a sí mismo y acaba por estar convencido de que el oropel con el que él mismo se ha cubierto es completamente legítimo.

Don Vicente de Cadenas conoce numerosos casos de falsa atribución de títulos y nos insiste que el remediar este problema es uno de los objetivos del próximo Congreso Internacional de Genealogía y Heráldica.

Coincidiendo con el Congreso se van a celebrar dos interesantes exposiciones: la de la Cruz Laureada de San Fernando y la de Bibliografía Heráldica Genealógica.

UNIFICAR CRITERIOS ENTRE DISTINTOS PAÍSES

Existen precedentes de exposiciones de esta naturaleza en los dos Congresos de Genealogía y Heráldica hasta ahora celebrados. En el primero, que tuvo lugar en Barcelona en 1928, se efectuó la Exposición de la Insigne Orden del Toisón de Oro, y en el segundo Congreso, que tuvo lugar en Nápoles en 1953, fué inaugurada la Exposición de Bibliografía, organizada por la Orden de Malta.

Uno de los acuerdos del II Congreso, o sea el celebrado en 1953 en Nápoles, fué el de que esas reuniones tuviesen lugar regularmente cada dos años.

Como frutos de las exposiciones a celebrar en el Congreso de Madrid habrá, entre otros, la edición de una obra sobre los Caballeros Laureados de San Fernando y la impresión de un catálogo de fondos bibliográficos.

Pero, además de todo esto, se quiere dar un notable avance en la coordinación de todos los Institutos de Genealogía y Heráldica que trabajan con carácter verdaderamente científico para diferenciarlos de aquellas otras instituciones que parecen servir al fraude más que a la verdad histórica. Así como obtener un más directo intercambio de datos entre todas las Corporaciones federadas con el Instituto Interna-

cional de Genealogía y Heráldica con objeto de coordinar los esfuerzos para las labores conjuntas del futuro entre los países agrupados por lenguas.

Para llevar a cabo las exposiciones acordadas han sido constituidas dos Comisiones, que presiden S. A. R. el infante don Luis de Baviera y don Francisco Sinthes Obrador, director general de Archivos y Bibliotecas.

Los congresistas serán obsequiados con recepciones por el Instituto de Cultura Hispánica y por el Ayuntamiento de Madrid, así como un almuerzo y una cena de gala. Además han sido organizadas varias excursiones y visitas a museos y archivos históricos.

Uno de los más interesantes propósitos del III Congreso Nacional de Genealogía y Heráldica es el de unificar los términos y las figuras de la heráldica en todo el mundo para poner remedio a la diversidad actual entre los distintos países. Para ello el Instituto Internacional de Genealogía y Heráldica quiere, por medio del próximo Congreso, unificar criterios entre los veintinueve Institutos adheridos.

Y, desde luego, uno de los cometidos principales es el de lograr que en el mayor número de países sean desenmascarados los falsos Institutos de Genealogía, las Ordenes militares fraudulentas y los títulos que se usan indebidamente, que son imaginarios y no existen en la realidad, unos por haberse extinguido y otros porque jamás fueron otorgados por persona competente.

EN EL MUNDO HAY CIENTO CUARENTA Y CUATRO ORDENES FALSAS

Nada menos que ciento cuarenta y cuatro Ordenes falsas existen en el mundo. Este es el número que sobre estas Ordenes supuestas dió la relación facilitada por el Vaticano al II Congreso de Genealogía y Heráldica que se celebró en Nápoles hace dos años.

En Italia, las Ordenes falsas más importantes son las de la Legión de Honor de la Inmaculada y la de San Sebastián y San Guillermo. Esta última Orden supuesta tiene actualmente su Gran Priorato en el Brasil, con una organización que parte del aventurero italiano don Guillermo Inellas, que se titula a sí mismo príncipe de Cleomzone.

Referente a Francia, la Orden falsa que en la actualidad se mueve más es la Orden de San Lázaro, que continúa su vida fraudulenta, repartiendo títulos y condecoraciones.

No hace mucho que en España hubo un intento de resucitar la Orden de Santa Brígida de Suecia, pero esos esfuerzos resultaron fallidos por la especial vigilancia que se realiza en nuestro país para hacer muy difíciles esta clase de engaños. Nada menos que un Capítulo de Templarios se intentó formar en Barcelona hace alrededor de cinco años; pero esa intencional pintoresca fue igualmente imposibilitada por el celo de los organismos competentes.

Pero si una estrecha vigilancia reduce a un mínimo el número de títulos falsos españoles den-

tro de nuestro país, no ocurre lo mismo con la gran cantidad de supuestos títulos hispánicos que hay en el extranjero, lo que si puede halagar el rango histórico de nuestra nación, también es cierto que no favorecen mucho a España esas personas que, además de atribuirse un origen español muy ilustre, dan títulos falsos y supuestas atribuciones nobiliarias a quienes se dejan engañar.

Hay títulos falsos de Castilla y también de Aragón. El más sobresaliente de estos últimos es el que ostenta indebidamente un pintoresco personaje italiano que se titula nada menos que príncipe Amoroso d'Aragona. Este caballero da títulos falsos de supuesto origen español, y así, entre otros muchos, existe en París un inquieto conde de Manacor, cuyo título ha sido concedido por el «príncipe» Amoroso d'Aragona.

LA FALSIFICACION DE DIGNIDADES ES CADA VEZ MAS AUDAZ

Dentro de esta actividad hay incluso empresarios que lanzan reyes supuestos como si se tratara de estrellas cinematográficas. Don Norberto de Casta y Tosi ha lanzado en París nada menos que a un pretendiente carlista al trono de España, que se titula a sí mismo, Carlos X, y que escribe ya manifiestos y hojas «a sus leales». No contento con ello todavía don Norberto ha encontra-

Copia de la carta ejecutoria de hidalguía de Juan de Redondo, vecino de Oronesa

do también ultimamente a un pretendiente al trono de Chile. A su vez el supuesto Carlos X de España, lanzado por don Norberto de Casta y Tosi, ha hecho «conde» de San Juan del Charral a quien ya era conde de Manacor, que tiene su título concedido, a su vez, por el inquieto «príncipe» Amoroso d'Aragona.

Esa especial predilección por España se ha extendido a algunos países hispanoamericanos. Así tenemos a un duque falso de Moctezuma y otros varios que se atribuyen títulos hispanoamericanos en distintos países.

Hace solamente cuatro meses hubo en Francia un escándalo bastante regular con un señor que decía ser descendiente directo de Luis XVI. Pero el supuesto Delfín fué desenmascarado por periódicos sensacionalistas.

También se recuerda a este respecto el caso de don Ugo Montagna que, con motivo del proceso Montesi, quedó demostrado que llevaba indebidamente un título de marqués siciliano.

El supuesto príncipe Amoroso d'Aragona, además de dar títulos falsos, ha organizado tres Ordenes militares de las cuales es el gran maestro: la de San Juan de Acre, la de Santa María de Belén y la de Santo Tomás.



**CENTRO DE CULTURA
POR
CORRESPONDENCIA
(ACADEMIA)**

CCC
APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

1 IDIOMAS

POR EL SONIDO Y LA IMAGEN
INGLES - FRANCES - ALEMAN
LITERATURA INGLESA - LITERATURA FRANCESA
Polyphone
CON DISCOS O SIN DISCOS
Obsequiamos con un tocadiscos miniatura.

2 COMERCIO

MODERNISIMOS CURSOS
CONTABILIDAD - TRIBUTACION
CALCULO - MECANOGRAFIA
TAQUIGRAFIA - REDACCION
Facilitamos máquinas de escribir.

3 RADIO

MARAVILLAS ELECTRONICAS
RADIO TELEVISION
Y CINE SONORO
La técnica más actual y la del más inmediato porvenir
Proporcionamos abundante material a los alumnos.

4 CULTURA

IMPRESINDIBLE PARA TODOS
CULTURA GENERAL
ORTOGRAFIA - LINGÜISTICA
Para aspirar a cualquier empleo y brillar en sociedad.
Cursos completísimos de perfeccionamiento

5 CORTE

CURSO PARA LA MUJER
CORTE Y CONFECCION
El original curso *Femina* tantas veces imitado y nunca igualado.
Regalamos a nuestras alumnas un redondeador de faldas.

6 MUSICA

CON DISCOS O SIN DISCOS
SOLFEO ACORDEON
En preparación. Próximamente se pondrán a disposición del público.
Regalaremos un diapason y proporcionaremos acordeones

7 DEPORTE

INDICE DE UNA CULTURA
FUTBOL
Para aficionados y profesionales: clubs, colegios, etc. Por RICARDO ZAMORA
JUDO Y JIU - JITSU
Respaldo por la Federación Española.
Cursos teórico-prácticos.

8 CLUB CCC

SORPRENDENTE ORGANIZACION POR CORREO
El CLUB CCC le proporcionará grandes beneficios culturales y comerciales, aportándole miles de amigos.
Servicios principales: Revista mensual, Biblioteca Circulante, Intercambios, viajes, carnet, insignias, etc.



CORTE O COPIE ESTE CUPON

D.
señas
solicita información GRATIS sobre las materias
n.ºs

REMITASE A: **CCC** APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

Pero la mayor estafa nobiliaria que existe en nuestros días es la de la Orden de San Juan de Jerusalén, en Dinamarca.
De cuantas Ordenes militares falsas existen actualmente en Francia, la que tiene en estos momentos mayor predominio es la llamada de San Jorge de Borgoña, y después de ella viene la Orden de San Lázaro y algunas más que son falsas por su mismo origen o bien extinguidas hace muchos años.

NI SIQUIERA NORTE-AMERICA SE VE LIBRE DEL TRAFICO DE TITULOS

Capítulo aparte merecen los Institutos Oficiosos de Genealogía y Heráldica que funcionan en varios países. De entre ellos el más introducido en España es una institución privada de origen italiano que se llama la Academia y Universidad Internacional de Genealogía y Heráldica, con sede central en Nápoles. En nuestro país han existido sucursales de esas instituciones más o menos imaginarias; así ha funcionado en Santander la llamada Universidad Pito-Bizantina.

Ni siquiera los Estados Unidos de América escapan a esas sociedades. No solamente no se escapa Norteamérica a esta plaga, sino que puede decirse que es uno de los países más predispuestos a esta clase de ostentación, quizás por un deseo de las gentes de evadirse un poco, aunque sea imaginariamente, del modernismo de la vida. Así como ha habido un traslado de piedras europeas venerables a los Estados Unidos, hay también una cierta demanda de dignidades históricas y nobiliarias sin preocuparse excesivamente en si son éstas verdaderas o falsas. Hay demanda de escudos y blasones y —como la necesidad crea el órgano— ha surgido en Estados Unidos la «Society of Heraldry» para ver si puede complacer un poco el subconsciente deseo del hombre de la calle en Norteamérica, que es el de ser descendiente de algo importante.

A PROTECCION Y FUERO DE ESPAÑA

De ahí que la labor investigadora de la Genealogía y de la Heráldica no solamente no está pasada de moda, sino que es en nuestros días cuando tiene una acentuación apreciable

El próximo III Congreso de Genealogía y Heráldica, a celebrar en Madrid del 6 al 11 de octubre, tendrá seguramente sus frutos de coordinación intercambio de datos y labor sanitaria sobre las instituciones y títulos falsos que andan por el mundo.

El III Congreso de Genealogía y Heráldica tiene ya gran número de inscritos, entre los que se encuentran relevantes personalidades de la alta nobleza de varios países. La Secretaría del Congreso ha comenzado a recibir ponencias y comunicaciones.

Todo hace suponer que será un éxito esa reunión que por tener lugar en nuestro país y por otras muchas causas, pese a su carácter internacional, será un Congreso celebrado a protección y fuero de España.

EUROPA, AÑO CERO DE LA LIBERACION



LOS RUSOS HAN DEJADO EN VIENA UN P. C. RAQUITICO

LAS TRES VIRTUDES DEL AUSTRIACO: EL CAFE, LA MUSICA Y EL FUTBOL

Viena. (Crónica de nuestro enviado especial, M. Blanco Tobío.)

En mi crónica anterior les prometí dedicar una parrafada al café vienés. Merece la pena que abordemos este tema, pues difícilmente podremos encontrar una institución tan típica y a la par tan divertida como es ésta. Pero la historia es larga y debemos comenzar por el principio.

En el principio del café vienés están, como de costumbre, los turcos. Ya saben ustedes que éstos se presentaban periódicamente ante las puertas de Viena, remontando el curso del Danubio; recibían una buena rociada de arcabuzazos, dejaban sobre el campo un cuantioso botín y daban media vuelta hacia Constantinopla. En ocasiones como ésta, nosotros, los españoles, solíamos enviar importantes socorros a Viena, para ayudarle a luchar contra el turco. En el siglo XVII España tenía también, antes de



Una mujer vienesa muestra el retrato de su hijo desaparecido durante la guerra.—Abajo: Soldados rusos frente al palacio de Viena donde se firmó el acuerdo que concedía la libertad al pueblo austriaco

venir al mundo los Estados Unidos, su Programa de Seguridad Mutua.

A finales de ese dorado siglo, Viena acababa de sufrir las consecuencias de una peste devastadora. Y apenas comenzaba a olvidarse de aquella pesadilla cuando asomaron a las puertas de la ciudad los bigotazos de Kara Mustafá, al frente de 300.000 sol-

dados, preparados para un largo asedio. Como es natural, cundió la alarma, y la mayor parte de la población evacuó Viena, trasladándose a lugares más tranquilos. En la ciudad quedó Stahrenberg con 16.000 hombres tras las murallas.

Nadie sabe por qué Kara Mustafá cometió el mismo error que Aníbal ante Roma. Dispuso el si-

tio y se fué, en compañía de las 3.000 mujeres de su harén, a curarse la gota a Baden, donde transcurrieron sus delicias de Capua.

Entre tanto los bravos vieneses de Stahrenberg se dedicaron a contemplar las idas y venidas de los turcos y a tapar los boquetes que sus minas abrían en las defensas exteriores. Stahrenberg estaba perfectamente informado de todo lo que pasaba en el campo enemigo por un tal Kolschitzky, que había estado en Constantinopla y hablaba el turco. Gracias a los informes de este hombre, un aventurero, el Ejército de socorro de Carlos de Lorena, pudo abrirse camino entre las huestes de Kara Mustafá, unirse a la tropas de Stahrenberg, y finalmente, caer ambos sobre el turco, que emprendió la huida, dejando «sur place» todos sus tesoros.

Entre ellos figuraban unos sacos que contenían unos granitos negros; nadie sabía qué hacer con ellos, menos Kolschitzky, que, como ya dijimos, había vivido en Constantinopla. Nuestro hombre recibió como botín los sacos de café—pues de café se trataba—, y en premio a los servicios prestados se le autorizó a abrir el primer «café» de Viena, al que bautizó con un nombre de taberna: Casa de la Botella Azul.

Al principio, los vieneses no sentían la menor afición a beber café. Pero un día le añadieron leche, y otro, un terrón de azúcar, y a partir de entonces el café se convirtió en una de las más caras devociones del ciudadano vienes. Es lo único que tienen que agradecerle a Kara Mustafá, y sobre todo, a su gota.

EL CAFE VIENES

Han pasado siglos y se han sucedido generaciones y generaciones de vieneses. La rueda de la Historia siguió girando sobre Viena, y fueron innumeras las cosas que nacieron y que murieron; entre ellas, la Casa de la Botella Azul. Pero lo que no ha pasado, ni tiene trazas de que pase, es el «café» vienes.

Para que ustedes entren rápidamente en el ambiente, simplificaré mi relato diciéndoles que nada hay más parecido en este mundo que un café de Viena y un café español de provincias. Sobre todo, de provincias.

Si usted entra en uno de esos cafés a cualquier hora del día se encontrará con un espectáculo que le es familiar: en cada mesa, un señor leyendo el periódico atentamente. Delante de él hay una taza de café vacía y un vaso de agua. Seguramente también un buen fajo de periódicos y de revistas ilustradas.

Si usted viene observando a estos caballeros desde hace su buen par de horas, verá que ocurren las siguientes cosas. Primero, que en el momento de entrar en el café, el cliente es recibido afablemente por el camarero. Son viejos amigos, pues se conocen desde hace muchos años. Seguidamente, el caballero se sienta, le traen una taza de buen café y lo bebe a paqueños sorbos, disfrutando lo indecible. Algunos, incluso chupan con fruición las guías del mostacho, en las que queda go-teando un poco de crema.

Hecha esta operación, el caballero se dispone a leer los periódicos, que le trae el camarero, y que ha dejado «vacantes» otro cliente. Al cabo de media hora, el

mismo camarero se lleva el vaso de agua, lo sustituye por otro, se lleva los periódicos ya leídos por el cliente y le trae una nueva remesa. La historia se repite varias veces, hasta que el cliente paga y se va: una sola consumición, varios vasos de agua y algunos kilos de Prensa.

Naturalmente, uno sospecha que este negocio de los cafés debe ser calamitoso, y piensa, pues viene de Madrid, que los Bancos u otras entidades menos platónicas, acabarán devorándolos.

Pues, señor, no es así, sino todo lo contrario. Después del Archsluss, en 1938, los cafés vieneses comenzaron a languidecer. La posguerra trajo consigo la moda de las cafeterías; pero de repente, los viejos cafés, nadie sabe por qué, comenzaron a levantar cabeza y a atraer de nuevo a los vieneses, pasadas las trepidaciones de la guerra y una vaga inquietud por cambiar de vida. Fue así como los buenos vieneses, amantes de la Naturaleza, de la música y de la tranquilidad, recuperaron sus viejas aficiones caireteriles. A las cuatro de la tarde, hora en que termina el horario de trabajo en las oficinas, salen presurosos a la calle y se van a su café, a entregarse a las delicias del amado brevaaje y de su cultísima Prensa. Allí transcurren las horas más amables del día.

TERTULIAS

Para completar el parecido con el café español—sobre todo el de provincias—, en los cafés vieneses ocurre algo que no se encuentra en Alemania y apenas en Francia: la tertulia. Las tertulias vienesas, tal vez son menos ruidosas que las nuestras, pero no menos ateneísticas ni discuti-doras. A veces las voces se alzan y los ademanes se encrespan. Antaño era frecuente ver salir del café a dos contentullos, chistera en mano, camino del campo del honor, a ventilar alguna grave discrepancia. Ahora, las cosas ya no se llevan tan por la tremenda.

Los temas abordados en estas tertulias tampoco difieren sustancialmente de los que discutimos los españoles en nuestros cafés. Quizá el principal sea el fútbol. Creo recordar que en Viena hay dos grandes equipos de fútbol: el Rapid y el First, o cosa así. La rivalidad entre ambos clubs y sus seguidores puede muy bien compararse entre la existente entre el Real Madrid y el Atlético. También se juega mucho a las apuestas mutuas, y ya es sabido que casi todas las semanas aparece en los periódicos el nuevo millonario que ha acertado todos los resultados.

Otro tema de discusión permanente es la música. Yo creo que Viena es la ciudad del mundo que más sabe de música; es también allí donde los críticos musicales disfrutaban de más prestigio que los grandes «columnistas»; esta raza de los críticos musicales vieneses se distingue por su ferocidad implacable y por una vena sarcástica que levanta ampollas. Según ellos, a la Orquesta Sinfónica de Viena hay que exigirle siempre la máxima perfección, y a los concertistas que tienen el honor de tocar para los



vieneses. también. Y, claro está, la perfección siempre es cosa difícil y los palos lueven por doquier.

Ya les dije a ustedes que los vieneses están profundamente divididos en esto de la música. Unos son devotos de la Orquesta Sinfónica y otros de la Orquesta Filarmónica. No se pueden ver, y el día que un fagot de la primera mete la pata, las huestes de la segunda sufren fingidos ataques de hilaridad que le sientan a los contrarios como un rejón en la paletilla.

Para quienes creen que existe una radical incompatibilidad entre un espectáculo tan adulterado como es el fútbol y las exquisiteces de la música sinfónica, elevadísima expresión de la cultura de un pueblo, la experiencia de Viena es desconcertante. En todo caso, la realidad demuestra que esas incompatibilidades sólo existen en la cabeza de los «snobs» de la cultura. De regreso de un partido de fútbol, en el que muy bien puede haber habido bofetadas, el vienés acude a un concierto sinfónico. Mientras en el «stadium» era un voceras destemplado, en la sala de conciertos se convierte en el ser más silencioso de este mundo. A nosotros nos cuesta trabajo imaginar estas cosas, pero es la pura verdad.

CONCIERTOS

Los conciertos tienen una dificultad: y es que hay que sacar la localidad con días y a veces incluso con semanas de anticipación. El abono cubre la mayor parte de las salas, y las pocas butacas que sobran son disputadas con encarnizamiento. Yo intenté asistir a un concierto en Salzburgo y me acerqué a una taquilla.

—¿Para cuándo?—me preguntó el taquillero.

—Para hoy...

Me miró compasivamente. Hacía quince días que se había acabado el billeteaje. En Viena ni siquiera lo intenté.

Naturalmente, la política también entra en el repertorio de las tertulias de café. Y aquí seguimos los españoles pareciéndonos a los vieneses, o a la inversa. Criticar al Gobierno, sea el que sea, es uno de los deleites intelectuales más caros al vienés. Cualquiera de ellos lo haría mejor que el doctor Julius Raab quien, por cierto, lo está haciendo muy bien.

«SCHRAMMELMUSIK»

Otra institución vienesa del ramo de la expansión ciudadana es el «Heurigen». Vanamente he buscado traducción para esta palabra. No la hay, sencillamente porque en España no existe un equivalente al «Heurigen». Pero como tenemos que entendernos, imaginen ustedes una taberna rústica, amplia, con sonrientes camareras que le sirven a usted vino nuevo y, sobre todo, con una orquesta integrada por un violón, una gitara y un acordeón que toca la «Schrammelmusik», música vienesa dulzona, pegadiza y coreable. El «Heurigen» suele tener un jardín con mesas bajo los árboles donde la gente—joven y vieja—ríe, canta, bebe y ama.



Los niños ciegos de un asilo de Viena reciben viveres enviados por la C. A. R. E.

El «Heurigen» es frecuentado claro está, por los vieneses, principalmente los fines de semana. Pero más que por los vieneses, por los turistas, al menos durante esta estación. El Viena «by Night» comprende siempre una ronda por uno o varios «Heurigen» castizos—valga la expresión—, en los que todo está preparado para suministrar a cada visitante su ración de recuerdos vieneses, que «le perseguirán a usted toda la vida», como leí en un folleto de propaganda.

Anton Karas, el citarista autor de la famosa música del «Tercer hombre», tocaba antes de la guerra su instrumento en una orquesta de «Schrammel». En un «Heurigen» lo descubrió el director de cine Carol Reed, y aquí comenzó su fortuna. Su música dió la vuelta al mundo durante unos años, y su gitara persiguió a Harry Lime hasta por las alcantarillas. Después, el mundo se olvidó de «El tercer hombre» y de Anton Karas. Pero éste, con el dinero ganado, se compró un «Heurigen» en el barrio de Sievering y siguió tocando su gitara. Las agencias de turismo y el Viena «by Night» hicieron el resto. Desde hace ya un buen puñado de años Anton Karas ve invadido todas las noches su

«Heurigen» por sucesivas oleadas de turistas transportados en autocar que van allí a escuchar la obsesiva melodía de Harry Lime, a tomarse unos vasos de vino y a sacar fotos con «flash».

Yo creo que para Anton Karas, un hombre de aspecto apodado y triste, esto de tocar noche tras noche la misma canción debe constituir una verdadera pesadilla. Pero, por otro lado, sus ingresos deben ser bastante saneados. Nunca una gitara ha sido explotada tan a fondo. En su «Heurigen» venden cítaras pequeñas como de juguete, que se han incorporado a ese ejército de objetos banales que llevan el letrero: «Recuerdo de Viena» («Gruss aus Wien»). Nadie sale de allí sin su gitara en miniatura; es como un certificado de haber pasado por Viena.

Anton Karas ha hecho algunos esfuerzos desesperados para renovar su repertorio, y se ha can-

Las autoridades americanas y austriacas han organizado un servicio de socorro alpino por medio de helicópteros



sado de componer vales que no han tenido el menor éxito, porque en realidad es un músico mediocre. Todo para huir de la pesadilla del «Tercer hombre». Pero en cuanto eliminó taimadamente de su lista la famosa melodía, se armó un pequeño escándalo. Las agencias turísticas le presentaron un ultimátum: o seguía tocando su Harry Lime o, sintiéndolo mucho, sus circuitos Viena «by Night» cambiarían de «Heurigen». Sus clientes así lo exigían y no había más que hablar.

Naturalmente, Anton Karas capituló, y si Dios no lo remedia se pasará la vida sacándole a su vieja arpa la música de la película de Carol Reed.

«ROJOS» Y «NEGROS»

Como sin duda saben nuestros lectores, Austria es gobernada por una perpetua coalición de socialistas y populistas (demócratacristianos). Estos dos grandes partidos políticos, que se reparten casi mitad por mitad los votos del censo electoral, forman el más perfecto matrimonio político de conveniencia que se conoce. En el fondo se detestan, pero colaboran, pues el uno no podría gobernar sin el otro, y viceversa. Los socialistas se llaman «rojos» y los populistas «negros». Como el 94 por 100 de la población austriaca es católica, resulta que por lo menos la mitad de los católicos milita en las filas de los «rojos», o sea, de los socialistas. Y la otra mitad, claro está, en las de los populistas, demócratacristianos.

Los comunistas austriacos, como los alemanes, apenas cuentan. En las últimas elecciones recogieron únicamente el 5 por 100 de los votos. Un porcentaje realmente insignificante. El partido comunista austriaco no tiene cabezas ni prestigio. Es un fantasma, y todos los esfuerzos que hicieron los rusos a lo largo de diez años de ocupación para darle ambas cosas terminaron en fracaso. Los propósitos de Moscú, sobre todo en vida de Stalin, eran de tener en Austria un partido comunista dinámico y bien orga-

nizado capaz de imponer una política prosoviética. No consiguieron nada, repetimos. Los rusos se van y a sus espaldas dejan un «clan» político insignificante.

Esto viene a demostrar, entre otras cosas, que en estos países, cuando hay un partido político obrero bien organizado y leal con la clase proletaria, el comunismo no tiene nada que hacer. Es el caso de Alemania, con el partido socialdemócrata, y el de Austria, con el partido socialista.

El alemán es anticomunista porque, por encima de todo, desprecia profundamente a los esclavos, gente inferior, de la estepa. El austriaco es anticomunista porque su sentido amable y jocundo de la vida está reñido con la pedantería triste de las doctrinas marxistas.

VIENA, LA «ROJA»

Viena no puede considerarse como una síntesis de la política austriaca. Ya se sabe que en las grandes urbes las cosas se deforman y muchas veces se invierten. Viena es tradicionalmente «roja», es decir, socialista. Los populistas pueden llevarse, con mucho trabajo, un 20 por 100 de los boletos electorales. Los comunistas, que sacan un porcentaje general de un 5 por 100 de votos en toda Austria, como queda dicho en la capital obtuvieron, en las últimas elecciones, un 13 por 100. De todas maneras un porcentaje muy bajo que supone cerca de 100.000 votantes a favor, que no todos son comunistas, ni mucho menos, sino «descontentos», que no están en realidad con nadie y sí contra todo el mundo.

Los comunistas tuvieron su gran oportunidad cuando el Ejército rojo, adelantándose a todos los demás Ejércitos aliados, entraron en Viena. Los rusos cometieron entonces un error irreparable: los vieneses les estaban esperando con los brazos abiertos para aclamarlos como liberadores de la ciudad y de Austria, que volvería a ser una nación independiente. Después de todo, ¿no habían difundido los aliados un comunicado solemnísimo en el que se decía que Austria, lejos de ser considerada como un país enemigo, se le veía como a una nación sojuzgada por Alemania?

La respuesta al recibimiento de Viena por parte del Ejército rojo fué entrar en la ciudad a cañonazo limpio, barriendo, entre otras cosas, algo que no perdieron jamás los vieneses: la techumbre de la catedral de San Esteban, de una de cuyas torres voló a causa de un pepinazo, su querida y vieja campana, la «Gran Pummerin». Los tanques rusos penetraron en Viena como en tierra enemiga y en plan de conquistadores, no de liberadores. Los soldados venían con la insolencia de los vencedores y también con la codicia de los que han pasado toda su vida trabajando en una granja colectivizada con las calorías racionadas.

Vevey, en la orilla sur-
deste del lago Lemán. Al
fondo, las montañas de la
Alta Saboya

Como es natural, esto sentó como un tiro a los vieneses. Se enfriaron por completo sus entusiasmos prosoviéticos y dieron marcha atrás. En adelante sólo habían de ver en Rusia una potencia opresora y enemiga de Austria. La política que siguió después Moscú, incautándose de gran parte de las fuentes de riqueza de su zona de ocupación con una voracidad repulsiva, aislando a sus tropas de la población austriaca y demorando a lo largo de diez años la firma del tratado de paz con Austria, ha dejado un recuerdo tan poco grato en la memoria de todos que ningún partido político se atrevería a hacer una política prosoviética sin condenarse a desaparecer del mapa. Los propios comunistas austriacos saben muy bien esto y no suelen alardear de cierta clase de amistades de las que mejor vale no hablar.

7.000 VIVIENDAS AL AÑO

La Administración socialista de Viena—recordemos que integrada en casi su totalidad por católicos—ha realizado un buen esfuerzo de reconstrucción. La ciudad contrariamente a lo ocurrido con la mayoría de las ciudades de Centro-Europa, no fué castigada masivamente por los bombardeos, sino por la artillería, y especialmente por la rusa, que en Viena demostró su excelente puntería. Cuando cesó el fuego en las calles de la ciudad se habían amontonado 400.000 toneladas de escombros, que es una cifra respetable, y fueron los propios vieneses los que voluntariamente se prestaron a limpiarlos. Durante días y días hombres y aun mujeres de todas las clases sociales manejaron la pala con gran furor patriótico. Se vieron entonces espectáculos inauditos, como los de aquel anciano señor que todas las mañanas descendía de su coche, agarraba una pala y sin quitarse sus guantes de cabritilla durante media hora colaboraba—más bien estorbaba—en los trabajos de descombramiento.

El ritmo de la reconstrucción, sin alcanzar el vértigo de ciudades como Hamburgo, ha sido bastante acelerado: 7.000 viviendas al año, sencillas, confortables y, sobre todo, baratas. En Austria, antes que en Alemania, se pensó en abandonar la construcción de grandes y monstruosos falansterios de la primera época de la Administración socialista por casas individuales con su pequeño huerto, que en los primeros tiempos floreció de patatas y hoy de azaleas.

De vez en cuando, paseando por Viena, uno se encuentra con una tapia llena de anuncios y carteles. Detrás hay un solar donde hubo un edificio que espera su turno para alzarse otra vez. Pero esta noche también quedó atrás, y Viena, en 1955, a diez años de los obuses soviéticos que pasaban rozando la aguja de San Esteban, ha vuelto a su vida normal, a sus vales, a sus «Heurigen», a sus cafés y también a su melancolía de capital de un Imperio, que fué.



UNA CIUDAD EN ALZA



DESDE la Montañeta del Salvador se contempla, entre pinos, un majestuoso cuadro de luz y colores con una enorme mancha verde como un mar de sargazos.

Este vergel de ahora es obra del hombre a través de muchas generaciones y esfuerzos perseverantes sobre una tierra que era árida y ácida; un secarral con algunos oasis de palmeras, que crecían alrededor de charcas insalubres y pestilentes. Piel de tierra quemada en la que el agua aparecía a claros como llagas de arena turbia. Y esto se ha cambiado. ¡Bien por Alcira!

Hoy una fértil uniformidad parcelada se ve por todas partes con huerta partida en tabletas a uno de los lados y, por el otro, las grandes extensiones de naranjal en las que el bosque del monocultivo, si deja ver los árboles, oculta, en cambio, los mojones, las piedras de separación y minifundio escondido, que parece ocultar las marcas del tuyo y el mío para hacer compatible la propiedad individual con un espíritu comunitario y generoso.

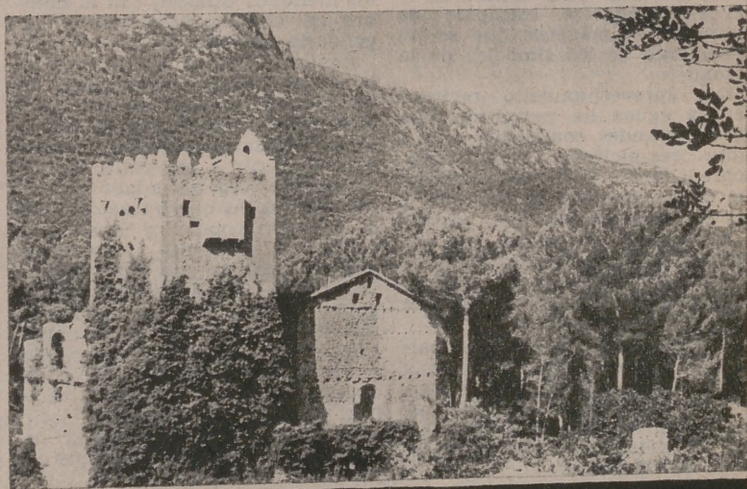
LA PALMERA Y EL PINCEL

Aquí y allá las palmeras dan la idea del pincel en ese gran cuadro. Desde la Montañeta se ven los caminos que conducen a la llana ciudad de Alcira, extendida y blanca en medio de un paisaje de fertilidades verdes que cambian de tono como una policromía difícil hecha de un mismo color. A veces alrededor de un punto del paisaje hay un verde cuya tonalidad está fuera de catálogo y que sólo hemos visto, como una aparición súbita, en África y en Alcira.

Hileras de ventanales dan, en la población, al paisaje de la Montañeta una alegre reciprocidad visual. Hasta la ciudad aparece, desde aquí, alargada co-

ALCIRA, CAPITAL DE LA RIBERA

ARROZ, NARANJAS Y PAPEL



Arriba: Una vista del pujante pueblo de Alcira.—Abajo: Monasterio y valle de la Murta

mo para que un mayor número de ventanas puedan ver la montañeta de pinos donde se asienta el ermitorio del Salvador.

El término municipal se ve en dos partes bien definidas, en una zona llana y otra montuosa separadas por la línea del Júcar que antes de llegar a Alcira recibe el tributo del río Barcheta y una vez pasada la población le afluye el río Verde o de los Ojos. Pero al río van también muchas hijuelas de la acequia del Júcar, los barrancos de Casella, Murta, Jalvegón, las fuentes llamadas de Barbero, La Teja, El Algarrobo,

Nueva y De Tormos, las torren-
teras de la Murta y de Falsia.

Todo va a la impresionante línea del Júcar que con tantos tributos de la complicada hidrografía alcireña aumenta aún más la intermitente peligrosidad del río y las acequias en riada. La mano del hombre ha construido muchas acequias como la Vieja, la de Ori y la del Brazal de Alcira, que ahora la Junta de Riego reviste de cemento.

LA CONQUISTA DEL ARROZ

Hasta tal punto los habitantes



La plaza más importante con su frondosa vegetación, como si la huerta hubiera penetrado en la ciudad

de Alcaira le han plantado cara al peligroso Júcar, que ahora parece que juegan con él no solamente con el aprovechamiento, cada vez más eficiente, de las aguas, sino que se han atrevido también a desviar el río para que no pase por dentro de la población, como ocurría hace unos dos años.

Los viejos puentes están ahora sobre una barrancada seca y parecen así aún más suntuarios y bellos, como ese esculpido de templetes e imágenes que se ha hecho uno de los símbolos de la ciudad.

Este aprovechamiento racional de las aguas ha permitido una de las grandes conquistas de los labradores alcireños: la del arroz. Sobre charcas y tierras pantanosas se ha operado la pequeña y heroica colonización que, parcela a parcela, ha llegado a una superficie total de 437 hectáreas de cultivo arrocerero con una producción anual de tres millones de kilos.

La parte baja del soberbio paisaje se reparte entre naranjos y arrozal mientras que del lado de Oriente se extienden las sierras, la de Murta, la de las Agujas, casi fundidas al saliente de la sierra del Caballo.

De todas esas sierras la más emotiva para los habitantes de Alcaira es la de Murta, que encierra, en un valle montaraz a una Virgen que tiene en este valle un monasterio antiquísimo con yedra, murmullo de fuentes y un acueducto en ruinas para hacer aún más poético el paraje.

BELLEZA, POESIA Y EMOCION DE UN VALLE

El mirto y el arrayán adornan el valle donde está situado el viejo monasterio de Murta, cuyo nombre significa, en valenciano, mirto. Este monasterio en ruinas fué uno de tantos lugares de cultura y cultivo, con una riquísima biblioteca rural, cuyo esplendor

fué muerto por la famosa Desamortización. Lo fundaron los Jerónimos un siglo después de la toma de Alcaira por el Conquistador y de «la patada del Rey Don Jaime», en la que piensan, todavía ahora, quienes por el camino de Corbera pasan por un bello y exuberante lugar al que los alcireños conocen con el nombre de aquella hipotética y legendaria patada real.

Las romerías al monasterio de la Murta tienen la brevedad de los siete kilómetros que separan el valle de la población de Alcaira y lo próximo estimula todavía más a acudir a ese valle, al que la riqueza vegetal añade mayor atractivo a los que ha acumulado la devoción popular y la historia alcireña. Tan bonito es ese valle que cuentan de que cuando San Vicente Ferrer, andariego infatigable, fué huésped de aquel monasterio, dijo que «de no haber sido predicador hubiese querido ser monje de la Murta». Y se necesita mucho encanto natural y paz monástica para hacer decir tal cosa a quien se dejaba arrastrar a lo divino por la inquietud y la acción.

El monasterio de la Murta comenzó a tener su esplendor material con la donación de tierras que hizo a «a primitiva comunidad jerónima el caballero Arnáu de Serra en 1357. Arnáu era el más importante poseedor de terreno en aquel valle silvestre de la Murta de cuyas propiedades hizo donación a los frailes, que pudieron así convertirse pronto en labradores de sayal y juntarle a la belleza espontánea del lugar la armonía de cultivo creada por ellos a golpes de azadón.

Este es el más bello lugar sentimental de los alrededores de Alcaira y el centro de las romerías de la comarca. A la Murta van no solamente las gentes de la

ciudad en busca de la umbria frondosa de ese valle, sino también los que habitan en viviendas diseminadas por la huerta y la montaña. Gentes de los caseríos de Aguas Vivas, de Torrechó y de San Salvador, que son como satélites de la vida intensa de esta población alcireña tan llana que agradece la proximidad del valle.

Por los caminos de huerta, por los puentes pequeños de las acequias, los habitantes de esta ciudad, a la que los árabes llamaron «Algecira», que quiere decir la isla, salen de la malla que alreedor de Alcaira forma el sistema de riegos para ir a la montaña y la Montañeta.

No solamente las grandes ciudades necesitan del sedante del campo; también lo precisan las capitales de la huerta que, como Alcaira, tienen todo el bullicio de una intensa vida comercial, artística y de trabajo.

AL COMPAS DE LA VIDA

Es extraordinario el dinamismo de esta población que no pasa de los 26.000 habitantes. Las calles y plazas más importantes tienen el tráfago y bullicio de una ciudad que fuese mucho mayor. A ello contribuye, en una buena parte, E. A. J. 54, Radio Alcaira, emisora de la Sociedad Española de Radiodifusión, tan vertida en la calle con sus altavoces de las farolas que ha hecho radioyentes, quieran o no, a todos los que andan por la acera o pasean por la plaza. Desde su despacho de la plaza del Caudillo, el director de la emisora, don Juan Ortega, con el programa musical de cada día, puede hasta graduar el ritmo de circulación en la jornada. Este es un experimento cuya eficacia puede comprobarse y que Alcaira podría realizar antes que nadie en el mundo. La venta de hortalizas, el andar de las calles, el voceo de periódicos, el tráfago entero de la vida de una ciudad



La producción naranjera en Alcira es bastante importante. He aquí una escena de la recolección

puede ser influido con la música desde el ritmo más lento y ceremonioso hasta la aceleración más sincopada.

Si esta experiencia se llevase a efecto sería preciso tener en cuenta que Alcira es de por sí muy dinámica y necesita más sedante musical que estimulación en su bulliciosa vida.

Sólo les faltaría que les pusieran un «andante con moto» a los muchachos del Moto-Club alcireño que se embriagan tantas veces con la velocidad y el olor de gasolina quemada en sus excursiones. El Moto-Club de Alcira está presidido por don Antonio Carrillo Moll, hombre entusiasta y de espíritu deportivo, que ha convertido a esta sociedad en una de las más importantes manifestaciones de la vida alcireña. La afición motociclista es muy grande en Alcira, por imperativo del dinamismo de la vida y también por una tendencia hacia el deporte del motor. Por eso el circuito local de pruebas viene a llenar una necesidad sentida desde hace tiempo y da prueba del ambiente que el Moto-Club tiene en la ciudad de Alcira.

LOS MUCHACHOS DE LA ESCALADA Y EL DESCENSO

Otra manifestación de la deportividad alcireña la tenemos en el Centro Excursionista, compuesto por muchachos entusiastas de la escalada que tienen también su sección de espeleología, que ha efectuado ya importantes descensos de exploración en simas y cavernas hasta profundidades de más de 70 metros. Don Miguel Gómez es el presidente del Centro Excursionista alcireño del que se esperan importantes estudios de botánica, minerología y topografía en colaboración con el Instituto Laboral.

Toda la vida deportiva y artística tiene en el Instituto Laboral un estimulante, el Foto-Club, el

Centro Excursionista, el Moto-Club, el Cine-Club, la Unión Deportiva... sienten el estímulo del Instituto que alienta y difunde con ciclos de conferencias y con la revista «Murta» cuantas actividades deportivas, artísticas y culturales surgen en la población.

El edificio donde está instalado el Instituto de Enseñanza Media y Profesional de Alcira es propiedad del Ayuntamiento y está situado en la parte más céntrica de la población, enfrente del Círculo Alcireño. Consta de tres plantas. En la parte baja están instalados los talleres de carpin-

tería y ajuste. En la planta principal está la Dirección, las oficinas de Secretaría, la sala de profesores, la biblioteca, el salón de actos y las aulas de enseñanza teórica. En la última planta se instalan los laboratorios de Química, Física, Biología y la espaciosa sala de dibujo. El edificio consta de cuatro patios interiores en el mayor de los cuales está el campo de balonvolea y baloncesto.

El Instituto Laboral de Alcira es de modalidad agropecuaria, de enseñanza conjunta agrícola y ganadera, a diferencia del Instituto Laboral de Algemesi, del que está separado solamente por cuatro kilómetros y que es de modalidad agrícola solamente.



Es impresionante la procesión de los alcireños llevando en ándas la Virgen a través del exuberante valle de la Murta. Una manifestación de fervor en plena naturaleza

ASIGNATURAS DE APRISCO, PORQUERIZA Y GALLINERO

Hablamos con el director de este Centro, don José Antonio Tormo García, quien nos muestra las distintas dependencias del Instituto. Es un hombre cordial, de mediana estatura, muy culto e informado de las necesidades docentes de la población.

La Voluntad de Resurgimiento de los concursos de aprendices anima a estos muchachos de la garlopa y el cepillo que vemos en el taller de carpintería y a los que con la lima, la broca y el berbiquí trabajan en el taller de ajuste. Son los mismos que se capacitan en la granja agrícola experimental, que triunfan en competiciones deportivas y en las de aeromodelismo con los pequeños aviones a motor y planeadores contruidos en los talleres del Instituto.

El campo de experiencias agrícolas del Instituto Laboral de Alcira es ya una realidad cimentada de la que se esperan logros revolucionarios en los cultivos de toda la comarca, que va a tener en este campo de experiencias y en sus edificaciones de vaquería, laboratorio porquerizas, aprisco, cuadra, palomar, gallinero y silo de forrajes un establecimiento modelo de eficiencia y modernidad.

El director del Instituto Laboral, señor Tormo, nos habla de los cursillos de extensión cultural e iniciación técnica celebrados en las horas libres de la jornada laboral, de los alumnos adultos, de los ciclos de conferencias y de la cátedra volante con sus diapositivas y sus cintas magnetofónicas. La irradiación del Instituto Laboral de Alcira llega a toda la comarca que se beneficia técnica y espiritualmente del sentido deportivo y de modernidad que anima a su cuadro de profesores.

ELEGANCIA Y ESPIRITU EN LA «GALLERA»

Frente por frente del Instituto se alza el magnífico edificio del Círculo Alcireño. Las dos edificaciones parecen hasta más unidas aún por los refuerzos metálicos que ahora en verano sostienen grandes toldos, pero además de la proximidad física y la relación mutua entre el Instituto Laboral y el Círculo Alcireño existe una colaboración estrecha. Con mucha frecuencia cuando hay un recital en el Instituto o una conferencia importantes este acto se repite después para los socios del Círculo en el magnífico salón árabe de que dispone la entidad. El presidente de este Círculo local, don José Sanz Sanz, es un hombre cordial, de gran vitalidad y sentido del arte y la literatura. Nos dice, mientras subimos por la escalera imperial, que el tono de ciudad no puede darse por decreto ni por una ley, sino que es preciso que sea ganado a pulso por las poblaciones, y esto lo ha conseguido plenamente la antigua «gallera» de Alcira, o sea el actual Círculo Alcireño, tan distinto de un casino de pueblo, tan diferente de una sociedad sin tono y rango, con sesteo de gentes vulgares y sin sensibilidad.

En la antigua «gallera», en el Círculo Alcireño se dan conciertos, conferencias, coloquios, se celebran exposiciones de fotografías y hay inquietudes del espíritu que se ponen de manifiesto en un frecuente intercambio de ideas y experiencias.

Don José nos da la impresión de un humanista, amigo del arte y la cultura escanciada a lo vivo por medio de la conversación. Tiene que ser un buen comensal y contertulio este hombre que nos muestra con gracejo el impresionante salón árabe con sus primorosos repujos de escayola. Es una sala circular siempre preparada como a la espera de un sultán o un príncipe de las mil y una noches. En este sitio se celebraban antes las peleas de gallos y ahora tienen lugar los recitales y los bailes de mayor ceremonia. Pasamos a la biblioteca, muy cuidada en detalles de buen gusto y bien abastecida con las últimas novedades de la edición de lujo que completan a las antiguas guardadas aquí como oro de encuadernación en paño de suntuosa estantería. En la agradable salita de tertulia está prohibido jugar, ya que solamente está destinada a la conversación agradable y culta. Junto a la terraza aneja descansamos unos momentos invitados por la Casa.

El Círculo Alcireño es uno de los principales agentes del avance cultural y técnico de Alcira, ya que desde ahí se lleva el pulso de la ciudad día a día y no hay inquietud sana que no se registre en los salones de esta suntuosa «gallera», que tiene la exacta visión de su cometido amplio y que busca siempre la armonía entre lo moderno y la norma clásica de lo bello y el buen gusto, sin caer nunca en más estridencia que la que pueda preceder a una pelea de gallos celebrada más en recuerdo del origen gallístico del Círculo, que por ganas de ver y gozarse en actitudes de pelea, golpes de espón, picotazos y plumas por el aire.

La «gallera» no se ciega con pseudocalismos, sino que, sin dejar de ser alcireña hasta la médula de sus cimientos, busca siempre la amplitud de ideas y el sentido de la universalidad del arte y la cultura. Tan lejos de lo chabacano como de lo cursi, el Círculo Alcireño tiene la dignidad en la obra realizada y en sus proyectos para el futuro con su constante espíritu de cultura humanista fuera de toda engoladura pedante, pero también ajena a lo vulgar, estridente y pasajero. Es como un fiel de balanza; como un pico de gallo que señalase, en el aire, un punto de equilibrio; un lugar de equidistancia; el centro de un Círculo de armonías y verdades constantes.

LA CIUDAD HACE UN BUEN PAPEL

Alcira, la vieja Algecira, la isla de los musulmanes es, en medio de su huerta frondosa con naranjales y extensas plantaciones de arroz, como un islote de inquietudes del espíritu. Decir de ella que es una ciudad exclusivamente comercial, dineraria, crematística; una población que vive nada más que por el toma y daca de un egoísmo sórdido

sería faltar a la verdad y dar una impresión falsa de esta población de luces, capital de la ribera, tan abastecida en riquezas ganadas con su esfuerzo que puede dedicar el plusvalía de su haber en obras de rango y propia dignificación.

Esta es una ciudad papelera y quizá por ello ha tenido mucha Prensa propia de todos los colores ideológicos. La lista de periódicos locales es bastante larga. El más antiguo de los periódicos locales fué «El Eco de Alcira», al que siguieron «La Verdad», «El Ramás», el «Heraldo de Alcira», «La Cruzada», «La Patria chica», etcétera.

Hoy el papel es una de las principales riquezas industriales creadas por los alcireños. La Papelera de Exportadores de Naranjas, S. A., es una de las grandes industrias locales nacidas de la necesidad de embalaje de la fruta.

Un grupo de exportadores de naranjas decidió crear esta importante fábrica con un criterio autárquico; para lograr el abastecimiento de papel de seda a los almacenes de manipulados de naranja. Ahora P. A. P. E. N. S. A. es una gran fábrica y hasta nos atrevemos a decir que un gran agente de cultura y civilización.

La materia prima de la vida moderna no es el hierro, ni el petróleo, ni el carbón, ni el caucho: es el papel.

Y Alcira tiene sus buenas industrias de esta materia prima de la vida moderna; de ese agente de cultura y civilización en la que reposa lo que hay de más apreciable en el mundo moderno. Pero, además, Alcira tiene industria del cartón de embalar que fabrica cajitas de plegable fuell, superplegable «flex» y plegado «hercianos».

Diríase que uno de los simbolismos de Alcira es ese de abrir y cerrar.

El escudo alcireño lleva una leyenda en latín: «Claudio Regnum et aperio». Encima de esta leyenda hay una llave. Es que antiguamente era Alcira la llave del reino de Valencia, la ciudad fidelísima que guardaba la misión de abrir y cerrar.

En el Ayuntamiento, el archivero municipal, el presbítero don José María Parra, se ocupa del cometido de llave que tuvo la ciudad de Alcira. El viejo cura del archivo municipal nos habla con entusiasmo de la ciudad, llave cuyos más preciados recuerdos este cura alto y aperginado guarda bajo llave fidelísima en los armarios de su archivo municipal.

Desde una ventana olemos el paso majestuoso del Júcar, que hace dos años fué desviado un poco, pero sin que dejase de ser Alcira una isla en el río.

Llave para abrir y para cerrar el reino. Con la invocación a la llave, que siempre nos ha parecido un símbolo de eternidad, queremos cerrar este reportaje. Cogiendo para ello del escudo de las cuatro barras, la llave eterna de la bella ciudad de Alcira.

Francisco COSTA TORRO
(Enviado especial)




TROFEO DE ORO de GONZALEZ BYASS

LOS BUENOS TIRADORES...



Tomar siempre
SOBERANO
 hielo y sellz. el perfecto
 high-ball (jaibol)
 Calma la sed plenamente,
 refresca y entona


GONZALEZ BYASS

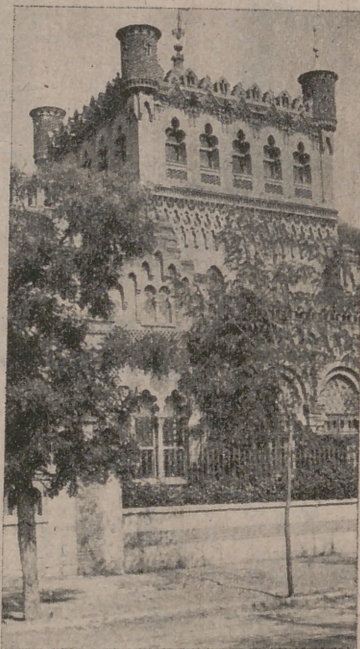
 "RASGO" PUBLICIDAD

ALCALÁ DE HENARES, CONVENTO Y FABRICA



El camino es corto. Apenas media hora. Salir de Madrid para llegar a Alcalá de Henares es como montarse en un tranvía de circunvalación en la plaza de la Moncloa para que le dejen a uno en la glorieta de Atocha o entre los tenderetes del Rastro. A treinta kilómetros de la Puerta del Sol, por la carretera que va des-

de Madrid a Francia, van quedando atrás Canillejas, Canillas, San Fernando y, a dos pasos de Alcalá, Torrejón de Ardoz. Desde Torrejón, como colgadas del aire sobre una extensa explanada, se dibujan ya torres apizarradas de viejas iglesias, cúpulas elegantes que parecen hacer un malabarismo caprichoso en el horizonte, espadañas de conventos, campanarios altos y un cinturón de chimeneas que enrarecen el aire con el humo negro de sus bocas. Estamos en las puertas de Alcalá de Henares.



Un palacete estilo mudéjar

Al visitante, al forastero, a quien no conozca este pueblo, yo le daría un consejo, un consejo muy fácil: si va usted a Alcalá, procure madrugar. Llegue usted a las primeras horas de la mañana... y si es posible, déjese en casa su máquina fotográfica. Porque venir a Alcalá con un «Kodac» a la espalda y la pretensión de agotar el carrete ante las fachadas de un templo, de uno cualquiera, sin previa elección, que todos le tentarán, ante el pórtico de un recinto conventual, de un histórico escudo de armas, casi medieval, clavado tal vez

tres palmos más arriba del dintel de lo que hoy es una modesta casa de vecinos o delante de las noventa y seis columnas que sostienen el patio central de la Universidad Complutense, es cosa imposible. A Alcalá hay que llegar con los ojos bien abiertos y el ánimo bien dispuesto. No creo que haya pueblo en España que, con más claridad, con más exactitud y con más abundancia, como un al-dabonazo en la memoria, recuerde al forastero toda la grandeza de España. El recuerdo de todo lo sublime en su historia y en su arte, en su literatura y en todo lo que se refiere a la cultura de nuestro pueblo.

Por esto a Alcalá de Henares hay que venir con los ojos bien abiertos. Por esto hay que llegar sin la cámara fotográfica. Alcalá es, y lo será más con el tiempo, un imán para el turista, un centro de poderosa atracción para todos los que, al cruzar la frontera, quieran conser a España. Conocerla de verdad. Conocerla por dentro. Pero Alcalá no es sólo una página de nuestra historia, de nuestra cultura, envuelta en un fino papel de celofán y encerrada en vitrina de oro. Alcalá no es sólo la Universidad que fundara Cisneros y la fachada de la casa complutense. Ni el patio Trilingüe o la iglesia de Santa María o la Magistral. Yo creo que ya era bastante si sólo fuera esto. Si fuera sólo paraninfo y convento, Cervantes y Cisne-

UNA INDUSTRIA QUE AHORRA A ESPAÑA VEINTICUATRO MILLONES DE PSETAS AL AÑO

UN PUEBLO QUE NO SE DORMIDO EN EL TIEMPO

DE CARA AL FUTURO, CE Y SE MULTIPLICA

Fachada de la Universidad



Iglesia magistral

ros, Biblia Poliglota y teólogos en Trento.

Junto a todo esto, o precisamente por esto, Alcalá no se ha dormido en el tiempo. Y al lado del convento, frente al Colegio de San Bernardo, donde se aprendía latín y retórica, o de las aulas de Santo Tomás de Aquino, donde se estudiaba teología, ha surgido la fábrica, la nueva industria, la fabricación de antibióticos o la moderna industria metalúrgica, acabada de instalar, o la cerámica más importante de Castilla.

Por esto digo que al visitante, al forastero, a quien no conoce Alcalá le conviene madrugar. Que entre bien temprano en el pueblo, por la estación del ferrocarril o por la carretera de Madrid, por Daganzo o por Pastrana, y al unisono de las trompetas que despiertan a los cinco mil soldados que forman este cantón militar y de las campanas de todas las iglesias, oír también las sirenas de cincuenta fábricas que empiezan su trabajo. Verá el forastero que por los cuatro puntos cardinales de la ciudad se derrama una muchedumbre incontable camino de la Cerámica Estela, de Metalúrgica Madrileña, a unos cuatro kilómetros de Alcalá; hacia Forjas; hacia Prona, donde se cuecen las píldoras de chemicetina y cloromicetina; hacia El Colegio, una fábrica de ha-

rna sobre el Henares, en el camino del Val. Saliendo por la calle de Santiago, dejando atrás el Parque, a unos dos kilómetros de la plaza de Cervantes y junto a la carretera que lleva a Daganzo, unas trescientas chicas, en bicicleta o a pie, se dirigen a las hilaturas de H. I. C. E. S. A., donde les espera el laboreo del algodón.

Así sería justo ver a Alcalá: Alcalá, convento y fábrica.

UNA INDUSTRIA QUE AHORRA A ESPAÑA VEINTICUATRO MILLONES DE PSETAS

Este largo cinturón industrial que bordea a Alcalá, como un arco iris apretado, donde la torre de la iglesia y la espadana del convento y la almena de la vieja casa solariega se han convertido en altas chimeneas de ladrillo rojo y humo negro, viene a terminar por la parte de la estación del ferrocarril en una nueva industria que todavía no ha cumplido sus cuatro años de existencia en el pueblo. Con grandes letras negras sobre la baja muralla que la rodea se lee: «Productos naturales y sintéticos Prona». Una industria de antibióticos que en los frascos de las farmacias llevarán nombres muy raros y que

los profanos conocemos por cloromicetina y chemicetina.

A la puerta de la fábrica, un perro gigante de orejas muy largas y cara de pocos amigos, me recibe a ladridos que llegan al cielo.

—No muerde. No muerde. Usted no sabe aquello de que «perro que ladra...»

—Sí, sí, pero... Oiga, ¿don Luis Yagüe, por favor?

—¿Todavía no ha venido. Es muy temprano. El director es puntual; no tardará en llegar. Siéntese un momento. ¿Usted no es de Alcalá, verdad?

El portero es un vejete simpático, amable, que, a pesar de sus sesenta y cuatro años y de llevar por Madrid unos cincuenta y cinco, no ha perdido el gracejo y la sal de Andalucía, porque aunque su apellido es un poco raro, se llama José Tis-Sandier, él nació en Sevilla, y sevillano sigue siendo por los cuatro costados. Ahora vive en Alcalá, con su mujer y su hijo Aurelio, que trabaja de electricista en la misma fábrica.

—Me vine a Madrid cuando tenía nueve años. Mi primer oficio, aprendiz de sombrerero en una casa que había por Santa Engracia, de Madrid. Y sombrerero fui durante unos años. Pero después, como los chicos nacían ya «sin cabeza», me metí a albañil. Yo trabajé en la línea del Metro que va desde Cuatro Caminos a Vallecas, allá por el año 1925.

—Abuelo, ¿qué le gusta a usted más: Sevilla o Madrid?

—Hombre, Madrid; es mucho Madrid. Pero yo... yo no sé qué decirle. Para mí, Sevilla tiene algo especial. ¿Usted conoce Sevilla? Sevilla es lo más bonito del mundo. Esta Semana Santa pasada estuve allí. ¡Hay que ver aquella procesión del Rocío y aquel Cristo del Gran Poder! Aquí, en Alcalá, el tercer domingo de septiembre hay una procesión muy bonita. Es la procesión de la Virgen del Val, que tiene su ermita al lado de allá del río Henares. La procesión es preciosa. Ese día va allí todo el pueblo. Pero es otra cosa. ¿sabe usted?

Don Luis Yagüe, el joven director de Prona, me había citado a las ocho de la tarde. A las ocho en punto recorro con él las raves de esta fábrica, instalada con los últimos adelantos científicos.

—El día 8 de enero de 1951 se

comenzaban a abrir las primeras zanjias para echar los cimientos de este edificio y en diciembre de ese mismo año enviábamos ya a las farmacias y laboratorios españoles los primeros irascos de cicramienicol. Nuestra producción actual viene a ser de unos mil kilos mensuales de hidrazidas; pero hay que tener en cuenta que cada comprimido no tiene más de medio decigramo. Antes, cuando la chemicetina o la cloromicetina costaba de venta al público a unas cuatrocientas pesetas la caja de dos gramos y medio, la instalación de esta fábrica en Alcalá suponía el ahorro de unos dos millones de pesetas mensuales en divisas. Era cuando estas medicinas venían necesariamente del extranjero.

Una de estas naves, recargadas de máquinas que llevan en su etiqueta nombres muy raros, casi ilegibles, da paso a una habitación ancha y alargada, con bancos y pupitres y un encerado en la pared. Naturalmente que la habitación tiene más de aula que de taller o de laboratorio. Y eso es exactamente.

Don Bernardo Díaz, uno de los químicos de la casa, me explica el origen de esta pequeña escuela dentro del mismo recinto de la fábrica.

—Cuando empezamos a trabajar vinieron algunos obreros que no andaban muy bien de lectura y escritura. Analfabetos había pocos, pero también notamos que algunos lo eran. Entonces al director se le ocurrió la idea de que aquí mismo podían los obreros aprender a leer y a escribir. Nosotros mismos somos sus profesores. Ellos vienen después del trabajo, y el tiempo de clase se les paga como horas extraordinarias.

Rufino López es un chico que al ingresar en Prona era completamente analfabeto. Tenía entonces veinticuatro años. Hoy Rufino sabe leer y escribir y no anda mal en cuentas. Gracias a estas clases, el joven que ingresó de simple peón es ya oficial de tercera.

«Y EL CASADO, CASA QUIERE»

Junto a la era de San Isidro, a la parte de acá del río Henares, sobre una superficie de unos noventa mil metros cuadrados, se

encuentra la mayor fábrica de Alcalá: Forjas de Alcalá. Seiscientos obreros trabajan en estos talleres estampando y fundiendo hierros y metales, que luego, convertidos en vagones de trenes, en rieles del ferrocarril, recorrerán todos los caminos llevando el nombre de esta industria alcalaina a todos los rincones de España.

En Forjas hay obreros de todos los pueblos cercanos. Por la mañana, bien temprano, casi al alba, una nube de bicicletas llega hasta las puertas de los talleres. Son hombres de Meco, de Villavieja, de Camarma de Esteruelas, de Los Hueros, de Torres de la Alameda. Hasta de Guadalajara. Una nave amplia, ventilada, cubierta de mesas de mármol es el comedor, donde estos hombres que vienen de fuera hacen su comida del mediodía.

—Antes también venían aquí de Torrejón de Ardoz. Pero ahora, con la base aérea, se conoce que hay más trabajo y prefieren no desplazarse.

Emilio Pardo García lleva aquí trabajando diez años. Tiene veintisiete y es hoy un magnífico ajustador cerrajero.

—Aquí aprendí el oficio. Yo entré de aprendiz, y recuerdo que ganaba entonces ocho con cincuenta diarias. Ahora gano veintisiete.

—¿Soltero?

Emilio se sonríe y con cara de satisfacción me responde:

—Pero por poco tiempo. Sobre todo ahora, después del sorteo, porque yo he sido uno de los agraciados y me ha tocado una casa de las que el Sindicato acaba de repartir.

En los terrenos de Antezana, a la misma espalda de esta fábrica, la Obra Sindical de Alcalá ha levantado un grupo de setenta y dos viviendas, ya adjudicadas, y que muy pronto se entregarán a sus propietarios. Son casas modernas, de dos plantas, con techo de baquelita, que dan de cara a la finca y a la arboleda donde se encuentra el Hotel Laredo.

La casa que le ha tocado a Emilio es el número 41 de la nueva calle de Ferraz. Arriba quedan las habitaciones. En la planta baja, el cuarto de estar, cocina, servicios, y lo que más ilusión le ha hecho a Emilio es un amplio corral, donde, si Dios

LANZA



NOCHES SIN DORMIR

porque el calor ocasiona
DOLORS DE CABEZA
ANSIEDAD -- INSOMNIO
Cálmelos con este remedio eficaz



CALMANTE VITAMINADO

LA TABLETA QUE DA BIENESTAR Y TONIFICA LOS NERVIOS

quiere, pronto picarán las gallinas.

—Ya llevamos tres años de novios, y la verdad, aunque teníamos pensado casarnos cuanto antes, no creíamos que pudiera ser tan pronto. Mi novia vive en Madrid. Está sirviendo en una casa que hay por El Viso, en casa de los señores Pérez Plaza. Yo voy allí a verla un domingo si y otro no. La semana que me quedo aquí le pongo una conferencia. Cuando me enteré de lo del piso, se lo comuniqué en seguida. Yo creo que hasta se quedó sin hablar, porque ella no lo esperaba. Si las cosas vienen bien, nos casaremos dentro de unos meses.

—¿Y los muebles?

—Ya los tengo comprados. Como aquí, en la fábrica, tengo el turno de mañana, por las tardes me dedico a otra cosa. Estoy de dependiente en una buena casa de muebles, en Alcalá-Radio, de Alvaro Becerril, y de allí los he ido sacando.

Emilio Pardo García, mientras le da vueltas en su mano a un largo tornillo de hierro, piensa en algo que no está precisamente en el taller. Quizá su pensamiento esté ahora en El Viso y en el número 41 de una nueva calle de Alcalá.

Y el caso de Emilio Pardo se repite en Deogracias de la Torre, y en Jesús Fernández, y en Macario Fernández, y en las setenta y dos familias alcalainas que hoy están de enhorabuena.

Deogracias de la Torre tiene treinta y un años. Desde el año 1950 trabaja en la fábrica de algodón. Antes, también estaba en Forjas, de administrativo.

—Yo no soy soltero, como Emilio. Estoy casado y tengo dos chicas: una de quince meses, y otra de tres años. Hasta ahora vivimos con mi madre. Nos juntamos en casa con ella tres hermanos solteros, el matrimonio y las dos niñas. Yo eché la solicitud el 17 de junio. Tres meses esperando y con mucha impaciencia, porque doscientos treinta y cinco solicitantes y las viviendas no eran tantas. Imagínese usted el salto que pegué cuando Jesús de Hoyos, un pequeño de nueve años, sacó del bombo una papeleta y leyó mi nombre y el número de la casa nueva que me había tocado en suerte.

Pero todavía más contento, hasta el punto que él mismo dice que hasta después de tres meses de vivir en su nueva casa no lo creerá, está Rafael Ocaña. Y sus razones tiene para la alegría. Porque Rafael es padre de familia numerosa. Tiene siete hijos y treinta y tres años.

—Ahora vivo en el número 20 del callejón de Judas. Estoy en la casa de mi suegra. Mi mujer no quiero decirle la alegría que le entró; ahora, a mi suegra, váyasele usted imaginando.

Alcalá de Henares, contando la población militar, se aproxima ya a los treinta mil habitantes, y va extendiendo sus tentáculos de gran ciudad. La Obra Sindical y el Ayuntamiento, con la creación de estos bloques, de estos nuevos barrios, se van encargando de echar cimientos hondos donde antes crecía la hierba o pastaba el ganado.



Viviendas construidas por el Ayuntamiento

EL AGUA VALE CUARENTA MILLONES DE PESETAS

Desde la Puerta de los Mártires a la plaza Mayor, la calle de Libreros amplia, bien urbanizada, con abundantes comercios y modernos bares, nos recuerda que hace algunos siglos en cada soportal habría el clásico tenderete de libros viejos y nuevos, donde los colegiales harían sus compras y ventas. Es quizá la calle de más historia de Alcalá. Era entonces como el lugar más inmediato de esparcimiento para los jóvenes estudiantes que poblaban la Universidad y los colegios que de la Universidad dependían. Sería también mansión de la nobleza alcalaina a juzgar por la abundancia de escudos heráldicos que todavía se mantienen firmes, como riéndose del tiempo, en la fachada de viejas casonas.

Al pellejo del buen vino manchego colgando del techo o sobre el mostrador de alguna vieja taberna ha sucedido hoy la típica jarra de barro en el bar Marón, o en La Viña, o en el bar Juanito, donde la cerveza parece que tiene un sabor más agradable.

Alcalá de Henares es un ciudad limpia, elegante, que ha sabido entrar de lleno en todas las exigencias de la vida moderna sin perder el rancio sabor de su tipismo antiguo. Junto a la Alcalá monumental a la Alcalá museo, junto al Archivo o Palacio Arzobispal, donde hoy se encuentra el Seminario Menor de Madrid, o en la plaza de los Santos Niños, donde se levanta el viejo templo Magistral, centro religioso de la antigua villa, se ven hoy modernas construcciones, recortados jardincillos que prestan a la seriedad clásica, a las arrugas de

vieja venerable, la frescura y el encanto de los años mozos.

Ahi están los cuatro millones y medio de pesetas que el Ayuntamiento de Alcalá ha empleado en la urbanización, en el alcantarillado, en la jardinería, o los cuarenta millones que ha supuesto la traída de aguas del río Segorbe, abandonando las que hasta hace poco venían de Villamalea.

Dentro de esta moderna urbanización, quizá la misma belleza de la plaza de Cervantes pida que pronto desaparezcan las viejas ruinas amontonadas de la iglesia de Santa María y una torre que, delante del Colegio de Málaga y al fondo de la misma plaza, parece desentonar en este concierto armónico de construcciones viejas y nuevas. Es una torre anónima que todos los alcalainos saben que no perteneció, como algunos dicen, al templo en que se bautizara Cervantes.

En el callejón que se llamó de los Gramáticos y que viene a dar a la antigua de los Colegios, hoy de Roma, antes de llegar al cuartel de los paracaidistas de tierra, se ve en la esquina, colgando de la pared, un indicador de hierro calado con figura de caballo. El indicador dice: «Hostería del Estudiante.» Ocupa el mismo recinto que un viejo mesón de la época, hoy convertido en una hostería dependiente de la Dirección General de Turismo, donde el forastero y el turista saborean el clásico plato de la añeja cocina castellana servido en rústicas vajillas de loza de Talavera. Por las paredes cuelgan arcos de caballerías, una guitarra sin cuerdas, cabezadas, un cuerno de aceite, jarras de mimbre, alcuizas, alforjas, pellejos de piel de cabra, de donde se consume el vino. Las

Palacio Arzobispal



sillas son viejas y cómodas jamugas, que todavía se ven en algunas aldeas de Castilla.

—Aquí, los extranjeros piden siempre el plato típico: nuevos con migas, migas con «tropezones» y el cordero asado. Algunos se lamen los dedos.

Gustavo Herrero, un vallisoletano rubio, coloradote, a quien muchos turistas le preguntan si es alemán, es el conserje de la Hostería. Lleva veinticinco años en Alcalá. Aquí trabaja desde el año 46. Clasifica al turista por las estaciones del año: las franceses, en verano; en invierno, norteamericanos, ingleses, alemanes. Los suramericanos llegan en la primavera.

—Por aquí pasan todas las «estrellas» y los «astros» de cine que llegan a Madrid. Yo he hablado con María Félix, con Gary Cooper, con Silvana Pampanini. Rita Hayworth me dedicó una vez una fotografía suya. Los otros días vino a comer Greer Garson y pidió las migas con «tropezones».

LA DULCE ALMENDRA GARAPIÑADA

—Almendras, almendras de Alcalá.

Y las almendras garapiñadas, como el almibar, se deshacen de dulce en el cucurucho de una canasta, al brazo del vendedor que las pregona.

La elaboración de la almendra es una de las más antiguas industrias de Alcalá. La fama de las almendras quizá se la dió a Alcalá una casa que, bajo los soportales de la plaza porticada de Cervantes, lleva el nombre de Antigua Casa Salinas. Detrás del mostrador, un hombre de unos cincuenta años, que, además de almendrero, es un artista del mazapán, del mazapán artístico. Se llama don José Suárez.

—La fundadora de esta casa fué la viuda de Palacios. Con una hija de esta señora se casó don Baltasar Rodríguez Salinas, que dió nombre y renombre a la casa. Mire usted, ese cuadro es un premio a nuestra almendra garapiñada en la Feria Internacional de Muestras en París, en el año 1906.

—¿De dónde traen ustedes la almendra?

—De Palma y de Reus. Las de Reus son las mejores.

En la industria de la almendra también ha habido sus descubrimientos.

—Yo descubrí la forma de garapiñar quitándole a la almendra su primitiva piel. No se había hecho esto nunca. Las almendras de esta casa las conocen en todo el mundo. Hace poco hemos mandado unos pedidos a Nueva Orleans, a Suiza, a Inglaterra a Francia. A Portugal enviamos con mucha frecuencia. Además de la almendra garapiñada, trabajo el mazapán artístico.

—¿En qué consiste el arte del mazapán?

—Pues, mire usted es una cosa especial. Además de los concimientos del trato y cochura de la masa, hay que saber muy bien el dibujo y el colorido. Un día vino aquí un escultor suizo. Me dijo que quería hacer él mismo un mantón de Manila en mazapán. Yo le di todos los preparativos. Cuando todo estaba dispuesto y ya iba a clavar unas flores en la masa moldeada, la masa se le quedó dura. Había pasado un minuto. Un minuto de más. En ese minuto está el misterio y el duende del mazapán.

En ese minuto y en los dedos de don José Suárez.

TAMBIEN EN LAS ALMENDRAS ANDA DIOS

En la calle de las Beatas hay una casa que es fábrica y convento. Una casa que, con sus tres siglos sobre las tejas, es como el símbolo de la Alcalá de nuestros días, de la Alcalá que yo he visto y recorrido.

Un convento de rigurosa clausura. Son las Clarisas de San Diego. En las horas que el rezo y el coro les quedan libres, las monjas clarisas se dedican a garapiñar almendras. De esto viven las diecinueve monjitas que componen la comunidad. El secreto de la publicidad para la venta me lo ha revelado esta mañana la madre superiora, a través de las rejas y de la tela metálica del claustro.

—Las vendemos por el torno. El cliente coloca el dinero en la parte de afuera, damos la vuelta al torno y sale el paquetito o la caja. Antes lo hacíamos al revés: primero dábamos las almendras y luego recogíamos el dinero, pero los niños nos engañaban y roñan piedras en el torno. No ten-

nemos otra publicidad. Como las almendras son muy buenas y las traemos bien, se venden solas. Algunas veces vienen extranjeros a comprar, y pasamos muchos apuros porque los idiomas extranjeros no los sabemos.

Sor María de la Asunción, la madre superiora, lleva veinticinco años en este mismo convento. Es de Campo de Criptana y profesó muy joven. De superiora, hace sólo tres meses. La madre Clara es la vicaria de la comunidad, y detrás de las rejas, con un velo negro que le cubre la cara, acompaña a la madre superiora.

—Nosotros traemos las almendras de Alicante, de Novelda. Algunas comunidades de religiosas nos han escrito pidiendo la receta de las almendras, y no se la hemos podido dar, porque la verdad es que ni nosotras siquiera la sabemos. Aquí las hacemos; pero a la hora de poner en un papel cuánto de azúcar y tanto de lo otro, nos hacemos un lío.

—¿A qué hora comienzan el día, hermanas?

—Nos levantamos primero a la una de la madrugada, a rezar maitines. Después, a las cinco y media, y ya se nos va el tiempo entre rezos, meditaciones, colación y la caldera de cobre en el fogoncito para garapiñar. Lo de la almendra es un trabajo duro, no se crea.

—¿Usted es de Alcalá, madre Clara?

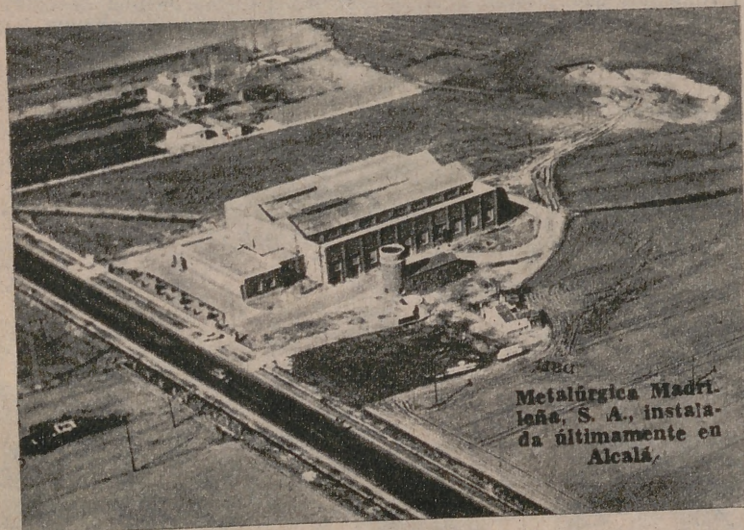
—Sí, pero ya hace muchos años que no la veo. Y no se crea que se me ha olvidado. Yo la reconocería ahora mismo con los ojos cerrados. Oiga, ¿usted sabe si en el número dos de la calle de la Imagen están ya haciendo obras?

El número dos de la calle de la Imagen no es, ni más ni menos, que la mismísima casa donde nació Cervantes. Una casa modesta, como otra cualquiera de la calle, que el Ayuntamiento de Alcalá de Henares compró, desalquiló y la cedió al Ministerio de Educación Nacional para que en su día sea restaurada y embellecida, como merece. Ese día, naturalmente, lo esperan todos los alcalaínos con impaciencia y confiamos que no tardará en llegar. Alcalá tendrá en el número dos de la calle de la Imagen un suntuoso monumento nacional. Lo espera Alcalá y esta pobre humilde monjita de las Clarisas de San Diego, que entre avemarías y padrenuestro remueve las almendras en la caldera.

YA SE FUE LA FERIA

Por la plaza Mayor andan todavía desclavando los últimos puestos de turrón, y la noria ya está derrumbada en el suelo, y la montaña rusa ya no es una montaña. Las ferias de San Bartolomé de este año han estado más animadas que otros. No han faltado los gigantes y cabezudos, una buena feria de ganado en la era de San Isidro y una corrida de toros de esas que se dicen de gran cartel.

La plaza Mayor de Alcalá esta mañana estaba un poco triste; ya han pasado los cuatro días de la magia, de ese embrujo tentador y caliente que tienen las ferias de los pueblos. Hubo fuegos artificiales y tocó la banda de música del regimiento de infantería Covadonga, y el Teatro de



Metalúrgica Madrileña, S. A., instalada últimamente en Alcalá.



Animación en la plaza de toros de Alcalá

Marionetas de Maese Villarejo armó su tinglado casi pegando a la fachada de la Universidad, y los motoristas subieron hasta el monte Gurugú. Y muchas cosas más. Y las mozas y los mozos bailaron en la pista del Círculo de Contribuyentes. Ya todo ha terminado. La plaza de Cervantes se ha quedado otra vez mirando a los fuertes soportales que la rodean.

Al caer la tarde, por la calle de Santa Ursula, dando su acostumbrado paseo, encuentro a don Anselmo Reymundo Tornero. Don Anselmo es el hombre que más cosas sabe de Alcalá. Es como el archivo viviente y parlante de Alcalá de Henares. Él sabe la pequeña y la grande historia de aquel edificio derruido que ya no existe, de este convento que data del Año Santo, de aquella torre que sigue adornando la fachada del monumento histórico. Don Anselmo sabe la leyenda de todas las calles—y de las piedras de las calles—de Alcalá. Nacido en Madrid, lleva ejerciendo la Medicina, como médico-jefe de Prisiones, cuarenta y seis años en Alcalá. Sus recuerdos y sus estudios serios y documentados sobre esta ciudad los ha publicado en un grueso volumen que titula «Datos históricos de Alcalá de Henares». Desde ahora, el erudito, el investigador, el que quiere saber y aprender la historia del pueblo que vio nacer a don Miguel de Cervantes tendrá necesidad de acudir a este libro, escrito, yo lo sé, con cariño y con renuncia.

—¿Qué es lo que más le gusta de Alcalá?

Don Anselmo tiene una respuesta laconica. Luego la explica:

—De Alcalá, lo que más me gusta es lo que fué. Me agrada verla crecer, multiplicarse, ver cómo a su alrededor, de la noche a la mañana, nace una nueva industria, se echan los cimien-

tos para una fábrica moderna. ¿Cómo no ha de gustarme esto? Yo quiero mucho a este pueblo. Por eso me gustaría que, al par que crece y se renueva, no olvide lo que fué y significó en otro tiempo. ¡Si en Alcalá reviviera otra vez su antigua vida escolar!

TRESCIENTOS LADRILLOS POR MINUTO

En la carretera de Pastrana, a dos kilómetros del centro de Alcalá, entre la puerta del Vado y el puente Zulema, por la margen derecha del Henares, se encuentra la cerámica más importante de las muchas que Alcalá tiene en su recinto.

En Cerámica Estela trabajan más de trescientos hombres. Es la de mayor producción, incluyendo las de Madrid. Doscientas toneladas diarias vendría a ser algo así como trescientos ladrillos por minuto.

—Es un ladrillo—me dice don Francisco Marco Solana, encargado de la Cerámica—prensado, agradable a la vista, de casi color naranja. La Ciudad Universitaria de Madrid, el Ministerio del Aire en la Moncloa, el rascacielos de la plaza de España, el poblado de E. N. A. L. A., de Pegaso; en toda España hay muestras de nuestros ladrillos.

—¿Cuántos camiones lleva despachado hasta este mismo momento?

En mi reloj no han dado todavía las nueve de la mañana. Don Francisco tira de un cajón de la mesa y lee en unos papeles:

—Exactamente, veinticinco. Aquel que ve usted allí es una partida gruesa que sale para Bilbao, para baracaldo.

Las tierras de Alcalá, una tierra tan buena que sirve para modelar, son cristalinas y resistentes, arcilla sin arena. Esto hizo que desde muchos años la cerámica, como la almendra, fuera

una de las industrias más florecientes y ricas de la ciudad.

De regreso a Alcalá, en esta mañana que el sol quema y derrite, me acerco a la industria más moderna, a la última establecida en el cinturón.

Metalúrgica Madrileña apenas si lleva un año funcionando. Hierro y acero moldeado es la especialidad de esta industria. En sus talleres, hornos eléctricos, lanzadoras de arena para moldeo, un puente-grúa de seis toneladas, molinos de arena, trituradores, compresores, y en la parte superior del edificio, un moderno laboratorio químico, donde se analizan los productos de acero y de hierro. Dentro de poco, un taller de mecanización se sumará a todos estos artefactos. Una industria que comenzó a cavar los cimientos para su edificación en enero de 1954, y sus productos se venden ya fuera y dentro de Madrid.

A Metalúrgica Madrileña sucederá muy pronto la creación de otra fábrica. Desde la Moncloa se trasladará a unos terrenos, ya adquiridos, junto al parque, la famosa Perfumería Gal, de Madrid.

Alcalá se renueva y crece. Un pueblo que vive de cara al tiempo con la memoria de los siglos.

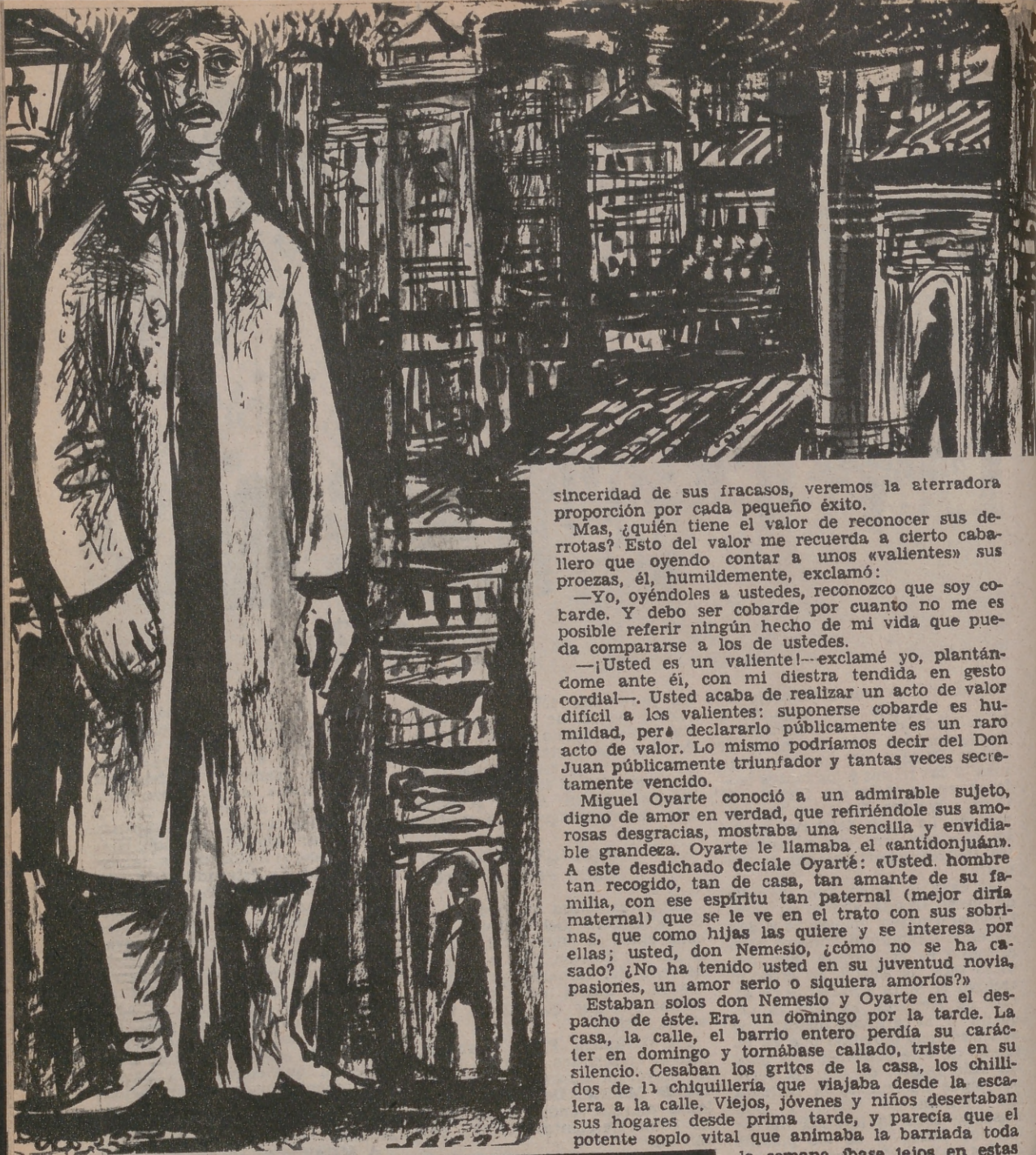
Por la avenida del Marqués de Ibarra, ya camino de la estación del ferrocarril, saludo a don Ramón Gavilán, un alcaláino de buena cepa, hoy teniente alcalde y presidente de la Comisión de Festejos. Los toros, el cartel de toros, ha sido, sin duda, lo que más trabajo le ha dado.

—¿Volverá usted a Alcalá?

La respuesta no es de pura cortésia:

—Sí, desde luego. Alcalá no puede ser nunca punto de paso. A Alcalá se debe volver siempre.

Ernesto SALCEDO
(Enviado especial.)



EL "ANTIDONJUAN"

NOVELA, por Roberto Molina

I

La existencia de los donjuanes, esos enamorados de fortuna, por lo general, gente vulgar, osada y sin talento, ha originado la creación artística de Don Juan. Realidad o no, la poesía, la pintura y la música lo han idealizado. La mujer se les ha rendido. Y, sin embargo, ¿cuántos donjuanes llamamos en la vida? Digo de aquellos que pueden compararse al de Tirso, al de Byron, al de Zorri-lla, al de Molière, y que han interpretado Mozart y Galaverría—cada uno en su arte—, entre otros. En cambio, antidonjuanes, ¡cuántos más! Nuestro planeta los ofrece con prodigiosa abundancia. Para un victorioso, ¡cuántos vencidos! Para un burlador de verdad, ¡cuántos burlados, más de verdad todavía! Hasta el Don Juan mismo, el que crea poder tenerse por tal, si quiere rendirnos la

sinceridad de sus fracasos, veremos la aterradora proporción por cada pequeño éxito.

Mas, ¿quién tiene el valor de reconocer sus derrotas? Esto del valor me recuerda a cierto caballero que oyendo contar a unos «valientes» sus proezas, él, humildemente, exclamó:

—Yo, oyéndoles a ustedes, reconozco que soy cobarde. Y debo ser cobarde por cuanto no me es posible referir ningún hecho de mi vida que pueda compararse a los de ustedes.

—¡Usted es un valiente!—exclamé yo, plantándome ante él, con mi diestra tendida en gesto cordial—. Usted acaba de realizar un acto de valor difícil a los valientes: suponerse cobarde es humildad, pero declararlo públicamente es un raro acto de valor. Lo mismo podríamos decir del Don Juan públicamente triunfador y tantas veces secretamente vencido.

Miguel Oyarte conoció a un admirable sujeto, digno de amor en verdad, que refiriéndole sus amorosas desgracias, mostraba una sencillez y envidiable grandeza. Oyarte le llamaba el «antidonjuán». A este desdichado decíale Oyarte: «Usted, hombre tan recogido, tan de casa, tan amante de su familia, con ese espíritu tan paternal (mejor diría maternal) que se le ve en el trato con sus sobrinas, que como hijas las quiere y se interesa por ellas; usted, don Nemesio, ¿cómo no se ha casado? ¿No ha tenido usted en su juventud novia, pasiones, un amor serio o siquiera amoríos?»

Estaban solos don Nemesio y Oyarte en el despacho de éste. Era un domingo por la tarde. La casa, la calle, el barrio entero perdía su carácter en domingo y tornábase callado, triste en su silencio. Cesaban los gritos de la casa, los chillidos de la chiquillería que viajaba desde la escalera a la calle. Viejos, jóvenes y niños desertaban sus hogares desde prima tarde, y parecía que el potente sopló vital que animaba la barriada toda

la semana fbase lejos en estas horas dominicales. Ello sucedía en el más crudo invierno como en la alegre primavera, sin distinción de estaciones ni temperaturas. Un ciego, un impedido y postrado en cama reconocería infaliblemente la presencia del domingo en esta brusca alteración del cotidiano

ritmo vital de la calle. Don Nemesio sonreía y callaba como indeciso. ¿No tenía él su historia? ¡Y qué historia! Pero el hábito de callarla siempre, de esconder en profundo secreto la vergüenza de sus derrotas amorosas, tenía como aterrado ante la impertinente e inocente pregunta de Miguel.

—Sí, señor—dijo, al fin, el interrogado—. Tengo mi historia, mejor, mis historias. Me las he contado a mí mismo tantas veces, que me parecen vulgarísimas para decírlas a otro. Usted, que es tan agudo, dígame—preguntó de pronto el viejo—: ¿Tengo verdaderamente una fisonomía de bobo, un aire de hombre fácil de engañar? Quiero decir que si es mi cara la de un «pobre diablo», uno de esos maridos de Molière y otros autores, infelices protagonistas del teatro cómico.

Miguel miraba entre risueño y serio a su interlocutor, y no respondía. ¡Caramba con don Nemesio! Se advertía que de no padecer del estómago este hombre, sufriría del hígado o de cualquier otra viscera. Dos alternos relámpagos, ya de tristeza, ya de irritabilidad, se sucedían en las miradas de sus penetrantes, escondidos y pequeños ojos. Trascendía bondad el rostro de don Nemesio, pero era una bondad castigada por los dolores de la convivencia humana: la burla, probablemente.

—Yo no veo en el rostro de usted sino una mezcla de nobleza y de bondad que infunde respeto—dijo Oyarte—. Tiene usted mala opinión de sí.

—Yo de mí no tengo mala opinión; pero no puedo evitar el pensamiento de que no la tengan tan buena los que me tratan. De las mujeres precisamente, de mis crueles fracasos me viene este recelo.

—¿Y quién no ha tenido fracasos, don Nemesio? Paréceme que dramatiza usted mucho sus episodios. Usted no se ha casado por ser, sin duda, demasiado exigente. O acaso por detenerse a reflexionar en las consecuencias y responsabilidades del matrimonio.

—Ni una cosa ni otra, don Miguel. ¡Nada de eso! Como tiene usted imaginación, «se inventa» mi caso a su gusto. Comenzando porque no han tenido nada de simples episodios los amores que en dos ocasiones solemnes de mi vida me han llevado al propósito serio de casarme y, por cierto, muy sin reflexionarlo, sí, señor.

—Vamos a ver, pero no se contradiga. ¿Ocasión solemne de esponsales y supresión de boda «sin reflexionar»? Explíqueme el absurdo, le diría si no temiese ofenderle.

—¡Caray, con usted, don Miguel! Si no temiese ofenderme... Ustedes los escritores son así. Bueno, me parece que ya no tengo más remedio.

—Sí, hombre, sí: no tiene usted más remedio que explicarme. Para eso estamos solos y le voy a servir otra taza de café.

—¡Eh, no, no! Mi estómago protesta. Si viera usted cómo me preocupo y reflexiono (en esto sí) acerca de los progresos de mi úlcera... Pienso en los milímetros o fracciones de milímetro que faltan para la perforación. ¿Lograré contenerla? A veces creo que los médicos se equivocan.

—Bueno, bueno, don Nemesio. ¡Vaya una idea disparatada! ¡Perforación, médicos, úlcera!... Usted lo que quiere es asustarme. Permítame que le retire la taza. ¡No quiero responsabilidades!

—Total queda un sorbo y, ¡qué más da! Con el coñac sí que no me atrevo. Tal vez media copita...

—Ni una gota. ¡Hola! Suicidios, no.

—¿Usted recuerda una peluquería que hubo en Jacometrezo, una peluquería que puso un francés y dió mucho que hablar, porque en vez de oficiales servían señoritas? Eso fué por la época del desastre, algo después de lo de Cavite.

—Sí; que estaría yo entonces en martillas. Don Nemesio de mi ama, ¿quiere usted matarme de

viejo? Yo estaría echando los primeros dientes en esa fecha.

—¡Qué cabeza tengo!

—Bueno, pero es lo mismo. Ponga usted que lo recuerdo, y adelante.

—Es porque aquella peluquería se hizo famosa. Fué una fama de cuatro días, no vaya usted a creer. Era demasiada novedad para los madrileños.

—Adelante.

—Pues encima de dicho establecimiento vivía doña Julia, una excelente señora, en cuya casa estuve de pupilo siete años. No era oficialmente casa de huéspedes, pero tenía siempre tres o cuatro señores de confianza. Por este procedimiento logró casar a sus cinco hijas. En la fecha que digo no le quedaba ya libre más que Filomena, que era la más pequeña. Esta chica estaba novia con un empleado, creo que de la Curia, y se caso con él.

—Luego, entonces, Filomena...

—No era ella, sino otra, una de sus amigas, visita frecuente de la casa. La conocí allí, desde luego, con ocasión de su amistad con Filomena. Como todavía vive la llamaré Casilda, por ejemplo.

—Adelante con Casilda.

—Esta tuvo noticias mías por doña Julia. Doña Julia se moría por arreglar bodas. A dos de sus huéspedes los casó ella, y no mal, por cierto. Me tocaba a mí el turno, hablé a Casilda, luego me habló a mí... Empleaba un truco viejo, una idea que siempre es de buen éxito. Me parece que su autor es un señor inglés, un tal Shakespeare.

—Sí, sí.

—El truco era decirme que Casilda se había enamorado de mí, pero declámelo en serio y con las debidas reservas. Claro está que me halagaba. A un hombre siempre le halaga la idea de que piense en él una muchacha. Y más siendo como era Casilda entonces: espigadita, graciosa, de ojos como soles, con buen color de cara, hacendosa y, además, con sus ahorritos, según la referencia de mi dicha patrona. Yo iba siendo ya madurito. Mis treinta y seis años no me los quitaba nadie. Si no eran ya treinta y siete...

—Es igual.

—Pues, por otro lado, la diabólica doña Julia había dicho a Casilda que yo no tenía otro pensamiento que ella; que me moría por sus pedazos; que me pasaba las trasnochadas dándole la tabarra con Casilda, y que si no me declaraba era por timidez. «Ese hombre se desmejora por días, por momentos, y si no le ayudas, Casilda, tendrás que sentir, porque nada perturba para siempre la vida como los remordimientos.» «¿Remordimientos yo? ... exclamaba estupefacta Casilda—. ¿Yo qué culpa tengo si no me dice palabra? ¿Quiere usted que yo me declare?» «¡Hija—decía doña Julia—, no te digo tanto; pero sí que le des esperanzas, que no le hagas esa cara de enojada. Te advierto que, además de su sueldo, tiene sus ahorros: miles de pesetas o acaso de duros...» Con todo esto, Casilda y yo íbamos pen-



sando en nosotros. y de pensar y mirarnos venía el descubrir perfecciones, tanto físicas como espirituales. No le niego a usted que llegué a enamorarme y bendije la hora en que había visto a Casilda por primera vez. Doña Julia gozaba de mi enamoramiento lo que usted no supone. Parecíale que aquella posible boda era una obra de arte y ella la artista. Tenía razón. Sólo que ni Casilda ni yo sospechábamos el engaño. «¿Qué habrá visto en mí esa infeliz para enamorarse?» —pensaba—. Porque entonces, joven aún, ya tenía yo este sello de vejez, de pobre diablo o de infeliz que me distingue. ¡Si, si! No me haga usted gestos. Me conozco bien. ¡Ojalá me conociese entonces como hoy!

—¡Bueno, hombre, ya no hago gestos!

—Pensé que el mejor modo de declararme era escribiéndole; pero tan irrisoluto era, que ni a escribir me atrevía. Y a guisa de prólogo, para que se hiciera a la idea de que correspondía a su pasión, le mandé un ramo de flores que me costó diez duros. Pero se lo hice llevar de incognito, sin tarjeta, ni carta. Casilda recibió el regalo, y a no ser por la indiscreción de doña Julia, todavía ignora el nombre del desconocido galán. ¿Se va usted fijando en lo papanatas que era yo entonces?

—Sí, señor.

—Pues, tras este primer ramo de flores, le mandé otro, y luego otro, y así varios domingos, hasta que tuve coraje para tomar la pluma. ¡Qué de noches y congojas para la redacción de mi carta! ¡Los borradores que habré escrito antes de aprobar el último, el que, a mi parecer, quedaba menos cursi, más sencillo dentro del singular cariño que destilaban las palabras. Pero, por fortuna, esta carta no llegó a escribirse.

—¿No?

—No; porque mi doña Julia, que parecía tener más prisa que yo, precipitó la declaración y, por cierto, de modo un tanto violento. Oiga usted.

—Ya oigo.

—Casilda visitaba la casa un día sí y otro también. Vivía cerca en Desengaño y con el menor pretexto ya estaba allí. Sobre todo iba por las tardes. Desde que tuve la ocurrencia de mandarles flores, llevaba ella siempre sobre el pecho un ramillete soberbio. Me miraba como diciendo: «Vea usted que soy agradecida. Anímese, porque no lo rechazo». Casilda, aunque más joven que yo, no era tampoco una niña. Los veintiocho no se le caían del rostro; pero esa edad no es en la mujer una desgracia, sino un encanto supremo. Estaba Casilda en ese punto de madurez, de reposo, de serenidad, que ¡vamos!, era como una rosa abierta, fresca, en el momento en que su perfume es más embriagador. Yo la veía tan formalita, hablando con aquel aplomo, que cómo iba a pensar en la casta de pájara que me endosaba doña Julia. (Y he de decir que mi dicha patrona obraba de buena fe, teniendo de Casilda muy buena opinión.) Pero vuelvo a mi cuento. Estaba yo una tarde en mi cuarto dando la última mano al dicho borrador, cuando me llama doña Julia: «¿Puede usted salir un momento, don Nemesio?» Salgo al comedor, y allí estaba Casilda, con unos claveles reventones que ardían. Tenía el rostro muy encarnado y noté un leve temblor de pecho y de labios. Doña Julia dijo: «Casildita quería preguntar a usted si hay en su escritorio en su almacén un señor que se llama... ¿Cómo dice, Casilda?» «Joaquín; creo que Joaquín.» Precisamente teníamos no uno, sino dos empleados con ese nombre. Yo repetía: «Joaquín, Joaquín...», todo emocionado, y respondí que había dos: uno era ayudante de caja, un mocetón listo, pero muy joven, y el otro era un criado antiguo, hombre viejo ya, que teníamos para las facturaciones. Me intrigó la pregunta y nos sentamos, y doña Julia se escabulló, como por escotillón, dejándonos solos: «Por lo que usted dice, no es ninguno. Debe de haber error. Este es un don Joaquín como de treinta años, que se dice colocado no sé si en el almacén o en los escritorios; pero, sin duda, es uno de esos «perdis» embusterones que hallan placer en burlarse de las pobres mujeres.» Casilda se abanicaba, tenía el rostro muy encarnado que las amapolas. No sé cómo describirle la escena.

—¡Don Nemesio!

—Ríase usted. Le dije que estaba muy seguro

de que allí no había otros Joaquines y me atreví a preguntarle si iba con ella lo de la pretendida burla. «Es un pelmazo—dije—que me viene rondado hace días, y hoy se paro con mi hermana. le habló de mí y dijo que él era una persona formal y venía con buen fin. Entonces fué cuando contó a mi hermana dónde estaba colocado y le dió el nombre: sólo que como esa chiquilla es tan loca, ha olvidado el apellido, y quien sabe si tampoco se llamará Joaquín. En fin, perdone usted la impertinencia y que le haya quitado de sus quehaceres, porque algo estaría usted haciendo cuando he venido.» «Sí, Casilda; algo estaba haciendo. Y si usted lo supiera, ¡cómo se iba usted a reír de mí!» «¿Reír? ¡Vamos! Usted, tan formal, tan decente... ¿Iba yo a reirme? ¿Y qué estaba usted haciendo, ya que me pica la curiosidad?» «Una carta, Casilda.» «¡Hombre, una carta! Escribirla usted a su novia y he venido yo a interrumpirle...» «A mi novia, no, porque no la tengo, ni pienso que haya mujer para enamorarse de este pasnao que soy yo; pero para una mujer sí es la carta. Y que precisamente se llama Casilda.» «¡Ya es casualidad! Pero si no es su novia, será una amiga, y eso es peor. ¡Cualquiera se fía de ustedes los hombres!» «Pues yo soy de fiar. Se lo aseguro a usted.» «Basta que usted lo diga. Pinta de buena persona si tiene usted; pero, a saber lo que habrá en su vida y quién sabe si hasta engañado a alguna mujer. ¡Quién sabe!» Ponía un rostro pícaro, abanicándose de prisa y que echaba unas miradas que me paralizaban. Yo decía: «¿Me atrevo? ¿No me atrevo? ¿Acabo la carta? ¿No la acabo?» Doña Julia debería estar cerca, recreándose en la función, pero no se la oía. Estábamos Casilda y yo solos en el comedor. Era la hora en que aun pasaría tiempo hasta la aparición de los huéspedes para la cena. «¿Y dice usted que se llama Casilda?, preguntó ella, provocándome con miradas que parecían reír. «Se llama Casilda y es una divinidad de mujer. Como que se parecen usted y ella como dos gotas de agua.» Echóse a reír con ganas y dijo: «Pero, don Nemesio, ¿se burla usted de mí? Si es tan divina no puede parecerse ni pizca.» «¡Basta de bromas, Casilda! Si usted sospecha a quién me refiero no se burla. Esos claveles no se los ha regalado a usted ese Joaquín a quien añade.» «Es verdad. Son regalo de un desconocido, y por cierto que me gustaría saber quién es para darle las gracias.» «Pues démelas a mí, que yo lo conozco mucho y se las transmitiré.» «¡Ah! ¿Usted lo conoce?—y ahora fingía de pronto una seriedad de circunstancias—. ¿Y qué tal persona es? ¿Es capricho que tiene, o me quiere de veras? Usted lo debe saber puesto que lo conoce.» «Sé que la quiere a usted muy de veras, y si supiera que usted no lo recibía mal se daría a conocer.» «Y por qué iba a recibirle mal, si me quiere?» Y entonces inclinó un poco el rostro hacia su falda, con el más perfecto aire de candidez y de dulzura que pueda pintarse. Sólo añadió unas palabras, casi monosílabos; alzó ella los ojos, hizo un afirmativo movimiento de cabeza y quedamos ya novios. Momentos después entró de nuevo doña Julia, radiante. Creo que era más feliz que yo. Luego le ha pesado mucho a la pobre. Casi más que a mí.

La vibración sonora del timbre interrumpió el relato de don Nemesio. Llegaban sus sobrinas, y por esta tarde quedaba interrumpido el relato.

—Ya habrá ocasión de acabar el cuento—parecía decirme con la mirada este buen señor al despedirse.

II

Y la ocasión se ofreció a los pocos días.

—Pues verá usted —dijo don Nemesio, viéndome interesado en su aventura—. El domingo siguiente salimos solos, paseamos y hablé ya en serio de los preliminares de la boda. Yo estaba enamoradoísimo. Ella mirábame con ojos un tanto burlescos y frenaba mis naturales impacencias. A veces, cuanto más serio y emocionado estaba, rompía ella a reír de improviso. Gracia no me hacía mucha aquella risa, pero ¡la quería ya tanto! Toda mi capacidad de amor se desbordaba ahora y me enloquecía. En la tienda me lo conocieron en seguida, porque empecé a equivocarme de un modo absurdo. El propio jefe se sorprendió. Tanto, que para jus-

justificar mis errores tuve que contarle lo que ocurría, y se rió entonces mucho. Me aconsejó que abreviase los trámites y ofrecióseme de padrino. ¡Cómo recuerdo ahora todo aquello! Anoté en una factura mil pesetas menos. Mandé a Galicia una expedición para Sevilla. ¡Qué sabe usted! Todo esto se lo contaba yo luego a Casilda, porque en seguida pedí y obtuve permiso para entrar en su casa. Y ella se reía tanto de mis cosas... Aquella risa era una pura burla, pero yo estaba ciego. La tía Brígida, con quien ella vivía, hubo de reprenderla más de una vez. Yo quedaba embobado ante Casilda y me sonaba a gloria su música de risa. Tuvo ella habilidad para preguntarme cuanto en realidad le interesaba de mí: sueldo, ahorros, esperanzas y seguridad de mi empleo, edad, familia... Todo parecía complacerla.

Así transcurrieron los primeros meses. Casilda se dió en seguida cuenta de que yo no era precisamente un potentado que puede permitirse a diario el capricho de gastar diez duros en un ramo de flores. Tampoco ella era mujer para aspirar a más, pero ponga usted freno a las ambiciones de una muchacha que se tiene por guapa. En seguida empecé a notar cosas extrañas. Por ejemplo, una tarde voy, como siempre, y me recibe su tía Brígida. Recibimiento un tanto embarazoso, como quien dice una cosa y piensa otra. Casilda no estaba. Habían venido parientes del pueblo... Me quedé pasmado, mudo. No me avenía a prescindir de Casilda. Me marché y estuve dando vueltas por Madrid. Comprendí entonces la realidad de ese viejo pensamiento de que el espectáculo está en el espectador. ¡Tarde más aburrida! Volví a mi hospedería antes de la hora. Doña Julia me notó algo, y hablamos. Supe que su hija Filomena había dejado de visitar a Casilda. A doña Julia se la veía con ganas de decirme algo, pero dudaba. Parecía tener remordimientos por su intervención en mis amores, y opinaba que el hombre no debía entregarse a una pasión loca. Harto se me iba declarando la señora, pero, ¡estaba yo tan ciego! Pasó esta semana —verdadera semana de pasión para mí—, y al domingo siguiente visité a Casilda, y la hallé tan formalita que olvidé de pronto todas mis inquietudes. Pareciéndome que no le agradaría explicarme su ausencia del domingo anterior, no hice preguntas, pero vagamente presentí que entre Casilda y yo habíase alzado un grave obstáculo. Acepté como verdadero cuanto quiso decirme y soportaba sin molestarme las reiteradas burlas que salpicaban su charla. Mas como tenía el propósito de romper, me dijo resueltamente que no pensaba casarse por entonces, que ella era aun muy joven y que pensaba pasar el verano con sus tías en Sepúlveda.

Fuí aquella tarde el hombre más desgraciado del mundo. Salíamos del Retiro y caminábamos por Alfonso XII a esa melancólica y romántica hora del crepúsculo. Yo iba frío, trémulo, casi lloroso... La serenidad de Casilda, bien elocuente, no se proyectaba en mi espíritu con toda su crueldad. Despedíame ella, y no lo quería creer.

«Compromiso serio no hay entre nosotros. Conozco que no puedo quererte, y vale más que te lo diga.»

Se separó de mí dejándome alelaño. Había tomado ella el primer tranvía que pasaba, y me quedé mirándola, mirándola. Estuve tres meses entre la vida y la muerte.

—¿Casilda?

—Se casó. Había hallado un novio rico y más joven que yo. Creí morir de pena. Pero lo más grave no es esto, sino que tres años después, viuda ya Casilda, volví a verla, y fui segunda vez su novio y... Pero se ha hecho tarde para este segundo acto de la comedia de mis amores.

III

En la noche de agosto, caliente y henchida de rumores lejanos, don Nemesio y Oyarte habían quedado solos en el comedor.

—Feliz usted —dijo el joven—, porque ahora estoy en momento gustoso para escuchar, cosa que ocurre rara vez. Difícil es dar con un buen conversador, pero lo es aún más hallar auditorio ávido y dócil.

—Con ese argumento, ¿cómo resistirme? —dijo el viejo—. Recuerde usted aquel triste y ridículo final de mis amores con Casilda, amores de unos meses. Creo que habrá usted leído el «Falstaff», de Shakespeare, y no habrá usted olvidado las tremendas escenas de burla, los deliciosos momentos



de ridículo por que le hacen pasar aquellas comadres. Ello demuestra que lo mismo un hombre noble y honestamente enamorado, que uno poseído del demonio del amor, son incorregibles y parecen hechos a prueba de fracasos. Así este ridículo viejo que le habla a usted, que si bien en la fecha de mis inocentes aventuras me hallaba en buena edad, era, eso sí, un tipo ridículo, un «antidonjuán», como yo me defino para que se me entienda y se me conozca en lo que hubo siempre en mí de persona desgraciada o sin gracia para hablar a una mujer, ni menos para agradarla ni inspirarle un adarme de amoroso interés. Yo no he sabido nunca bailar, contar chistes ni referir cuentos; menos, decir piropos con oportunidad y gracia. Tampoco he tenido rasgo físico ni intelectual que me destacara de esta mediocridad que debería hacerme feliz y me ha hecho desgraciado. El «antidonjuán», le repito, era yo en mis mocedades y luego en mis años de reflexiva madurez.

—Bueno, señor mío, no se maltrate y cuente ese nuevo encuentro con Casilda después de casada.

—¡No, no! Después de haber enviudado —dijo don Nemesio, como ofendido.

—Ella enviudó, y lo supe, no recuerdo cómo, pero sí cuándo la vi y cómo la vi, con su largo velo de viuda. ¡Qué hermosura de mujer, qué arrogancia, qué majestad! Las hay a quienes el matrimonio favorece mucho. Se las ve que adquieren un aplomo, un reposo, un seductor continente que inspira respeto y atrae. Casilda, al casarse, parecía haber crecido algo y se hermosa con unos kilos de peso, que no eran de grasa, sino de divina pasta de rosas, que puso en ella un irresistible atractivo. La vi un par de veces a raíz de su boda, sin que ella advirtiera que la espiaba. Pero, en fin, cuando, a los

tres años, me enfrenté con Casilda a la salida de San José, me quedé tal que si no me apoyo en la pila del agua bendita caigo al suelo.

—¿Luego usted todavía la recordaba?

—Y, ¿cómo olvidarla? Todavía la mujer única que señoreaba en mi corazón era el apicarado rostro de Casilda, su llameante mirada que...

—Vamos, conténgase —le interrumpí riendo.

—Es que si no la describo un poco no puede usted explicarse mi reincidencia, mi olvido de cuanto me aconteciera antes ni mi asombrosa capacidad para el fracaso. Conoció ella que la seguía, y mientras íbamos calle adelante no estaba ocioso el pensamiento calculador de Casilda. Acaso pensó que el novio despedido tres años antes podía ser admitido tres años después. La mujer, la más orgullosa, hácese harto humilde si empieza a conocer los efectos brutales del implacable tiempo. Refiérome a la mujer ni joven ni vieja, que alcanza ese punto de edad en que si pudiera suscribiría un pacto para detenerse y permanecer: la juventud todavía ríe y canta, pero hace sus preparativos de viaje y queda pensativa a veces, presintiendo el instante de la marcha.

—Muy bonito eso.

—Pues lo he dicho sin propósito de hacer frases. He leído en alguna parte que la poesía no es sólo palabras, sino como una esencia que puede manifestarse en el lenguaje simple y llano, sin sujeción a rima ni medida. Para mi placer de viejo solitario, he deseado algunas veces esa gracia de hacer poesía con las palabras humildes que se me fueran ocurriendo. Dios no ha querido concedérmela.

—Yo creo que sí. Pero continúe. Usted se acercó a Casilda...

—¡¡No!! Soy persona de ritmo lento en todo. Mi felicidad se colmaba con haberla visto, y la seguí hasta que ella entró en cierta casa de la calle de Peligros. Antes detúvose ella en algunos escaparates, pero no me atreví a aproximarme. Y es que Casilda me ha inspirado siempre un respeto funesto. Funesto para mí, porque no les agrada a ellas tanto respeto ni adoración tan ciega. Alguien pensará que lo agradecen, pero le aseguro a usted que no. Más bien se encolerizan y nos llaman cobardes y mentecatos. De mis amores no he gustado las mieles, pero he sacado experiencias bastantes para dar lecciones a todos los tímidos.

—Bueno, pero continúe: ¿cuándo habló con Casilda?

—Al tercer encuentro, en la dicha calle de Peligros, porque me dirigía todas las tardes al lugar donde la había visto, y como ella tuviese también el mismo pensamiento, acabamos por encontrarnos. Esta vez nos miramos y hasta me sonrió. Luego, para animarme, dejó caer su pañuelo. Lo recogí y al entregárselo, fingió reconocerme. Para qué detallar: «¿Pero es usted? ¡Qué casualidad! Ya me había parecido... Y le veo a usted tan joven, igual que hace tres años...» Todo esto me iba diciendo, y con un desparpajo de comediante que dejábame embobado. Acompañela a su casa, referímonos los porneros de estos últimos años y hablé tanto y tanto que esta misma tarde quedábamos ya novios y hasta saludé a su tía, aquella doña Brigida que usted recordará. Esta señora me dijo (mientras Casilda se hallaba en su cuarto, cambiándose de vestido): «Me alegro mucho, don Nemesio. Siempre

he creído que era usted el novio que convenía más a esa loca. Ahora, si quiere seguir mi consejo —añadió con aire de confianza, bajando la voz—, ¡a casarse, a casarse en seguida! Créame». ¡Cómo recordé luego estas palabras! No sé si, de seguir puntualmente este consejo, hubiera arribado yo a puerto de felicidad o de desgracia. No procedí con toda la diligencia que doña Brigida sagazmente me aconsejaba, y todo se fué al demonio.

—Pero, ¿por qué?

—Porque a los tres meses de novios, cuando ya estábamos buscando piso y recorriamos las tiendas de muebles, empecé a observar en ella unas cosas... un nervosismo extraño, un raro desasosiego en Casilda, un mal humor no disimulado. Me contradecía en todo. me acusaba de torpe, discutíamos. En fin, quien nos oyera creería que llevábamos muchos años de matrimonio. Ella volvía la cara con frecuencia, deteníase ante los escaparates más absurdos, dejaba caer al suelo su pañuelo, su bolso... Hasta que una tarde vino su tía a mi casa y no para compadecerme precisamente, sino que entró muy colérica, diciéndome que por ir yo tan despacio en los preparativos y ser un papanatas había sobrevenido la desgracia.

—Pero ¿qué había ocurrido?

—Casi nada. Que habiendo vuelto a Madrid uno de sus varios novios de otro tiempo, un perdido, jugador, trapisondista y sinvergüenza, la vió, la habló y se marcharon en el rápido de Barcelona.

—¡Ah!

—Y ya sabe usted cómo acabó ésta mi primera aventura amorosa.

Don Nemesio salió. Sus cuarenta años parecían sesenta. Iba despacio, abatido. ¡Qué ruina de hombre! Sin garbo, sin espíritu, sin elegancia. Sus trajes nuevos parecían usados. Su repentina rigidez, en reacción de ocasional osadía, tenía aire grotesco. Su única gracia había sido ésta de definirse como se definía: el «antidónjuán».

IV

—Si no es impertinencia, ¿qué edad tiene usted, don Nemesio?

—¡Hombre, impertinencia! —exclamó un tanto desconcertado—. Me hace usted la pregunta de más difícil respuesta, porque... no lo sé.

—¡Que no sabe!... ¿En serio, don Nemesio, no sabe?...

—En toda criatura humana —respondió— hay dos edades: la edad cronológica y la edad fisiológica. Si me atengo a la primera, pongamos cuarenta y uno; si a la segunda, creo que... ¡quién sabe! Soy casi un sesentón ya inútil.

—¡No tanto, amigo! En verdad que está usted algo caído, triste... pero eso es pasajero. Ha tenido usted fiebres...

—No, no. Yo no sirvo ya para nada.

—¿Para nada? No he olvidado la sabrosa gracia de sus anteriores narraciones. Para contar sus fracasos sí que sirve. A mí me ha parecido delicioso.

Estábamos solos, como muchos domingos, y deseaba extraer de las memorias de este bendito fracasado nuevos capítulos. Si todo hombre tiene su historia, la de don Nemesio, por viejo y por desdichado, contendría episodios nuevos. Desde la última narración habían pasado unos meses. Vefale yo perder actividad y energía. Eran ahora sus re-



acciones más lentas, más apagada su voz... Había padecido un ataque gripal, y todavía dejaba mucho que desear su salud. Animado por una taza de café, el bondadoso amigo dijo:

—Por la fecha de mi última aventura...

—¡Ah! Ya suponía yo que teníamos una continuación.

—¡Y qué continuación! Tenía ya por aquel tiempo muy avanzada mi hiperclorhidria. Acercábame a la cuarentena, mas a pesar de mis ácidos sentíame bien, con resolución y bríos para cualquier proyecto de matrimonio. Económicamente, no tenía queja. Gozando de la confianza de mis jefes, muy mejorado de sueldo y con grandes esperanzas para el futuro, el momento era el más a propósito para constituir un hogar. Creo haber dicho que siempre he tenido ese gozoso sentimiento de la casa propia, ese deseo de poseer un recinto para mi intimidad y para mi reposo, un lugar muy mio: una mesa, una cama, unas sillas, algunos libros, una esposa, unos niños que ríen o que lloran. ¡Todo esto lo he visto y lo he envidiado mucho! Y pensar que hay tantos hombres con hogar propio que parecen desertar de él, que no lo aman, que ni siquiera conocen todo el tesoro que Dios les ha otorgado para su regalo... Pero sin duda habrá alguna causa profunda e ignorada que explique este gran fracaso postremo, el mayor de todos. Yo me he mirado reiterada y atentamente al espejo, y he querido comprender... Esta ausencia de gracia en mis rasgos, en mis gestos, en mi propia risa... Natural parece que la mujer, por instinto simplemente, se aparte de hombres como yo si se les aproximan con propósito e intenciones de matrimonio. La mujer que sueña con angelotes de Murillo, bellos y graciosos (y he mentado a todas las mujeres), no concierta sus nupcias con varón del que sea posible deducir un seguro fracaso en este gran anhelo de creación bella y perfecta.

—¡Caramba, don Nemesio!—exclamó Oyarte—. Ni todos los que se casan son Apolos, ni las mujeres todas hubieran gustado a Fidiás para modelo. Pero me es grato oírle, porque de su propio dolor extrae usted elegantes palabras y de mucha sustancia.

—Lo de sustancia puede ser, porque de sufrir viene el aprender; pero niego lo de elegancia, y no sé me interrumpa mucho, porque mi memoria se sostiene con un hilito muy frágil. Bien sé que se casan innumerables desgraciados y más que yo, como yo mismo, de haber querido; pero hablo pensando en la mujer que sueña en el amor y aun de niña ama a esos angelotes rubios, ideal creación de la fantasía femenina.

—Comprendido y adelante—dije.

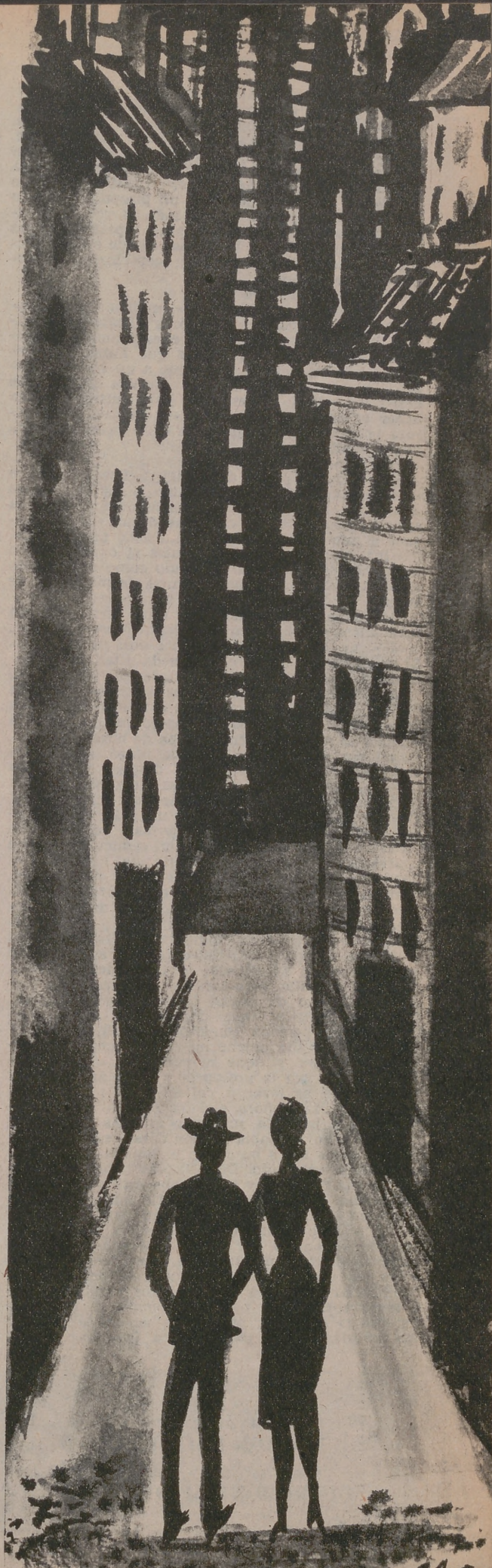
—Pues como le cuento, en aquellos años, en este momento de mi vida en que más poderosamente me gobernaba el deseo de fundar un hogar, concé... La llamaré Jimena, nombre que como no abunda mucho, se ve que encubre el verdadero nombre. Todavía viven familiares de esta mi última novia, y no quiero ofenderles. La conocí en una visita, nos miramos, me sonrió, parecíame que me daba ánimos con aquella sonrisa y aquella mirada tan seria, tan dulce, tan...

—¡Bueno, bueno, don Nemesio!...

—¿Se ríe usted? Es prueba de que me voy poniendo en ridículo.

—¡No, no!

—Bueno, Jimena me animó, preguntándome no sé qué bagatela. En la sala donde estábamos había unas ocho personas, y se habló de poner en el gramófono una pieza de baile. Al organizarse las parejas, vinimos a quedar Jimena y yo de silla en silla. Conociendo ella que yo no bailaba, rehusó las peticiones de otros. Comprenderá usted que se lo agradecí con toda el alma. En seguida enderezo la charla por donde ella deseaba, que era conocer quién era yo, de qué vivía y, en fin, todo aquello que para la mujer tiene siempre un interés de primer orden. Mis respuestas fueron después confirmadas por los amigos de la casa, cuando me hube marchado. He de decir que estos señores ignoraban la verdadera historia de Jimena. Yo esta tarde no me declaré. Por un lado, mi timidez, que me acompañaba siempre en tales trances y, por otro, mis anteriores fracasos aconsejábanme no poca cautela. Pero en esta entrevista quedamos ya amigos, y ella conoció qué efecto habíame producido. Me despedí al anochecer, cuando el baile estaba más animado. No tenía prisa y me despedí, renunciando a la oportunidad de acompañarla y demostrarle así más mi interés. No fué una resolución calculada, sino más bien un gesto instintivo, como para darle ocasión de completar en mi ausencia el de-



seado informe. Mi patrona conoció lo que me ocurría, y se me acercó, interrogándome con la mirada. Lo conoció porque entré locuaz y alegre, en mi cuarto, y mientras hacía tiempo para la cena, revolví mis papeles y cantaba. He de decir a usted que me han sido negados por Dios la gracia de hablar elegante, de pintar; de bailar, ya se lo he dicho; la gracia de echar un piropo, contar un chiste, pero más aun, mucho más, la voz, el mínimo de voz y de buen gusto para repetir un trozo musical cualquiera. Y lo curioso es que estos defectos que me definen tan bien, acéptelos sin tristeza, créame usted.

—Lo creo, pero continúe.

—Mi patrona, que era para mí como una madre y no olvidaba mis anteriores fracasos, me sorasacó hábilmente. Contéle mi enamoramiento súbito de Jimena, las esperanzas que había concebido... La buena señora, que como a un hijo me trataba, no curioseaba en mis asuntos por simple deseo mujeril de saber, sino para husmear, para hacer oficio de Argos allí donde mi ceguera amorosa poníame en los ojos y en el conocimiento una negra venda.

—Y sucedió que Jimena...

—No tan de prisa, don Miguel. Pasaron dos o tres semanas, en las que hubimos de vernos los domingos. Hasta que una tarde, cuando ya la acompañaba hasta su casa, me decidí, me «arranqué» a iniciar una declaración... Ella, amabilísima, me iba despejando de obstáculos el camino, y en unos minutos me hallé aceptado como novio, pero arrancándome la promesa formal, formalísima, de subir a la casa y hablar con sus padres:

«Mi papá es un caballero muy serio, que no pone inconvenientes a mis gustos, siempre que sean, como son, honestos y se cuenta con su parabién. Si usted me quiere de veras puede usted venir mañana de tres a cuatro y hablará con papá. Ello —añadió mirándome con ojos pícaros— será la prueba mejor que puede usted darme de que viene de buena fe.» ¡Qué más deseaba yo que demostrarle a ella y al mundo entero que iba de buena fe! —exclamó don Nemesio—. Y desde luego, a la tarde siguiente estaba yo en la casa, después de que ella (que me esperaba en el balcón), me hizo con su linda mano una graciosa seña para que subiese. Fué un gesto que me infundió un valor muy necesario. Ni tuve necesidad de llamar, porque hallé ya entreabierta la puerta y a mi seductor Jimena esperándome con la más divina de las sonrisas. Tenía un sencillo traje de casa que la hermoseaba, tomó de mi temblorosa mano el sombrero, e invitábame a seguiría por el pasillo en sombra. El comedor tenía no sé qué de distinción y de confortable, que me produjo muy buen efecto. Había en él lo que en todos los comedores: su aparador, su mesa, el reloj, la sillaría, la jaula del canario... Todo tan sencillo, pero con un orden, con una limpieza, un tono de hogar, tal como yo lo soñara siempre... Y luego, aquel don Nicolás, con su rostro de buena persona tomando despaciosamente su café... Me agradó mucho mi futuro suegro, y también mi suegra, aunque su personilla quedaba como eclipsada por la presencia y noble apostura del hombre que se levantó del sillón y me daba la bienvenida. La señora —doña Petra— me acercó una silla a la mesa, me trajo mi taza de café, el cenicero... yo no sabía ni por dónde empezar. Miraba a todos lados buscando a Jimena, pero Jimena habíase eclipsado. Don Nicolás habló del tiempo, de sus catarros, y comparaba este clima con el de Sevilla. Seguidamente me dijo que era jefe de Negociado en Fomento... De aquí pasó a preguntarme aquello mismo que ya él sabía por referencias de Jimena, y por último, sin que yo me hubiese explicado concretamente, como desdeñando él estas palabras formularias, quedó autorizado para acompañar a Jimena los domingos y subir a casa a horas convenientes, para dar tiempo —dijo— «a que ustedes se conozcan bien». «No me gustan mucho los amoríos largos, porque nada favorecen a una

muchacha, y soy de parecer que si a usted le interesa Jimena, como he notado que a Jimena le interesa usted, no hay que perder mucho tiempo. De usted ya tengo muy buenos informes, además de que no hay sino verle y oírle.»

Yo estaba sofocado de alegría, de emoción, de vanidad también, y tuve que contenerme para no abrazar a don Nicolás. Mi turbación no me permitía contar la visita ni hallaba pretexto para despedirme; pero como Jimena tenía entonces la serenidad que a mí me faltaba, vino en mi socorro y salió... ¿cómo la pintaré? Con la arrogancia de una reina, con un vestido bellissimo (creo que es-trenado este día) y con la más dulce naturalidad me dijo que la acompañase, porque tenía que visitar a una amiga. Despedíme, partimos... No me caí en la escalera por milagro; no me atropelló un coche porque se repitió este milagro y descubrí en Jimena una nueva modalidad, un talento nuevo, como era aquella verba fácil con la que rellenaba los silencios de mi emoción, la mudez que engendraba aquella dicha nueva de ser ya el novio formal de Jimena, aceptado por ella y por sus padres; el novio que iba en seguida a preparar sus papeles de soltero, a buscar un cuarto y a visitar al párroco de su distrito.

—Muy bien hablado eso—dijo Oyarte—. Por ahora no veo ni la sombra del peligro.

Pero don Nemesio, sin precipitar la solución, seguía el hilo de su relato.

—Es curioso—dijo—, y por ello lo repito, que no sentía yo el menor asomo de antipatía hacia mis futuros suegros, sino un interés muy afectuoso, particularmente hacia don Nicolás, a quien tenía por arquetipo de caballeros. Complacíame en charlar un rato con él en mis visitas, mientras Jimena se acicalaba para echarnos a la calle de paseo, de compras, o simplemente porque hablábamos en la calle con más libertad que en el sombrío comedor, bajo la mirada escrutadora de doña Petra, disparándonos por encima de los espejuelos los rayos de sus penetrantes ojillos, mientras simulaba entretenerse en sus labores de aguja. Doña Petra érame bastante menos simpática que su esposo: agradable personaje, maestro consumado en las artes del disimulo, como se verá. Sentencioso, con voz hueca y sonora, me lo represento ahora como un actor de segunda categoría, pero actor al fin, que estaba representando admirablemente su papel de hombre de honor, celoso de las buenas costumbres, ejemplo de lo que debe ser siempre un padre de familia.

«Como Jimena es hija única, calcule usted cómo la habremos criado. La luz del sol que la tocase nos parecería que podía mancharla. Ni ella ha ido a bailes, ni a paseos con amigas, ni a teatros, sino rarísimas veces, y después de hallarme bien seguro de la honestidad de la obra. Deseando estamos—añadió—de encontrar cuarto a propósito y dejar éste, a causa de la vecindad, que no es nada recomendable. Se lo digo porque he advertido que acechan los pasos de usted—sus subidas y sus bajadas—las niñas del entresuelo, y le recomiendo mucho cuidado.» «¿Cuidado de qué?»—preguntaba yo con asombro—. «Cuidado de todo, hijo mío (y me llenaba de dicha frase). Cuidado de charlar con ellas, que tienen un tan sutil veneno en sus palabras que, si encantan como sirenas, atraen como serpientes y matan como la picadura de sus palabras, como la víbora con su aguijón.» Efectivamente, ya había yo advertido cómo estas señoritas del entresuelo hallábanse a mi paso cuando subía a casa de Jimena y cuando me marchaba, particularmente si me iba solo. Alguna vez al saludarnos dejaron caer un pañuelito, el bolsito, un ovillo de lana y, en fin, algo que al recogerlo yo para dárselo fuese pretexto a un comienzo de charla. Y a no ser por esta estúpida timidez mía, bastara uno de tales motivos para pegar la hebra. Sólo que como yo era tan pazuato, echaba a correr escaleras arriba, como huído. Cuando más tarde he considerado estos detalles, me han hecho

Distribución exclusiva de EL ESPAÑOL en la República Argentina
QUEROMÓN EDITORES, S. R. L. :: Oro, 2.455 :: BUENOS AIRES
Distribución exclusiva en Méjico:
QUEROMON EDITORES, S. A. :: Revillagigedo, 25 :: MEJICO, D. F.

pensar mucho. Era como si mi ángel de la guarda, sirviéndose de aquellas vecinas, quisiera evitarme la desgracia que yo mismo me estaba creando. Y este mismo ángel (a quien le ruego ahora y siempre que no me abandone) supo hallar al fin otro pretexto salvador, ya que yo me obstinaba en caminar hacia mi deshonra. Y fué que una tarde, pasando Jimena y yo por la calle de Fuencarral, al pararnos ante un escaparate me acuerdo de que allí, en el piso tercero, vivía un grande y antiguo amigo con el que estaba quedando mal. Ligada mi voluntad a la sutilísima red de mis amores, ni me había interesado por él en la enfermedad de que convalecía ni habíale dado cuenta de la gran novedad de mi próxima boda, siendo él la persona más indicada para acompañarme en acto de tal trascendencia. Contado esto a Jimena y consultada si quería que subiéramos un momento, no puso el menor inconveniente. Al abrir la puerta y vernos, parecióme notar no sé qué gesto en Jimena y también en Emilia, la esposa de mi amigo. Pasamos inmediatamente a otra pieza, donde mi dicho amigo estaba envuelto en mantas y acomodado en una silla. Presentada Jimena como mi futura esposa, advertí, asimismo, en él un gesto parecido al de Emilia. Pero las explicaciones por mi ausencia y el relato que el matrimonio iban haciendo acerca de la enfermedad de Joaquín apagaban la llamita de sospecha que los mercedados gestos crearan. La visita fué breve y nos despedimos. Una hora después dejaba yo a Jimena con sus padres y me marchaba tan campante, sin sospechar que era la última vez que pisaba aquella casa.

—¿La última vez?

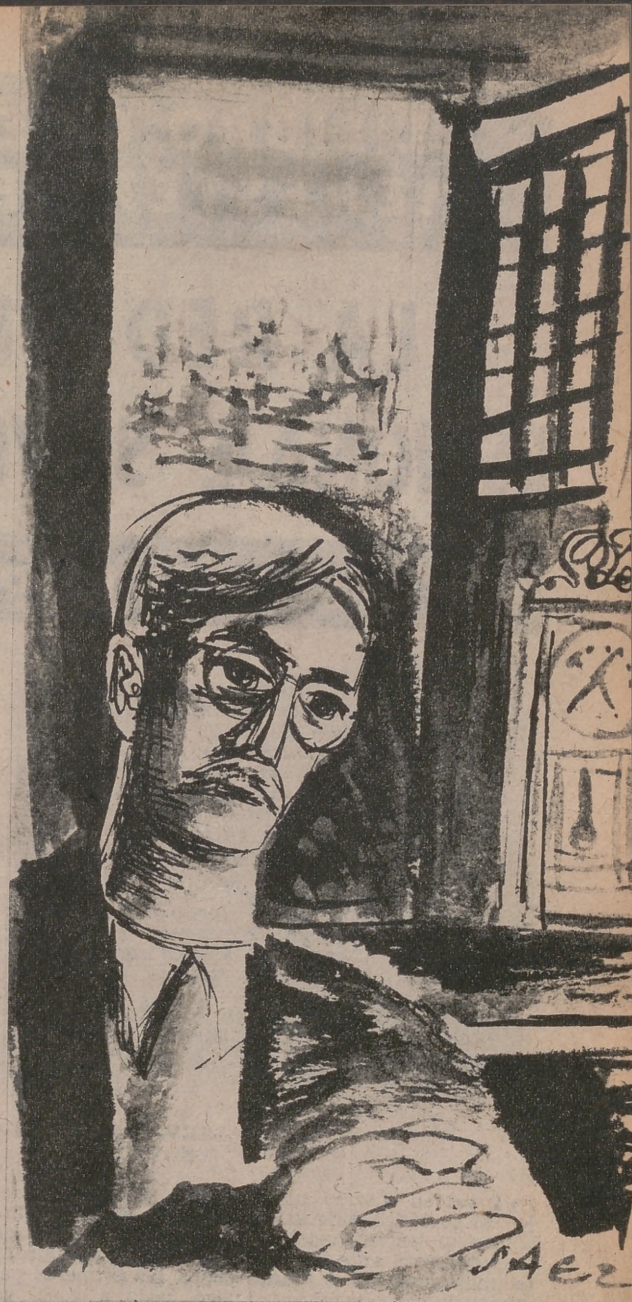
V

Don Nemesio calló un momento, emocionado. Era un silencio tan emotivo y dramático que me sobrecogió. Pasado un instante y rehecho de su debilidad, el bondadoso amigo dijo:

—La última vez, sí, señor. Iba yo calle adelante, pim, pam, pim, pam, como un sonámbulo, y de vez en cuando el ángel protector me recordaba aquel gesto de Emilia, tan semejante al gesto de sorpresa y de contrariedad de Joaquín. ¿Había reparado yo mal? ¿Conocían ellos a Jimena? ¿Eran suspicacias mías, visiores de novio celoso, puntilloso, o tenían explicación aquellos gestos? De un lado, mi zozobra, que iba «in crescendo», apoyada en mi desconfianza por los anteriores fracasos; de otro lado, el cariño de Jimena, que con decir amor dice ser respeto, confianza, nobleza de pensamientos, por donde una sombra de acusación representaba ofensa gravísima para mi futura y no menos para don Nicolás, espejo de caballeros. Pero el celeste guardián de mi vida y de mi honor, valiéndose de sus medios, terqueaba y empujábame otra vez a la calle de Fuencarral. Sin darme cuenta halléme de nuevo en la casa, y ahora sí que Emilia, al abrir, acusó verdaderamente su sorpresa, más viéndose solo. «¿Usted otra vez? ¿Y Jimena?» «Acabo de dejarla en su casa—dije—. Quisiera hablar un momento con Joaquín y con usted.» En esto Joaquín ya me había oído y voceó desde dentro: «¡Pasa, Nemesio, pasa!» «Te extrañará que venga...» «¿Has olvidado algo?» «Vengo—dije— en busca de un gran amigo de la infancia, el que es más que un hermano, y ese amigo eres tú.»

El matrimonio cambió una mirada. Joaquín, agachada la cabeza, removía el brasero con la paja. Los segundos de silencio, que parecían minutos, eran reveladores. Pero Joaquín dijo:

«Explícate mejor porque no te entiendo.» «Pues entiéndeme si eres mi amigo—repliqué con voz alterada—. He notado en vosotros un expresivo gesto al ver a Jimena y esto quiere decir que no os es desconocida. ¿Quién es mi novia? ¿Qué antecedentes tiene? ¿Qué saben de ella y de su familia?» Tenía mi voz demasiada emoción, tal acento suplicatorio, que venció en seguida la resistencia del matrimonio. Emilia fué la primera en decir: «Pues, sí, señor, la conocemos. Y no he podido reprimir un gesto de sorpresa al verla al lado de usted, porque ¿cómo podía yo suponer...! Pero... ¿qué ha dicho ella?» «Nada—repliqué—. Ni hemos hablado una palabra después de esta visita. De aquí a la calle; de la calle al tranvía; del tranvía, a casa... Y yo, desde aquella casa aquí.» «¡Qué ladina!—dijo Emilia—. Porque ¿cómo creer que no nos ha conocido viviendo puerta con puerta cuatro años? ¡Qué disimulada!» «Pues ni una palabra, ya digo.» «Hemos sido vecinos—terció Joaquín, ven-



ciendo su reserva—. Pero dime si está formalizada la boda, si entras en la casa...» Contesté adecuadamente, pero aun se resistían a esclarecer el nubarrón que había caído sobre la figura de Jimena. Deseara yo que fuese nubecilla de verano, pero era tormenta grave la que traía aquel nubarrón, una tempestad asoladora: rayos y truenos y torrencial inundación...

—Bueno, pero acabe pronto y cuente lo que dijeron.

Don Nemesio habíase quedado pálido y mudo. Luego murmuró:

—¡Lo peor! Jimena había tenido novio, un capitán, guapo mozo... Estaban para casarse y sin duda ella corrió demasiado en la palabra del galán... Ello es que un día desaparece éste sin dejar rastro y a ella hubieron de llevarla unos meses fuera de Madrid. Ya usted comprende... Algo habían notado en ella las vecinas, porque de este viaje hizo escándalo en la casa. Hablaron de no sé qué visitas de la madre—doña Petra—al hospicio... Todo lo comprendí. Caí enfermo. Pasé un trimestre entre la muerte y la vida.

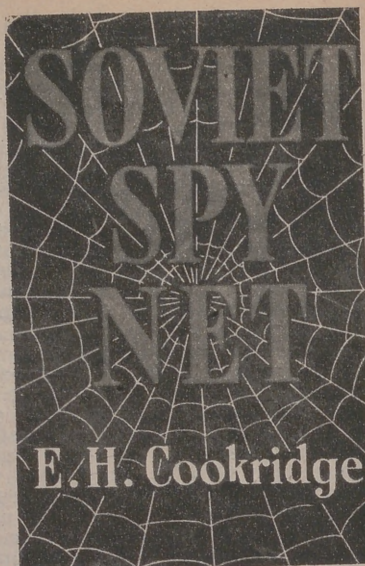
—Pero ¿no le visitaron ni Jimena ni sus padres?

—Ninguno. Ni me pidieron explicaciones por mi ausencia, ni les exigí yo tampoco. Ello prueba que Jimena, cuando salimos de la visita, consideró fracasada definitivamente su boda conmigo. Todo esto explica las observaciones de don Nicolás respecto a las vecinas del entresuelo, su deseo de mudarse a otro barrio, el fingido amor de Jimena... Y así acabó esta última aventura, don Miguel.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LA RED DEL ESPIONAJE SOVIETICO

Por F. H. COOKRIDGE



E. H. Cookridge, de nacionalidad inglesa, es un experto conocedor de la política y modo de actuar de la U. R. S. S. y un especialista en asuntos de espionaje. Autor de varias obras de esta índole («Cómo derrotamos a los espías de Hitler», «Secretos del Servicio Secreto británico», «La red que cubre el mundo», etc.), en la presente pone al descubierto toda la complicada malla del espionaje ruso.

Puede decirse que este libro ofrece el más serio y detallado relato escrito hasta la fecha sobre el sistema de espionaje empleado por la U. R. S. S., con sus asombrosas ramificaciones y sus métodos secretos.

«SOVIET SPY NET».—Por E. H. Cookridge. Editado por Frederick Muller, Ltd. London.

EL SERVICIO SECRETO SOVIETICO

De vez en cuando, un agente del Servicio Secreto soviético pide asilo político en un país libre o bien un espía a sueldo de Moscú se ve obligado a comparecer ante un tribunal de justicia. Durante unas semanas el asunto ocupa las primeras páginas de los periódicos. Luego, poco a poco, va perdiendo interés... Hasta que se produce otro caso parecido.

Se tiende a menudo a considerar los casos de Petrov, Guzenko y Khokhlov, o los de Fuchs y Rosenberg, como excepcionales. Nada más lejos de la realidad, pues no son sino manifestaciones externas del virus que Moscú ha estado inyectando en el sistema circulatorio de Occidente durante más de dos décadas. Los «golpes» espectaculares del espionaje atómico soviético fueron simples episodios. Causaron sensación al ser descubiertos porque el aspecto era nuevo y porque entonces consideráramos a Rusia como un aliado sincero. Pero la verdadera amenaza del espionaje soviético no consiste en el robo de unos planos de la última arma secreta, sino en la constante presión ejercida por su Servicio Secreto en todos los países del mundo, día tras día, año tras año, para destruir los valores humanos y corromper a los hombres. La presión ejercida por Moscú sobre los países libres no varía, y sería engañoso fiarse por las apariencias. «Ya no es posible conseguir el Poder por medios pacíficos», escribió Lenin. Y como el objetivo último del comunismo es apoderarse del Poder en todos los países del mundo, es evidente que no existe para Rusia el estado de paz. Por eso una de las cosas que distingue al Servicio Secreto soviético de cualquier otro, es su enorme desarrollo y la magnitud prácticamente ilimitada de su radio de acción. Se ha calculado que unos 250.000 hombres trabajan en la inmensa red de espionaje que la U. R. S. S. ha extendido por el mundo, sin contar, naturalmente, la Policía secreta que actúa dentro del inmenso territorio soviético. Este número

es por lo menos diez veces mayor que el de los agentes de que disponen todas las potencias occidentales juntas. Se trata, pues, de un verdadero ejército rigidamente disciplinado y dispuesto a conquistar el mundo para el comunismo moscovita.

* * *

La organización del espionaje soviético es fundamentalmente igual en todos los países, pero sus objetivos varían con arreglo a cada nueva orientación de la política del Kremlin y a la situación política-social de cada uno de ellos.

En algunos países el espionaje soviético tiene un carácter marcadamente político; en otros, científico; en otros, militar. En Guatemala, por ejemplo, sería absurdo mantener agentes especializados en procurarse armamentos secretos, puesto que este país no posee prácticamente industria de guerra.

Aparte de estas diferencias, que pueden hacer inútil un tipo u otro de agentes, cada Avánpost (1) se divide generalmente en cuatro grupos, cada uno con una tarea concreta y determinada.

Estos grupos son:

Grupo I.—Se compone principalmente de agentes políticos. Su misión fundamental es informar sobre problemas de gobierno y administrativos, condiciones sociales, moral de la población, etc., con vistas a auscultar la actitud que adoptaría el pueblo en caso de guerra o de un levantamiento comunista. Estudian detalladamente la organización civil de defensa, planes de evacuación, suministros, transportes y servicios públicos. Esos agentes mantienen contacto con los partidos comunistas y de izquierdas del país de que se trate.

La mayor parte de los agentes de este grupo actúan como periodistas y corresponsales de periódicos soviéticos y de la agencia Tass. Como periodistas asisten a las reuniones de los Parlamentos y de las conferencias de Prensa y tienen acceso a muchos lugares donde no se permite la entrada del público. En los países democráticos, y particularmente en Inglaterra, es tradicional la libertad concedida a los periodistas, y los corresponsales de la agencia Tass son invitados regularmente para visitar fábricas de armamento, aeródromos e incluso establecimientos atómicos.

Grupo II.—Lo forman agentes consagrados a la obtención de informes sobre los últimos descubrimientos científicos, secretos atómicos, producción de armamentos y planes militares. Estos espías son seleccionados después de un largo entrenamiento científico y técnico. Se trata de auténticos especialistas que reciben sus instrucciones directamente de Moscú.

Grupo III.—Comprende agentes de muy distintas clases. Entre los mismos hay algunos con profundos conocimientos de economía; otros, de los procesos industriales y agrícolas. Muchos se hacen pasar por simples miembros de las Delegaciones comerciales soviéticas. Este tipo de Delegaciones ha servido muchas veces de «tapadera» para altas

(1) Puesto avanzado en un país que generalmente comprende dos o más redes de espionaje independiente.

misiones de espionaje soviético y militar. Kinchuk, jefe de la Delegación comercial soviética en Londres, utilizó su cargo para enviar armas a la China roja, y Yakovlev, bajo el pretexto de su representación comercial, controlaba a Fuchs, el espía atómico, en los Estados Unidos.

Grupo IV.--Lo forman los más hábiles, seguros y fieles agentes del Servicio Secreto soviético. La mayor parte de los mismos está bajo el control directo de Moscú, no dependiendo, por tanto, del jefe del Avánpost. Envían informes periódicos sobre la vida privada de todos los ciudadanos soviéticos en el extranjero. Si un embajador ruso o un simple secretario de Embajada asiste a una recepción, va a un teatro o sale de compras, sea en Washington, Londres, Ankara o Buenos Aires, entre los asistentes a la recepción, los espectáculos del teatro o los clientes del almacén, hay siempre un agente de este grupo espiándole.

Los atletas rusos que asisten a competiciones internacionales, los hombres de ciencia que van a los congresos en el extranjero, las compañías de «ballet» en gira por el Occidente, los artistas de cine que asisten a los grandes festivales, se ven acompañados invariablemente por agentes especiales de la checa o bien por agentes secretos del cuarto grupo que acuden a darles la «bienvenida».

Pero «Nadzor» (supervisión) no es la única tarea encomendada a los espías de este grupo, pues se les confían a menudo otras delicadas misiones, como cuidar del perfecto funcionamiento de las comunicaciones, preparar las reuniones clandestinas, emitir mensajes cifrados, etc.

Esta es, en líneas generales, la organización de una Avánpost del Servicio Secreto soviético, organización que se repite en las redes paralelas independientes existentes dentro de cada país, aunque por las razones expuestas algunos de estos puestos avanzados pueden constar de sólo tres grupos o estar divididos en más.

EL GRAN INDICE

«Obtengan de él todos los detalles biográficos que puedan...», es una frase que se encuentra en todas las órdenes que los dirigentes de Moscú dirigen a sus agentes del extranjero. La manía biográfica es una de las características del Servicio Secreto soviético. No cabe duda de que todos los servicios de espionaje y contraespionaje del mundo procuran tener los ficheros más completos posible, pero ninguno se aproxima en cantidad y calidad al Gran Índice Central del Espionaje ruso en Moscú. Este Índice ha superado ampliamente su objetivo originario, que era el tener una ficha completa de todos y cada uno de los miembros del partido. Hoy día figuran en él miles y aún millones de extranjeros, que se quedarían atónitos si supieran que los rusos conocen detalladamente sus vidas. Todo el que ha ocupado un cargo que le diera acceso a los nimios secretos del Estado, todo el que ha desempeñado una función pública o ha entrado en contacto con hombres de otro lado del «telón de acero», todo el que se ha mostrado partidario de «la causa» comunista, posee una ficha secreta en una de las cajas de acero que se alinean en las galerías de un enorme edificio cercano al Kremlin.

Además de la ficha personal, el Índice recoge otros detalles aparentemente sin importancia: cartas particulares interceptadas, llamadas telefónicas, amistades frecuentadas, mujeres tratadas, cafés, restaurantes y lugares de reunión preferidos, aficiones y entretenimientos del interesado. Nada es suficientemente trivial para ser despreciado, pues todo puede ser utilizado quizá un día para desconcertar y aterrorizar al «fichado».

El «Zapiski» o Gran Índice ha mostrado su enorme eficiencia en la obtención de «confesiones», manteniendo a millones de hombres y mujeres en el temor de haber dicho o hecho algo comprometededor en algún momento de sus vidas.

Un ejemplo nos ilustrará el uso que los agentes soviéticos hacen del Gran Índice: una mujer norteamericana cuyo nombre se desconoce fue durante la guerra española a unirse con su marido, un voluntario de las brigadas internacionales. Nada más llegar le notificaron que su marido había muerto. Después de permanecer una corta temporada en la España republicana regresó a los

Estados Unidos, donde contrajo nuevo matrimonio con un químico destacado. Sin duda alguna, el Servicio de espionaje soviético siguió los pasos de esta mujer, enviando el informe correspondiente para ser archivado en el Índice, pues años más tarde los espías rusos en los Estados Unidos recibieron orden de utilizarla para conseguir información sobre los laboratorios atómicos en donde trabajaba su marido. En este caso los espías fracasaron, pues la mujer resultó ser completamente leal, rechazando de plano las sugerencias que le fueron hechas.

El Índice toma nota especialmente, por razones que son obvias, de todos los refugiados políticos en los países occidentales. Todos los rusos blancos están fichados y sus movimientos son cuidadosamente vigilados, así como cualquier cambio de residencia o de trabajo.

Una legión de burocratas se encargan del papeleo relacionado con este inmenso archivo, sólo para mantenerlo al día, el Índice dispone de docientos cincuenta funcionarios adscritos a la Cheka. Muchos hablan correctamente diversos idiomas, pudiendo hacer uso, así, de libros extranjeros y periódicos, que analizan escrupulosamente en busca de datos de interés. La mayor parte de estos funcionarios son mujeres.

LOS ESPIAS SOVIETICOS, EN FUNCIONES

Por muy importante que sea un Avánpost, su director o jefe sólo tiene poderes muy limitados. El control reside siempre en Moscú. Algunos documentos caídos en nuestras manos muestran detalladamente lo limitado de la iniciativa local. Incluso en los puestos de mayor responsabilidad, los agentes locales están sometidos a un centralismo absorbente. El jefe del Avánpost, que dirige directamente dos o tres redes de espionaje distintas en el mismo país, sabe que pueden existir otras redes paralelas con idéntica misión controladas directamente desde Moscú, de las cuales no ha sido informado directamente. Se han dado casos en que agentes de distintas redes, con el mismo objetivo, se han interferido inconscientemente en su misión, causando confusión y poniendo en peligro las actividades del Avánpost.

Este hecho pone de manifiesto el recelo con que mira Moscú las actividades de sus propios espías. Moscú siempre teme la traición. Por eso procura asegurarse el éxito dirigiéndose al mismo fin por distintos caminos.

Como consecuencia de las constantes decepciones y de los conflictos periódicos entre varias redes paralelas a causa de la ignorancia de las actividades mutuas y de las envidias y celos entre los propios miembros de la Cheka, Moscú suele enviar frecuentemente «inspectores» con poderes especiales para supervisar el trabajo de sus agentes.

Todo este complicado mecanismo ha hecho necesario el establecimiento de una complicada organización burocrática centralizada en Moscú. Montañas de papel se acumulan en las oficinas de los Avánpost, pasando luego a Moscú, donde son clasificados y archivados.

Cuando Petrov buscó la protección del Gobierno de Canberra y Moscú rompió las relaciones diplomáticas con Australia, enormes hogueras estuvieron ardiendo durante veinticuatro horas en el edificio de la Embajada soviética. A pesar de esa destrucción sistemática de documentos, toneladas de papel salieron de la Embajada para ser enviadas a Moscú por vía diplomática. Pues bien; a todo este inmenso papeleo hay que añadir los cables, correos, microfilms y radiomensajes enviados regularmente.

Esto explica el crecido número de agentes empleados por Rusia en el extranjero y la concentración de personal en las Embajadas, Consulados y Misiones consulares soviéticas.

Nada más lejano de la visión romántica del espía de «daga y veneno» que esta masa de empleados emborronando papeles, clasificando documentos y archivando fichas personales. La iniciativa privada del agente no tiene ningún valor, pues hasta el más insignificante detalle está previsto y ordenado por Moscú.

Otra característica del Servicio Secreto soviético es el temor constante a ser descubierto. La primera obligación de un espía en todas partes es perma-

necer completamente ignorado; pero en el caso de los rusos esta obligación alcanza caracteres drásticos. Todas las precauciones son pocas; así por ejemplo, los «enlaces» que ligan al jefe del Avanzado con sus agentes ignoran siempre el fondo del asunto y nunca intervienen directamente en una labor de espionaje. Les está terminantemente prohibido tomar parte en la política del país y han de llevar una vida «respetable y honesta» y tener una ocupación fija. Generalmente son médicos, comerciantes, propietarios, etc. Una tienda, una plaza, la parada del autobús, una estación del Metro donde el público va y viene sin descanso, son los lugares escogidos generalmente para la entrega o intercambio de mensajes, órdenes e informes.

El Servicio Secreto soviético no usa nunca el correo ordinario, aunque en los países democráticos sería el medio más fácil y seguro de comunicarse, ya que no existe censura postal. Realmente, los agentes soviéticos podían evitarse el 99 por 100 de sus citas, viajes, enlaces, idas y venidas utilizando simplemente el correo ordinario; pero sería tan difícil persuadirlos de ello como intentar demostrarles que casi toda la información que obtienen por los más tortuosos medios se puede conseguir fácilmente en cualquier libro de consulta.

Sin embargo, hay que reconocer que las precauciones de que se rodea hace al Servicio Secreto soviético prácticamente invulnerable. Empleando el sistema de «enlaces ciegos», citas misteriosas y «redes paralelas»—que actúan como compartimentos estancos—, los rusos consiguen proteger tanto su organización como sus propios agentes. Incluso aquellos que han abjurado del comunismo y se muestran dispuestos a hacer revelaciones, tienen que reconocer que ignoran casi todo a causa de la complicada organización del Servicio Secreto.

LA RAMA EJECUTIVA

«Cuando mi marido desapareció, creí que había sido raptado. Pero cuando supe que estaba sano y salvo y que había pedido la protección del Gobierno australiano, me llené de terror. Sabía que no podía hacer nada para unirme a él. Empecé a ser vigilada día y noche y no se me permitía hablar con nadie. Me di cuenta de que estaban preparando mi repatriación a Rusia y que toda resistencia sería vana, porque si resistía me asesinarían en el acto, allí mismo, en la Embajada.»

Este relato de la señora de Petrov resulto exagerado para muchos lectores de los diarios occidentales. ¿Serían capaces los rusos de asesinar a una mujer indefensa en el corazón de la capital de un país libre? ¿Qué iban a hacer con el cadáver? ¿Cuál sería la reacción de la opinión pública ante un crimen parecido? ¿No sería todo fruto de la imaginación excitada de la señora Petrov?

Hubiera o no exageración en el relato de la señora Petrov, lo cierto es que el miedo a ser «liquidado» es moneda corriente entre los agentes secretos soviéticos caídos en desgracia.

La rama ejecutiva de la Cheka cuenta con cientos de casos de raptos y asesinatos en su historia, todos ellos realizados a la luz del día en el corazón de distintas capitales de los países libres.

Petrov, lo mismo que Guzenko, sabía perfectamente que Moscú no tiene piedad con aquellos hombres que vuelven la espalda al comunismo. Muchos de ellos han sido asesinados delante de las mismas narices de la Policía en las calles de París, sobre las nieves de los Alpes suizos, en las habitaciones de hotel de Washington o en la Quinta Avenida de Nueva York.

Los métodos usados son muy diferentes y van desde el accidente simulado hasta el arma blanca y el veneno. Khonkhlov entregó a las autoridades occidentales un arma que causó sensación. Se trataba de una cajetilla con balas dum-dum envenenadas escondidas en la boquilla de los cigarrillos y un revólver miniatura con dispositivo eléctrico, que podía esconderse en la palma de la mano y no producía más que un ligero chasquido al ser disparado.

La «liquidación» de los enemigos políticos no es, desde luego, una invención comunista, pero hay un abismo entre las bombas arrojadas al paso de las carrozas reales por los nihilistas y anarquistas y los sutiles medios empleados por los soviets en nuestros días. El mundo occidental ha

aceptado fácilmente las «purgas» periódicas y las ejecuciones en masa realizadas dentro del territorio ruso, pero se resiste a creer que el «Otdyel»—Departamento—para el terror y el desviacionismo use sistemáticamente estos mismos procedimientos en el mundo occidental.

LOS ESPÍAS LLAMAN A LA PUERTA

El Servicio Secreto soviético no cesa de ejercer presión sobre los millones de emigrantes y refugiados que han buscado asilo político en los países occidentales.

Los agentes rusos no ponen mucho interés en perseguir a aquellos que perdieron todo en la huida, incluso sus familiares; pero con aquellos que dejaron atrás mujer e hijos, la presión es constante y a veces obsesiva y dramática.

Para un hombre libre que vive su vida en un país libre, una llamada a la puerta de su casa no es casi nunca motivo de inquietud; puede ser un amigo, el encargado del reparto, el cartero... Pero para un refugiado político una llamada a la puerta, sobre todo de noche, tiene algo de siniestro y terrible. El agente soviético entra y toma asiento. Sonríe con amabilidad. Luego empieza a hablar, seguro de sí mismo, y, finalmente, lanza su proposición: «¿No te gustaría regresar a Rusia?... El pasaje no te costará nada... Allí te esperan los tuyos y un trabajo seguro y bien remunerado... o quizá prefieres quedarte aquí... Si también puedes quedarte si quieres... porque como tú eres un verdadero patriota, te das cuenta perfectamente de que también desde aquí puedes servir a tu país. Basta con que nos suministres informes secretos...»

Si el refugiado se resiste, sobrevienen las amenazas, el chantaje, el método de terror. Porque los agentes soviéticos no se limitan a buscar información. En los últimos años, y sólo en Gran Bretaña, ha habido al menos siete misteriosos asesinatos de refugiados políticos. Las víctimas eran polacos, checos, lituanos, ucranianos, y todos los datos indicaban que había sido despiadadamente «liquidados». Nadie que conozca los métodos de la «Policía» soviética puede poner en duda que estos hechos eran ordenados directamente desde Varsovia o Moscú.

Una revolución universal requiere un espionaje también universal. Existen unos doscientos países en el mundo que gozan distintos grados de soberanía, desde el ilimitado poder de Norteamérica a la independencia nominal del Principado de Mónaco. Pero tanto si un país cubre medio continente como si es tan sólo un punto en el mapamundi, los agentes soviéticos están allí trabajando activamente, apoyados casi siempre por una quinta columna perfectamente organizada. No importa que un país sea pacífico o remoto, pobre o rico, fértil o desértico. Para Moscú puede tener importancia por una u otra circunstancia. Las regiones árticas, casi deshabitadas, tienen interés estratégico para Rusia por ser de primordial importancia para las comunicaciones aéreas. Redes de espionaje soviético se han descubierto en Laponia, Finlandia y Alaska.

Los territorios ecuatoriales son ricos en yacimientos de uranio; allí están los espías soviéticos.

Una pequeña República centroamericana tiene importancia a causa de su vecindad al canal de Panamá, y tenemos el ejemplo de Guatemala.

Realmente puede decirse que el espionaje soviético es una inmensa tela de araña que envuelve el mundo.

Tengo la esperanza de que esta exposición de la organización, métodos y actividades del Servicio Secreto soviético convenga al más escéptico. Que es una fuerza formidable, única en la historia de la civilización, tanto por su depurada técnica como por su impresionante volumen, está fuera de toda duda.

Un conocimiento más amplio de hechos como los que se relatan en este libro harán más difícil la tarea de los espías rusos y pondrán en guardia a nuestros pueblos sobre el peligro comunista, que no radica tan sólo en el número de tanques, aviones y bombas atómicas que fabrica la Rusia soviética, sino, sobre todo, en su incansable labor de zapa para conseguir por todos los medios la revolución universal.

IBIZA, NOVIA BALEAR



El mercado antiguo de la leche, que es, en la isla balear, un asunto rodeado de misterio

CUANDO iba usted a la escuela le dijeron que la tercera isla del archipiélago balear era la de Ibiza. No le informaron mal. «Eivissa», en extensión, cubre unos 600 kilómetros cuadrados. Con 980 pedacitos de tierra como éste llenaría usted el mapa. Lo llenaría de algarrobos, de almendros, de sabinas, de pinos, de playas, de salinas. Lo llenaría de higueras, de murallas, de pueblos encajados, de barcos esbeltísimos, de mujeres silentes, bellas, pálidas, buenas.

Descontando la aportación foránea (hay muchos extranjeros afincados, pues esto es el Tahiti del trotamundos europeo), Ibiza como isla tiene unos 36.000 habitantes, 11.500 de ellos establecidos en la capital y el resto repartido entre las alquerías, pues los cinco o seis pueblos de que

TURISTAS DE TODO EL MUNDO EN LA ISLA DE LA CALMA

UN PARAISO PARA
SOÑAR BAJO EL
SOL LATINO DEL
MARE NOSTRUM



Rincón de la plaza de la Villa que encierra una líquida sensación de soledad amorosa

consta la división administrativa carecen, en lo práctico, de casco urbano.

Si cuenta usted una iglesia, un edificio municipal con secretario

dentro, un cuartelillo de la Guardia Civil, una tienda y dos o tres casonas, tendrá ya hecho el resumen de lo que da de sí en materia urbanística la clásica



El puerto de San Antonio, lugar de glorioso encanto marinero

parroquia ibicenca. el pueblito... A lo largo de la isla—y por toda su anchura—la masa campesina vive centrada en el eje de cada minifundio. No hay loma sin masada, ni valle sin higuera familiar, sin pozo. Ser cartero rural en esta isla equivale a correr una larguísima y diaria «marathon». El campesino—el «pagés»—vive aislado en familia, practicando aún las formas usuales del clan. El abuelo, en las casas, ostenta el mando. La propia arquitectura indígena acusa ese estilo vital. Con piedra y mortero como base—según tradición púnica—se levanta la masada ibicenca, de simple planta, a la que pueden agregarse tantos habitáculos como sean necesarios. El paisaje del país—de fondo utilitario—produce anualmente lo que va en esta lista:

Toneladas

Almendra	3.000
Algarrobo	6.000
Pescado fresco	1.200
Carbón vegetal	2.500
Madera	2.500
Corteza de pino	800
Albaricoque	400
Lana en bruto	20
Sal	80.000

Añádale usted trigo en fuerte cantidad cebada, maíz, legumbres, hortalizas, aceite, naranjas, higos, limones, melones; mezcle todo eso. Luego, con buena aportación de tipo ganadero, agítelo a base de turismo, y tendrá condensada, lo que le entrega «Eivissa» a la economía nacional.

En todo caso no va a caber en esa mezcla la aportación que, en su elemento, traen esos productos a la belleza, a la serenidad de este paisaje. Le escribo desde un país de una fertilidad pasmosa, de gentilísima vivacidad en el colorido. Una apacible caminata hacia el atardecer por las parroquias campesinas de San José o de San Mateo es un asunto muy recomendable, una cuestión que suma beatitud a la lista anterior de toneladas. Si un notable certamen de habaneras le puede producir a uno el bendito deseo inalcanzable de tener buena voz, estos paseos campesinos, llenos de una fragancia imponderable, le hacen sentir la tentación de coger los pinces y acabar con Dalí. Para personas ya de cierta edad, poco amigas del «mámbro» y las maracañ, es muy recomendable buscarse un acomodo familiar, improvisado, en una de estas casas donde, por cinco

duros, se logra la pensión completa. El «pagés» ibicenno—como todos los campesinos de este mar—, es un poco tardío en las confianzas. Le cuesta algo entregarse a la amistad, pero en cuanto se le abre la confianza, se transforma en un tipo formidable, pintoresquísimo, muy ameno, curioso, servicial.

La señorita Astruch—muy mademoiselle mía—, ha pasado unos meses en una casa de San Mateo, cuidando unas excavaciones.

Una buena salida de mademoiselle Astruch es la siguiente: Una casa vecina había comprado una radio de pilas. La «atleta» fué invitada a escuchar unas emisiones, y al volver dijo por todo comentario:

—Son tan pocas personas en aquella casa, que les hacía falta un poquitin de ruido...

Esa mademoiselle Astruch es una gran aficionada a la Arqueología. En su bolso, mezcladas con la calderilla usual, no faltan nunca monedas de Cartago o anteriores. Me cuenta que se vino a Ibiza por primera vez en el año 1932. Llegó de noche y, al desembarcar, pasó algunos apuros hasta hallar una fonda. Cenó, y después se pasó por el teatro de la localidad, en donde echaban un refrito de «La Dama de las Camelias». Los cómicos habían llegado mareadísimos en el mismo barco que ella, y la Gauthier—la bella y cursi dama Margarita—sentía aún las consecuencias del vómito. El sentido turístico ibicenno era entonces cerrado y receloso, pero, pese al detalle, la señorita Astruch ha seguido viniendo por la isla, en donde invierte buena parte de su tiempo practicando agujeros en el suelo.

TIPOS CON TODAS LAS RAREZAS DEL MUNDO

Sin abundar en la afición de esta francesa, son muchos los turistas que se prendan de Ibiza y vuelven a ella. Los hay que se han comprado una casita blanca y una cama, y ya viven aquí para «in aeternum». La vida es dulce y económica, la comida es sabrosa y las puestas del sol tienen carácter propio. Pero aquí suele verse a un barbudo (de cuyo nombre, con un sír delante, es mejor no acordarse); que interpretó durante mucho tiempo en Inglaterra el teatro de Shakespeare. Un día aciago le dió por dirigirse a Ibiza, se tumbó en una playa, se

enamó del sol balear y, desde entonces, anda por la isla, majareta perdido dirigiendo plegarias al llamado Astro Rey. No ha mucho un individuo culto, joven, de extracción yanqui, se vino desde los Estados Unidos con el feo propósito de suicidarse. Se pasó por Berlín para adquirir el «veronal», y ya en Ibiza se procuró una túnica romana y ¡un laúd!... Después, a la manera del senador Petronio, les escribió una carta única a todos sus amigos, advirtiéndoles que si uno piensa envenenarse debe hacerlo en Ibiza, con la piel tamiada por el sol y el paladar tocado de resabios dulcemente agrícolas. El final de la historia, se supone...

He conocido en estos días a infinidad de tipos raros. Tipos del Montparnase, barbudos, que andan de compras con un mal cenacho; góticas alemanas de ojos verde cigüeña; franceses entusiastas del madrugón; suizos con «Leika»; americanos grandotes, sencillos, bullangueros; gentes del Norte—de las tierras del príncipe Sigurt—, de una melancolía arrobadora... He conocido al violinista Alten, que dió un concierto de buhardilla, a la luz de una vela, ante personas de diecisiete nacionalidades; al escritor Landman; a la actriz londinense Margaret Nicholson, muy larga y quebradiza, con dos niños rubitos y un acento estupendo, a lo Stan Laurel. En Talamanca, en San Antonio, en Santa Eulalia, la gran fauna turística de Ibiza se me ha presentado, pieza por pieza; con todo su asombrado desmelonamiento, con toda su solar locura pasajera, lanzada en corso contra la guitarra mediocre de Casa Pepe, contra el bello «souvenir» de pandereta... En Portinatx, bucean doscientos «terribles» cazadores submarinos, a la caza del mero boquiabierto, mientras medio millar de niños color mermelada y alusiones de esposas fumadoras de «Camel» se rinden, en la playa, a la gracia del sol. En Las Salinas pude conocer a un viejo americano—muy señor, muy correcto—, que impresionaba al sol papeles de bromuro para meterlos luego en botellitas.

—¿Qué se propone usted?—le pregunté.

—Fermentar sol de España.

—Para qué?

—Poseo una fábrica de bebidas alcohólicas...

UN POETA DE ALTOS VUELOS

A poco de mi arribo a Ibiza me di una vuelta por el «Diario» que



Sobre el mar, la iglesia de San Francisco de Salinas

aparece en la ciudad. Me habían dicho que, todas las noches, subía a redactar sus notas un viejo periodista con sotana, condecorado con la Encomienda de Alfonso X el Sabio. Junto a los chibaletes de la imprenta encontré a un clérigo delgado, de piel montada sobre poca cosa, de ojos semicerrados y una nariz durísima, atrevida. Había en el aspecto de aquel hombre una modestia tan extrema, un descuido tan poético e inesperado, que yo me resistí a creer que me hallase delante del señor Isidoro Macabich, canónigo arcepreste de la catedral de Ibiza, profesor del Seminario local, ídem del Instituto, autor de todo lo considerable que se ha escrito sobre historia ibicenca, y, además, poeta de altos vuelos, de calidad sublime.

Cuando el canónigo de Ibiza me hizo la gentileza de llevarme a su casa, cuando anduvimos ambos por el triple recinto amurallado, lleno de sombras, de escudos, de esculturas romanas, de getos, de eucaliptos, de campánulas, de finas bugambillas mordiendo piedras viejas; cuando aquel anciano despeinado, cegato, de manto color ala de mosca, empezó a relatarme, en carne viva, sus hermosas historias de corsarios, de moros, de payeses; cuando, ya dentro de su casa, entre informes montones de papeles e infinidad de frascos de específicos, me dió a leer su poema «A un eucalipto» — y su «Atzavara» entre otros — sentí cuánta paciente erudición, cuánta sabiduría, cuánta bondad intelectual y sensitiva aridaba en el alma del gran «don Isidoro». Aquel hombre me hablaba muy despacio, en catalán perfecto, un poco arcaico, lleno de viejos verbos incisivos. Descubrí, gracias a él, la razón de la vida ibicenca, anterior al turismo. Pude sentir el drama de este pueblo aisladísimo, castigadísimo, asolado durante cinco siglos por la piratería berberisca, que halló en la pólvora su único medio de defensa y que, debido al uso inevitable de las armas de fuego, llegó a sentir un hábito guerrero en sus costumbres.

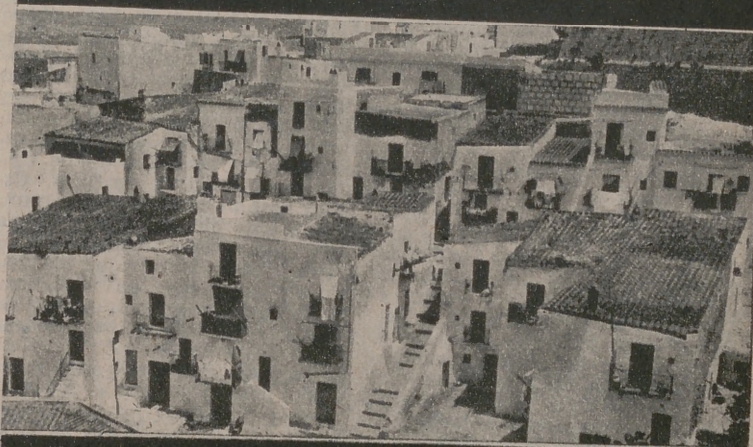
Con todos mis respetos para la historia oficial del Occidente mediterráneo, le debo recordar a usted que la batalla de Lepanto no pudo terminar con la morisma suelta, con la morisma «de empresa privada». Cuando la Corte de Madrid creía que los turcos yacían sepultados, la vida en las Islas Pitiusas era difícilísima, arriesgadísima. No creo que haya habido en toda España otra tierra como ésta, donde los campesinos se vieran obligados a salir siempre armados; un país en donde nunca se sabía, a la hora de comer, si iba a faltar alguien para la hora de la cena...

A recoger la historia de estos cinco siglos ha dedicado sus mejores años el señor Macabich, persona inteligente y sensitiva, desquidada y ajena a las mundanas pompas, que guarda su Encomienda en una caja de zapatos, recubierta de polvo. El día en que yo le pedí que me la mostrara, se vió obligado a hurgar durante largo rato entre sus libros, y, al fin, limpiando el polvo de la caja con su sotana, abrió un poco los ojos, afirmando:

—No sé qué hacer con esto. Se me extravía siempre...



Las «catlotas» de San Antonio Abad, por la calle Mayor, saliendo de oír misa



Vista del típico barrio de pescadores de la Peña, en la capital ibicenca

SE ESPERA UN AVION EN EL AERODROMO FUTURO

En esta mi primera carta balancear le hablaré a usted de las cosas activas que laten en Ibiza. Debo la información, en gran parte, a los señores Guasch y Tur, Alcalde y oficial mayor del Municipio ciudadano, respectivamente; al señor César Puget, presidente del Fomento del Turismo y del Club Náutico; a mosén Macabich, y, entre otros muchos a los entusiastas intelectuales ibicencos señores Villangómez, Sorá, Mañá, Planells, Zornoza, etc....

Empecemos por el camino de la expropiación de tierras, la que puede llamarse «campana del aeródromo». El presupuesto de la construcción asciende a dieciséis millones de pesetas. Parece que existe una líquida, pero patente seguridad, en el sentido de que el primer avión de las líneas Iberia pueda ya tomar tierra a principios de junio venidero.

La cuestión de la luz está en manos del I. N. I. En la última sesión del Municipio se han puesto sobre el tapete, por parte de la Alcaldía, revelaciones esperanzadoras. Esto quiere decir que, para el próximo estío, uno podrá cenar tranquilo, sin temor a perder de vista, durante unos segundos, su bistec.

En cuanto a los horarios y frecuencias de los barcos, creo que la Compañía Transmediterránea ha puesto bien el huevo, pero se ha olvidado de cacarear. Desde Valencia, Alicante, Barcelona y Palma se puede venir a Ibiza casi a

diario, cómodamente, en buenas motonaves. Un pasaje en cubierta cuesta unos quince duros. Por veinte duros le darán liteno. Si es usted una persona joven y le gusta cantar a la luz de la luna, pida un simple billete de cubierta y colóquese cerca de un grupito alemán. Pasará una gran noche. En las puestas del año venidero, hay que rogar a la Compañía armadora que cacaree con mayor claridad, es decir, que publique mayormente sus horarios.

En cuanto a la cuestión del alojamiento hotelero, dos potentes Empresas están avizorando la cuestión del aeródromo. Opino que el aeródromo depende del problema hotelero, que el problema hotelero depende del aeródromo y que la laxitud naviera transportista deriva de la falta de rivalidad. Creo, por tanto, que todos los puntos hasta ahora expuestos confluyen—electricidad a parte—en la falta de un campo de aterrizaje. En cuanto asome el ala del primer avión con destino a esta isla se dará lo demás, por estimable añadidura...

TRES HORAS DE CAMINO PARA ENCONTRAR NOVIA

En Ibiza existe un resentimiento imborrable contra determinados escritores peninsulares: Félix Ros, Gil Tovar, Caro Baroja y Blasco Ibáñez, entre otros. De ahí viene el punto seis del cuestionario de problemas. De ahí viene la «leyenda negra», según ellos. Al admirable novelista valenciano Blasco Ibáñez no le perdonarán

jamás su obra «Los muertos mandan». Sin dejar de reconocer el intrínseco mérito de esta novela, los ibicencos juran y rejurán que todo lo esencial en ella es falso. El canónigo Macabich me decía ayer que Blasco Ibáñez estuvo sólo cinco días en Ibiza —de correo a correo—, y que de lo poco que pudo catar en un tiempo tan breve se sacó la novela de la manga. Es en vano que usted le valore al ibicenco la difusión de la obra de don Vicente.

—Si Ibiza es conocida en todo el mundo —le opuse al sacerdote— ello se debe casi íntegramente a la novela «Los muertos mandan»...

—Desdénamos el conocimiento columnoso... —opuso él.

Veo que entre unas y otras cosas, estoy llegando al término de estos papeles sin explicarle a usted en qué consiste, esencialmente, la base de ese resquemor.

Le resumiré un hecho, una costumbre aun no extinguida aquí: la del «festeig» en el campo. La muchacha —la «atlotá», en cuanto está en edad de merecer, tiene la obligación de dejar que los «atlots» —los jóvenes— la conozcan, la traten. Esto —además de obligación— es una especie de necesidad fundada por Adán y Eva cuando vivían ambos en el Paraíso. En parte a causa de la dificultad en las comunicaciones, se cimentó en Ibiza la costumbre de que la «atlotá» señalase a sus conocedores —a sus «festejadores»— uno o dos días a la semana para hablar con ellos, circunstancia condicionada a la comodidad y recato propios de una joven. Quiero con esto justificar el hecho de que la «atlotá» recibiera en su casa, por la noche, y en presencia de su familia, a los «atlots» que pretendieran dialogar con ella un rato. A partir de los dieciséis años todos cuantos «atlots» sintiesen su relativo interés por una determinada muchacha podían presentarse después de la cena, en días preestablecidos, a la puerta de la casa habitada por ésta. Muchacho había que se encontraba en la necesidad de andar tres horas de camino y más para ello.

AMBIENTE PASIONAL Y ANTIGUO

Figúrese ahora usted la masa ibicencas en una noche entre cru-

da y hermosa, inverniza. Luna en los algarrobos, acetiñanas vertidas sobre el suelo, murmullos vegetales en el campo; el mar, oculto en algún sitio, hacia los cuatro sitios del paisaje. Usted se llama «Pep», nació en Ibiza, trabaja en el campo, lleva en la sangre una turbadora mezcla de razas marineras. Usted es cartaginés y moro, y griego, y turco, y catalán. Sus abuelos lucharon a rebato con los corsarios de los siglos muertos, fueron corsarios por necesidad, corsarios con patente real, socios de las reales casas madrileñas. Sus abuelos tuvieron que piratear un poco por la Berbería para obtener esclavos como materia prima de intercambio, cambalachearon hermanas de cristiano con hermanas de moro y supieron batirse en mar abierto, a cañonazo limpio, como mandan los cánones del destripavelamen. Toda su raza, todo su clan isleño, señor mío, ha vivido sin más que lazos débiles de unión con la Península. Usted y los suyos han debido bastarse año tras año, centuria tras centuria. Ustedes no han contado con el mundo, durante cinco siglos más que como una fuente inspiradora de terror. Usted ha vivido —le hablo de su raza— en vigilancia, en sangre...; ha aprendido a luchar, a defenderse, a sentirse guerrero en todos los momentos de su vida. El Imperio español le olvidó por exceso de grandeza...

Usted, heredero de ese estado de sangre, de ese estado de espíritu, tiene sus tradiciones, vive aferrado a ellas. Tiene usted su cuchillo, su juventud, su arma de fuego, su noche solitaria, su amor por una «Marguerida» que habita en una casa rodeada de almen-dros. Acude a «festejar-la», a cortejarla un rato, y tropieza con diez o con veinte rivales en la puerta de su casa.

Cuando ella y los suyos han cenado, el abuelo, jefe del clan, abre la puerta y entra usted, señor, mezclado con los diez o veinte «atlots». Se sienta, habla en familia con aquellas personas, pasea la mirada por el poyo casero, por el viejo huso encorvador de ancianas, parpadea ante la mariposuela del «quinqué». Mientras dice bobadas sobre el tiempo, mientras escruta hacia el lugar por donde debe aparecer la

«atlotá» de sus retelas, mide el terreno, piensa lo que le va a decir, calcula la importancia de sus rivales. Algunos han venido simplemente a conversar, a deleitarse un rato ante unos ojos bellos. Otros desean no cejar hasta llenarle a la «atlotá» los dedos con anillos, con los diez y ocho anillos que marcan compromiso en matrimonio.

tre sensual e ingenua, su «atlotá» sale, al cabo, pilotada por la negra figura de su madre. Saluda a todos los presentes, se inclina y, apartándose, se sienta en un extremo, junto al lar, y crujen sus ocho o diez faldellines al hacerlo. La madre, a pocos pasos, adopta una actitud de confitura ácida. El viejo de la casa indica, con un gesto, que el «festeig» puede comenzar, por riguroso turno. Así, el primer galán que ha llegado a la puerta de la casa corre a sentarse cerca de la payesuela. Un San Roque bendito y mal vestido juega al brillo entre sombras. Ronca, en una alcoba próxima, un tiarrón antiguo, quizá viudo. Los hombres de la casa juegan a los naipes o hablan de un viejo viaje clavado con aguja en su memoria: un viaje por mar, a Odesa o al mar Rojo. Usted, mientras espera que le corresponda el turno, tiene que hablar con todos sus rivales, y ha de sonreír un poco porque está en casa ajena. Usted es apasionado, celoso, susceptible, por cosas de su raza y de su especial sentido de la dignidad varonil. Espía con el raballo del ojo a los rivales que desfilan ante su «Marguerida», y le hablan.

El hombre que ha llegado antes que usted lleva ya mucho tiempo, demasiado tiempo, con la «atlotá». Usted le arroja alguna piedrecita, suavemente. El otro, embabecado, ni se entera. ¿Qué pasa entonces?... Depende de todo. Depende de cómo reaccione el otro, de cómo se produzca usted. Según los cánones antiguos —hoy en desuso, por fortuna—, ha surgido la ofensa. Y la ofensa es terrible, es mortal. Toda su suavidad de corazón, toda su bondad innata, señor mío, fermentarán en odio. Usted perseguirá al rival, le citará en la noche, le llamará desde los campos, desde las alquerías, con su «ucn», con su grito bravo, ululante:

—«Yuayuuuuuuuuayyyuuúúú...
Yayayáyayáá...»

La noche entera será oculto padrino de su lucha. Nadie se enterará de nada. Al que vuelva a su casa por sus pasos, no le habrá visto una sola persona. La historia suya podrá retroceder cien años, o doscientos, o más... Ibiza parpadea ante los hechos pasionales...

UNA PRISION TRANQUILA, SIN GENTE...

Las historias de «festeig» son el tabú local. Al forastero —y más si es un forastero aficionado a escribir cosas— se le suele leer esa cuestión con mucho tacto. No entiendo para qué. Si el «festeig» aún existe —es bastante frecuente en la parroquia de San José, por ejemplo—, no puedo concebir la causa de ese ocultamiento.

Sin embargo, a quien pretenda desfigurar la realidad de Ibiza se le puede batir con estadísticas de fondo carcelario. En febrero de este año, en la cárcel de Ibiza, no había ni una rata. De cara al sensacionalismo, no me conviene a mí explicar eso. A usted le encantaría, tal vez, una crónica dura, con verdugo por medic. Pero no hay tal.

Jaime POL GIRBAL
(Enviado especial)



De izquierda a derecha: El poeta ibicenco Mariano Villangomez, arqueólogo don José María Mañó de Angulo, nuestro enviado especial Jaime Pol Girbal y don José Tuells, en el puerto de Ibiza

RAMON

DESDE EL OTRO LADO DEL CHARCO

INVENTARIO

LA ADMIRACION Y SUS SIGNOS

—¿Usted sabe admirar?

—Sí; yo sé admirar.

—Entonces usted es un bien nacido.

Un escritor ha dicho que «lo que separa al hombre del animal es su capacidad de admiración».

La raquítica envidia es la que más se opone a la admiración, y hay quien no escribe una carta por no poner un encabezamiento admirativo.

Lo peor de un hombre es que no tenga una admiración desinteresada.

La indiferencia de los tiempos, el «no molestarse», la apatía, el no temer lo que opina de nuestros fervores el más leve, han hecho que la admiración se haya reducido mucho.

El ejemplo de lo que podríamos llamar muchas admiraciones, o sea las que no se tienen a un hombre de espíritu y de ideales, sino a un hombre sensacional, circunstancialmente, también ha influido en el replegarse de la buena admiración.

Siendo un sentimiento dichoso, ha sido envenenado por los que malogran todo sentimiento feliz y noble.

A nadie arruina la admiración, sino que, por el contrario, acrece su riqueza, y el admirador, después de haber tomado mucho de su renta admirativa, se encuentra más acrecida su fortuna. Ha podido hacer un gran regalo, estableciendo un premio que lleva su nombre propio y no ha gastado nada.

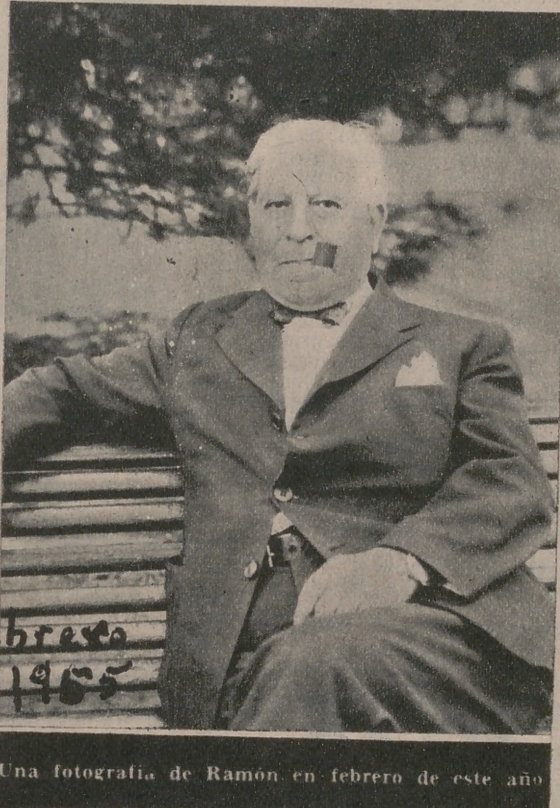
La admiración compensa de muchas injusticias, arregla hasta el hambre del trabajador heroico, da luz en los momentos en que alguien se sentía rodeado de oscuridad y es oro de medalla—no de moneda—que está prohibido vender o empeñar.

No os avergoncéis de tener admiraciones, pues ellas os categorizarán sobre los demás y además os revelarán que no tenéis una mente seca y que no brota de vuestro corazón el manantial que más depura al hombre.

Entre las cosas que han rebajado el entusiasmo del alma que supone la admiración, ha figurado como principal factor el que en las máquinas de escribir sólo haya quedado uno de sus signos y en muchas de las más modernas ninguno.

Ya estaba mal lo que venía sucediendo con la interrogación que estaba al frente, la de signo de cierre, la que acaba el paréntesis interrogante, y esa no ha sido suprimida también porque en las cartas a máquina hay que preguntar muchas cosas como: «¿Cuándo me va usted a pagar?» Me nos mal.

El castellano, en su leal franqueza, exige que la interrogante comience su duda desde el principio de párrafo y no se deja a la sorpresa final de ese



Una fotografía de Ramón en febrero de este año

único interrogante que emplean muchos otros idiomas.

El castellano también necesita, porque es una lengua mística, declamativa—no declamatoria—, el empleo constante de los signos de admiración.

Esa supresión en las máquinas de escribir actuales de las dos lágrimas pasionales de lo escrito hace que los originales a la imprenta vayan sin sus necesarios signos de admiración, y así, poco a poco, se vaya perdiendo su vigor exclamativo, esa espontaneidad ferviente que suponían esos pendientes que de vez en cuando necesita el párrafo.

Ya en una sola admiración el pensamiento pasional quedaba tuerto; así que ahora queda como ciego.

Esa supresión de las admiraciones considerándolas superfluas ha quitado tono, exuberancia y emoción a lo escrito.

A veces las necesitamos tanto que pedimos a la mecanógrafa: «Déjeme un hueco para que entre una admiración».

Ya no hay admiraciones para secundar la admiración por un monumento o un cuadro, ni admiraciones para señalar el dolor, la exasperación, el gesto ante lo inaudito.

¿Cómo nos vamos a quedar para siempre sin esos signos necesarios?

Es menester que vuelva a su sitio, que responda a la articulación de pájaro que mueve cada letra, jaleando, mimando, exaltando lo escrito.

¡Que nos devuelvan las ayayais que vivían en los sorpresivos palotes con un punto expresivo en lo alto de entrada, y otro de funeraria de salida!

NUEVA TEORIA DE LOS SUEÑOS

Al margen de los sueños, porque yo no duermo de noche, sino de día, he podido sorprender su secreto fatídico.

Primero creí que mis sueños de dormir los tenía otro que no era yo, un resentido, un iluso que vivía parasitario en mí y que como no le hacía ningún caso aparecía a veces en mis sueños.

Los sueños me parecieron durante algún tiempo de un ansioso vulgar o de un enemigo—la parte enemiga de mí mismo que se aglomera en un rincón de mí ser—, pero no hice ningún caso a sus insinuaciones y a sus calumnias, que cuando eran muy fuertes me hacían levantar, dejándole a él—a mi otro yo—que siguiese soñando o durmiendo por su cuenta.

De todos modos yo seguí vigilándoles, estudiándoles, pillándoles por sorpresa en horas en que tienen las alas menos negras, de un color repulsivo como el de los murciélagos por la mañana. En esa invención mía de un «doble» había algo rechazable, pues con un poco más resultaba yo un metempsicótico.

¿Qué mecanismo sigiloso, ensañado, de larga premeditación, había en el sueño? ¿De dónde provenía esa picardía excesiva que después de un largo preámbulo engañoso nos precipita en un cruel desenlace?

La opinión de la «Llave de los sueños», de Phalador, según la cual hay dos realidades, una la de los sueños y otra la de la realidad del mundo, no me convencía. No creía tampoco, con Freud, que son deseos incumplidos, ni con Adler, que cree que son deseos adelantados.

Algo se amparaba en esa cámara oscura en que nos metíamos a dormir, y yo le buscaba las vueltas valiéndome para eso de mi dormir a deshora, cuando la mañana ha añadido dos a tres horas al alba.

Desde luego, como trasnochador que cree con el poeta chino que «cada minuto de la noche es una casa de oro», he irritado mucho al Sueño y cuando alguna vez me acuesto temprano se venga de mí ensañadamente y se precipitan sobre mí dormidos los sueños que me estaban esperando haciendo cola, una cola constrictora y dañina, que hace que me levante jurando no volver a dormir temprano hasta que me muera.

Por eso es desalentador lo onírico, porque tiene ese fondo lubeziano que no forma parte del que duermo, y de ahí la presencia de los incubos y los sucubos del mundo antiguo.

El sueño es una venganza de los diablos, el espíritu infernal que domina la noche del agua subterránea de todos los sueños mezclados en la gruta negra, todos al nivel del mismo rasero, mezclados los malos instintos en ese albañal.

Los sueños no son deseos incumplidos, sino mezclas del ser humano que cae en esas aguas en que todos encuentran su piscina negra.

El sueño de noche es dominado por esa maledicencia y esa mala tentación general que domina al antro soñador. Por eso el poeta no puede dormir por la noche, porque es zarandeado por ese abyecto sueño comunal.

El poeta ha de practicar en la vigilia el sueño de la vida y no el sueño del sueño encañado y sombrío de la noche.

RAMON Gómez de la Serna



Buen muletazo -alto de Casca

¡¡ AFEITASE CON CUALQUIER HOJA!!

PERO ANTES USE

MASAJE-CREMA

Kexttery

Las hojas duran más, cortan mejor

Especialmente indicado para barbas delicadas, enfermas é 'imposibles' y con barba normal se afeitará muchísimo mejor.

EL MAS CIENTIFICO Y ECONOMICO DE LOS MASAJES

Tubo normal para más de 40 aplicaciones 11'65^{ctas}
 " doble concentrado " " 14'80^{ctas}

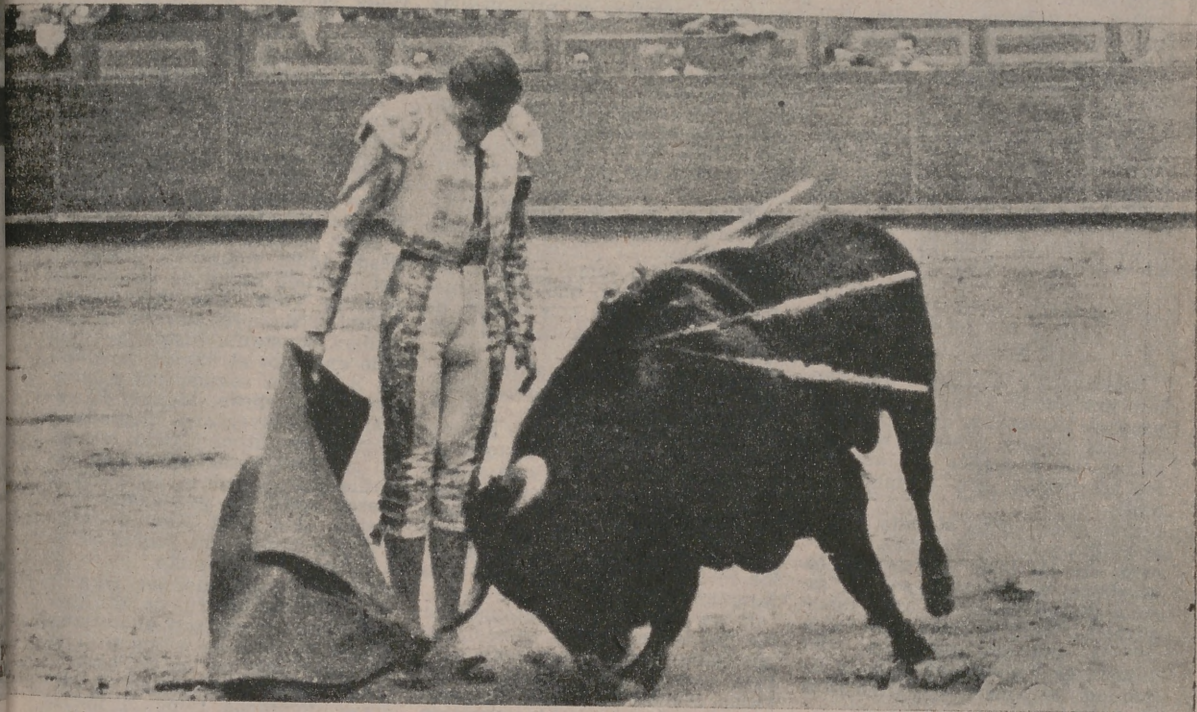
DE NO ENCONTRARLO EN SU LOCALIDAD LO REMITEREMOS A REEMBOLSO. APARTADO 1.185 - BARCELONA

EL ESPAÑOL - Pág. 54



Manuel Casta
hombres por
iles de Bu

CASCALES, UN TORERO CARO



UNA MULETA CLASICA DE INSPIRACION MODERNA

PROFETA EN SU TIERRA Y FUERA DE ELLA

ATADOR DE TOROS CON "ESCUELA" PROPIA

HACE veintidós años Murcia no sabía nada. Ni tenía siquiera el presentimiento de la biografía. Porque Manolo Cascales no había nacido para que los años pudieran ser cronologados.

Fué, precisamente, el día 1 de agosto de ahora hace el mismo tiempo que contamos: el 1 de agosto de 1934. El padre se llamaba Pedro Cascales Sánchez, y era de Alcantarilla; la madre tiene por nombre Concepción Hilla Díaz, y estaba entonces reunida con la abuela.

A las doce y media de la noche, en Murcia, en la casa de la «buela, nace un niño rubio y hermoso.

—Una guapura de hijo—diría la madre al contemplar al nuevo chico.

Está allí presente también el abuelo materno.

—Si el primero se llamó como el padre, éste ha de llamarse como yo—y el abuelo se quedó tan contento porque intuyó que luego en la historia su ahijado, aunque él en el momento no lo supiera,



Un plástico pase de muleta de Manuel Cascales, dueño de una plaza particular en Murcia, donde ensaya sus condiciones de «artífice del toreo»

perpetuaría su nombre con las letras de la fama.

La familia Cascales, pues, que vive en Alcantarilla, que posee allí mismo una fábrica de conservas y un almacén de salazones y coloniales en Murcia, está contenta. Nació bien el pequeño Manolo y había, por tanto, que celebrar con un bautizo de rumbo el acontecimiento.

El 6 de agosto—cinco días tan sólo de plazo—el párroco de la iglesia de San Bartolomé alzaba la concha bautismal sobre la rubia cabeza del neófito. Sostiene el padrino—Miguel Zapata—, y luego la madrina—Salud Cascales—. El chico chupa la sal y se relame. Los asistentes, luego, comieron y bebieron. Por algo había nacido el segundo de la familia; una familia menuda que, pasado el tiempo, llegaría hasta los ocho.

A LOS OCHO AÑOS RE- PARTE IMAGINACION ENTRE SUS AMIGOS

Crece, como los libros que van imprimiéndose, el muchacho. Ya pasó el tiempo en que don Pascual, el primer profesor que tuvieron los pequeños, les enseñara las letras que forman las bases.

Seis años tiene Manolo y siete Pedro, y cinco Eduardo, el tercero de la serie fraterna. Los Maristas en Murcia son la escolar disciplina de los años inaugurales. Clase a clase, las aulas de la diáfana población del sureste de España saben de la fidelidad de los tres hermanos Cascales.

Han pasado dos años. Los chicos, casi en cada hora, van siendo diferentes como el avance de los conocimientos físicos en el mundo. Y un día el abuelo Manuel habla con los padres:

—Yo creo que debéis de mandar a los muchachos al colegio de los Jesuitas de Orihuela. Allí fué donde yo estudié. Y creo, de verdad, que les aprovechará.

A principios, pues, del curso que comienza en octubre de 1942, los tres hermanos—Pedro, Manuel y Eduardo—son llevados a Orihuela.

Los recibe el director.

—¿Con que vosotros sois los nietos de don Manuel Cascales? Y comienza el curso.

Los tres hermanos—tres igualdades en los sentimientos—son alumnos y compañeros a la vez. Y para ellos, también para todos, poco a poco, van cayendo las enseñanzas del padre Garcerá, del hermano Sempérez y del profesor Frau. Unas enseñanzas que—tres entre seiscientos—aprovecharán de manera distinta a cada uno.

A cada uno, sí; pero a Manolo, menos. Porque Manolo no tiene ganas de estudiar. No es que no pueda, es que no quiere, no le gusta. El ama la libertad, esa libertad en la que suelen soñar los escolares y que se materializa en un campo ancho para correr, un río tranquilo para nadar, un bosque espeso para explorar la arboleda y un sol caliente y abrasador para tostarse, impecablemente, la piel.

Manolo, entre explicación y explicación, dibuja.

—Cascales, déjame el bloc.

Son los compañeros los que desean.

Y Manolo, orgulloso de su obra mínima, enseña la muestra. Junto a su pupitre los compañeros menudos contemplan el espectáculo.

—¿Qué hacen ahí ustedes?

—Hermano, estamos viendo cine.

El cine lo proyectó el segundo de los Cascales, y son medias cuartillas con figuras dibujadas en posiciones distintas de un mismo movimiento, que, al pasarse rápidas, unas a continuación de otras, producen la sensación de una película de dibujos.

—Venga, cada uno a su sitio.

Hoy nos toca explicar los polígonos.

Manolo Cascales, desde su sitio, sobre su tablero, no hace más que dibujar. El profesor se cree que el alumno toma apuntes, los compañeros saben que no. A media clase ningún compañero de los alrededores levanta ya la cabeza.

—¿Qué tiene usted ahí?

—Nada hermano, el libro.

El libro figurado eran páginas de artesanos «tebeos» que Manolo Cascales dibujaba; historietas, aventuras, emociones con diálogos estupendos, con ocurrencias mejores que la longitud del semiperímetro de un polígono de siete lados o que la suma de los ángulos internos de un triángulo rectángulo.

Y en la clase de matemáticas, los habitantes de las inmediaciones tenían, por fuerza, nota baja. Pero imaginación alta y aventurada: Manolo Cascales, con ocho años de edad, la había repartido.

DOS VECES ESCAPADO DEL COLEGIO

La plaza de los Apóstoles, en Murcia, es una plaza solemne, una plaza tradicional. En el número 3 de ella vive la familia Cascales.

Estamos en el mes de mayo de 1943. Un mes—como todos los mayos—establecido especialmente para caminar por los campos, para andar por el mundo, para hacer auténtica realidad el tópico de las flores y de los pájaros.

Manolo Cascales, desde su aula de Orihuela, ve elevarse, lozanas, las palmeras; florecer, apretados, los rosales; enverdecer, firmes, los macizos. Y Manolo Cascales decide:

—Me voy.

Veinticinco kilómetros hay, por carretera, desde Orihuela a Murcia. Seis horas de camino, como poco. Manuel Cascales empezó, una mañana, el recorrido.

A las siete de la tarde la plaza de los Apóstoles ve aparecer la figura escasa del alumno escapado. Sube las escaleras y llama a la puerta. Abre la criada.

—Manolito... ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

El muchacho por toda respuesta dió una:

—Quiero merendar...

Vinieron, avisados con urgencia, los padres.

—Mira, mamá; yo te echo mucho de menos allí y por eso he venido. Además, creo que estoy enfermo; no puedo estar en el colegio.

Manolo Cascales, después de la justificación, siguió merendando. Y hubo, por tanto, tranquilidad

en la familia; por lo menos en lo que se refería a la salud del fugitivo.

Resumen: Manolo empezó, aquel día mismo, las vacaciones de verano. Y juega con los amigos al fútbol, y cuenta cómo se quedó campeón con el equipo de su clase, y los estupendos despejes que hacía cuando era defensa derecho, con unas botas grandes como barcazas de río, y dibujaba, incluso, el día que ganaron la Liga entre las oriolanas brigadas primera, segunda, tercera y cuarta del amplio y jesuítico colegio.

Pero la historia, hasta en la pura singularidad del individuo, tiene sus ciclos y sus coyunturas; incluso, los acontecimientos se repiten como una constante humana que sale a flote por necesidad de la persona.

Han pasado casi cinco años desde aquel voluntario abandono del segundo lugar de los conocimientos. Los tres hermanos—juntos siempre, como otra verdadera constante histórica—han sido enviados al colegio de Alfonso XII, a la sombra del escurialense Monasterio. Manuel Cascales, entre aventura dibujada y partido de fútbol jugado, estudia, en su edad justa, tercero de bachillerato. El curso dura nueve meses, como las gestaciones completas. Mas para Manuel Cascales, por disposición propia, se va a terminar en el sexto.

Hace tiempo que por la estación del ferrocarril de El Escorial pasan y repasan unos trenes eléctricos, veloces e importantes. Manuel Cascales los ha contemplado muchas veces; tantas, casi como domingos tiene el tiempo de la residencia. Y Manuel Cascales, un día, se decide. Baja a la estación, llega a la taquilla y pide, seguro:

—Un tercera para Madrid.

Luego, en la madrileña estación del Norte, un taxi.

Manuel Hilla es un hermano de la madre de Manolo que está estudiando en la capital la carrera de ingeniero. El saludo es simple y efectivo:

—Hola, tío; me he venido de El Escorial.

—¡Pero, muchacho! ¿Te ocurre algo?

En la respuesta estaba la línea recta de los hechos que pasaron:

—Creo que estoy enfermo. Me quiero volver a Murcia.

Pero Manolo Cascales comió cenó y volvió a comer y a cenar los días siguientes con un apetito digno de envidiabilidad.

Hasta que, avisado, llegó el padre.

Y las vacaciones, bajo el preocupado signo de la familiar incertidumbre en cuanto al estudio, so porvenir, volvieron a comenzar más temprano todavía para el segundo de los Cascales, que soñaba, antes que nada, con la libertad de los estupendos mundos infantiles.

LOS TRES PRIMEROS BECERROS EN UNA GRAN NADERIA DE LINAR

El padre de Manolo era un buen aficionado a la fiesta de toros; un aficionado verdaderamente sabiduría y calibramiento. Cuando hay corrida, en Murcia don Pedro Cascales no ha de estar en el tendido. Unas veces solo, otras con los amigos, otros

con los hijos que empiezan a ser mayores.

No hace apenas cuatro meses que Manolo regresó de su último colegio. Pero aquel día don Pedro Cascales está de buen humor y no se acuerda de la escapada.

—Vamos, Manolo; hoy te vienes conmigo a la corrida.

Manuel Cascales, en aquella su primera tarde, va a ver torear a un coloso de la historia del toreo de todos los tiempos: a Manolete. Y en la misma fecha, a Arruza también.

Manolo salió pensativo.

Llegó, con la inexorabilidad de las fatalidades, el momento del comienzo del curso nuevo. Y llegó, con la precisión de los eclipses, la pregunta que estaba naciendo desde hacía ya muchas semanas.

—Bueno, Manolo, hijo; tú nos dirás si quieres estudiar.

Manuel Cascales estuvo largo rato sin respuesta.

—¿Quiéres volver al colegio de El Escorial?

Manuel Cascales se definió, cierto, como los disparos de un fusil de precisión.

—Yo no quiero estudiar.

Estaba delante el abuelo. Y el abuelo mismo fué el que hizo la pregunta nueva:

—Pues tú dirás lo que quieres ser.

Por la memoria pasaron los muletazos lentos, templados y largos de Manuel Rodríguez, maestro que fué de la torería.

—Yo quiero ser torero.

Los padres le hicieron el mismo caso que si hubiera dicho que quería ser buscador de oro en el fondo de los mares.

Pero en la frase hubo, por lo pronto, una victoria para el desaparecido alumno: Manuel Cascales no volvió aquel curso a colegio alguno.

El deseo del muchacho se va sosteniendo, asentando y solidificando como los cimientos de un sólido edificio de metálica estructura. Y se llega, en esta posición, al mes de abril de 1948.

Quiere don Pedro Cascales probar, de una vez, si su hijo sirve para lo que el propio muchacho asegura o, de paso, ver si con unos buenos revolcones la afición desaparece por los caminos más ciertos y duraderos, por los del miedo.

Un día da la noticia.

—Manolo, mañana nos vamos a Linares, a la ganadería de don Julio Garrido, para que torees unos becerros. Prepárate, porque va a ser como si te examinaras de todos los cursos de bachillerato.

Manolo no contestó; se limitó a que le rebrillaran los ojos.

La expedición va compuesta por el torero futuro, por el padre del torero futuro y por el tío del torero futuro, don Juan José Martínez Castaños, el único de la familia que tenía, en el comienzo, fe verdadera en el sobrino.

La pequeña plaza de don Julio Garrido parece al muchacho en prueba una circunferencia de más de cien kilómetros de radio. Manolo nota que, sin querer, una especie de temblorcillo le entra por las piernas, le sigue por el cuerpo y le sale por la cabeza. Tiene alborotado su pelo rubio; en las



Antonio Bienvenida, maestro de la torería, da la alternativa a Manuel Cascales en la plaza de Murcia. A tal señor, tal honor

manos sostiene un capote de brega que le prestaron por allí.

—Esta es tu ocasión, Manolo; ahora vamos a ver a los valientes.

Manolo torea tres becerros. Y para ser la primera vez, Manolo no está, ni mucho menos, desafortunado. Entre revolcón y revolconillo, Manolo perfila lances, cambia la muleta, torea al natural como él viera hacerlo a los toreros de tronio. En el empuje hay un halo personal, un duende singular que los entendidos de la tienta captan al instante.

—Don Pedro, su chico va para torero caro.

Cuando volvía la familia, en medio del silencio, un aprehensor de pensamientos podía haberlos descubierto así.

—Vaya un sobrino que tengo...

—En cuanto llegue a Murcia tengo que torear más...

—Ahora resulta que mi Manolo va a ser torero de verdad. Lo que dirá su madre...

Cuando llegaron a la casa, en lo alto, estaban, solitarias y limpidas, las constelaciones de la primavera.

UNA PLAZA DE TOROS PARA EL SOLO

Los tres pensamientos, pues, van a convertirse en tres realidades.

El tío defiende ante la familia las aspiraciones del muchacho; el sobrino, con sus ahorros, se compra un capote de brega y marcha a entrenarse en la plaza de toros de Murcia, donde Angel Belmar, el portero, ya le conoce; el padre, en vista de la seriedad del asunto, decide dar facilidades al hijo para que, al igual que los otros van a estudiar una carrera, éste puede, también, estudiar la suya.

La facilidad se llama el regalo de una particular plaza de toros para el segundo de la progenie, que se había empeñado en ser —¿por qué no?— torero de fila primera.

En su plaza de «Villa Felices», en Alcantarilla, cuando apenas tenía dieciséis años

«Villa Felices» es la finca de los Cascales en Alcantarilla. A mediados de 1949 «Villa Felices» ve, todos los días, avanzar el trabajo de una cuadrilla de albañiles. Por las tertulias del bonito poblado murciano una frase se comenta:

—Don Pedro Cascales está haciendo una plaza de toros para su hijo.

El 15 de septiembre de 1949 hay corrida de inauguración en el novísimo coso recién terminado. Dos vacas y dos novillos de Adolfo Avilés hace varios días que están encerrados en los corrales.

Manolo ya los conoce; sabe la longitud del cuerno derecho del negro meano y la fuerza de la vaca retinta que bufa y rebufa en el chiquero. Manolo ha ido a verlos muchas veces, todos los días; Los conoce de memoria. Son, al fin y al cabo, los libros móviles en donde va a estudiar las primeras lecciones.



Apenas hay espectadores en la plaza. Nada más que el padre, los tres hermanos—Pedro, Eduardo y Carlos—y el tío Juan José. Y luego algunos más para ayudar.

Manolito Cascales, aquel día, se sintió importante, con la importancia feliz que da el triunfo, aunque el triunfo sólo lo hubieran presenciado una docena de personas. Manolito Cascales toreó todo lo que quiso. Y toreó, para ser la vez segunda, mucho mejor que la primera. Toreó tan bien, tan fino, tan estilizado, tan elegante, que el padre dijo en las conversaciones.

—Este Manolo va a ser un torero de verdad.

Manolo, desde aquel día, se ha convertido el centro de gravedad de la familia.

Así todo el año y el siguiente. Por allí pasa Parrita, corinto y oro, y muchos críticos, toreros y personas entendidas.

El juicio es uniforme:

—Un gran torero, don Pedro; un gran torero.

A primeros de 1950 fueron a la plaza de toros de Murcia los «Charros mejicanos». Los cuatro hermanos, al día siguiente, en la placita de «Villa Felices», hicieron con un novillo exactamente lo mismo que los profesionales del rceño: lo montaron, lo ataron, lo corrieron...

Manuel Cascales se pasa, pues, el año 1950 toreando en la plaza que el padre levantara para él. Van y vienen novillos, vacas, becerros de casta y de bravura.

Todos se torea. Algunos tanto, tanto, que ya, al final, había que darlos de comer en la mano. Como aquel novillo veleta al que Manolo besaba en el testuz.

EN LA PRIMERA NOVILLADA EL PADRE HACE DE EMPRESARIO

Cehégín es un pueblo de Murcia, pino y cresto, como las dificultades que aun no fueron vencidas.

El día primero de octubre de 1950 Cehégín estrena cartel de toros. Cuatro novillos de Rodríguez Pacheco para Fernando Rojo «Nelita» y Manuel Cascales; otro novillo más para el rejoneador Juanito Balaña.

Manuel Cascales, por disposición paterna, va a torear por vez primera vestido de luces.

El padre había dicho:

—No es que yo quiera que mi hijo sea torero; lo que yo deseo de verdad es que, si él lo quiere, por mi parte no encontrará más que facilidades.

Después de la plaza de «Villa Felices» don Pedro Cascales se hace empresario en esta novillada de Cehégín; empresario sin beneficio monetario, pues el festejo fué montado, exclusivamente, para que saliera su chico.

Manuel Cascales ya está a punto para torear novillos sin picadores por las plazas diversas.

Aquel día, pues, a las cuatro de la tarde, Manuel Cascales, en presencia de su padre, se apricta bien los machos, se ajusta la tagleguilla, se ciñe la faja, se pone la casaquilla y se encasqueta la montera. Viste un traje azul y oro que en Madrid se lo hiciera expresamente Luis Alvarez para él.

Manuel Cascales se ha abierto de capa frente a su novillo primero. Seis verónicas justas, inamovibles, bajas las manos, ha

sido la llamada del estreno. Luego, dos estatuarios impercederos. Y al final, cuatro orejas y dos rabos como resumen, con paseo a hombros por las calles entusiasmadas.

Manolo es ya una presencia en el comienzo.

A últimos de octubre Manolo va a torear su segunda novillada sin picadores. Torre Pacheco es la plaza y los compañeros, Juanito Sánchez, de Murcia, y Antonio Márquez, de Valencia. Otro triunfo. Dos en dos, como si jugara a los dados con suerte extraordinaria.

MURCIA ESTRENA TORERO

Manuel Cascales decidió de pequeño ser torero y ha empezado a serlo. Ya ha toreado becerros, ya se ha vestido de luces, ya ha cortado orejas, ya ha salido a hombros. Únicamente le falta, para completar el conjunto, tener un apoderado. Pero en febrero de 1951 va a adquirirlo.

Don Pedro Cascales había conocido en Bilbao al veterano lidiador de reses bravas Serafín Vigila del Torco, «Torquito». Y el padre decidió que, para su hijo, aquel hombre podría ser el complemento justo y directo, como en una perfecta oración gramatical.

Torquito ha visto torear a Manolo en la ganadería de Jacobo Mazuquelli. Y ha observado en el chico un toreo singular, un estilo que recordaba al difunto to Manolete, con la inspiración y la personalidad del joven novillero. Serafín Vigila, «Torquito», empieza, pues, su labor aquel año, contratando la primera novillada de la temporada. Burgos es la plaza y el Corpus la festividad escogida; una fecha reclamatione taurina, digna de las figuras hechas de la torería.

Rayito y Manolo Cano son sus compañeros, y orejas y rabo las señales de la conquista. Al domingo siguiente, por petición y ante el éxito, Manolo Cascales se repite. César Girón y el mismo Manolo Cano alternan con el torero de Murcia. Y el triunfo, como la constancia misma, vuelve a repetirse.

Ya está Manolo Cascales embalado de verdad. Y torea todo lo que le echen.

Era el 31 de julio de 1951; la plaza se llamaba Azpeitia y el compañero Alfonso Galera. En los corrales hay encerrados cuatro novillos poderosos de Isafas y Tulio Vázquez. Más de trescientos kilos cada uno. Manuel Cascales, con cada uno, dibuja el toreo. Luego, en casa, hubo que esconder la fotografía para que, ante el tamaño, no se asustase la familia.

En agosto, toreando en «Villa Felices», viene el anuncio:

—Manolo, el 25 en Cieza, con picadores.

Al novillo de «Villa Felices», después de las palabras, Manolo le dió, seguidos, cuarenta naturales.

Cieza es, pues, la plaza. Y el cartel, de los de postín: Montero, Pedrés y Manolo Cascales; novillos de María Teresa Oliveira. Y el final, el de siempre. La región de Murcia empieza, en la generalidad, a conocerle.

El 20 de octubre, en Murcia, hace un día sereno y apacible. El

río Segura va calmo y despacio, como queriendo pulsar los latidos sonoros del acontecimiento.

Por la calle de la Trapería, por las tertulias de la Platería, la expectación va y viene como si las palabras estuvieran en un desfile de potros escogidos.

—Hoy torea el chico de don Pedro.

—Creo que es bueno el muchacho.

—En Cieza estuvo superior.

Manolo Cascales siempre soñó vestirse de torero en el hotel Victoria. En la habitación hay mucha gente: el padre, los amigos, el mozo de espadas. Manuel Cascales ha estrenado un traje flamante y relucido. Si la madre le viera no podría por menos de repetir:

—Es una guapura de hijo, pero, Virgencita de la Fuensanta, que no me lo quite un toro.

La plaza tiembla de esperanza. Allí va, a la derecha, Ramón Barrera, a la izquierda, Francisco Hernández, en el centro, un rubio muchacho de Murcia, marcando el paseillo. Descubierto, la montera en la derecha, pausado, elegante en el caminar.

Dos novillos recortados y bonitos de Víctor y Marín se van sin orejas al desolladero. Manuel Cascales vuela a hombros por las calles estremeceadas de su ciudad.

Por la calle de la Trapería, en las tertulias de la Platería, las palabras ahora sí que van y vienen como potros desbocados, como potros incontenibles:

—El hijo de don Pedro es un torerazo.

—En la vida vi torear así.

—Lo mismo, lo mismito que el pobre Manolete.

Murcia tiene un torero y Manuel Cascales se llama.

A HOMBROS POR LA CALLE DE ALCALA

Han venido los constantes en la fe, aquellos que creyeron en la promesa del hijo, del hermano, del sobrino o del amigo. Ahora, ante el éxito, los familiares que opinaban que «eso era un ridículo», quieren ser los primeros; los conocidos que negaban el saludo hablan ahora por encima de las reuniones; el muchacho rubio y delgado de Murcia ha empezado a ser, de verdad, el idolo de su tierra.

El 19 de marzo de 1952 torea en Alicante con Montero y Pedrés. Un resultado doloroso: la primera cornada: veinticinco centímetros de extensión al lado del recto.

—De toros es dar cornadas—ha dicho Manolo sonriente, sin dar importancia a la caladura.

Veinticinco corridas en aquella temporada, con finalización el 12 de octubre en Salamanca. Antes, en Requena, otro toro le empujaba con sangre, por segunda vez.

Pero Manuel va estando más hecho, va depurando su toreo, va conociendo más a los toros, va estilizando e interpretando la esencia mágica que lleva dentro.

La temporada de 1953 comienza en Valencia. Las Fallas, con Chicuelo II y Carlos Corpas.

Luego, en Barcelona.

Le había salido un novillo bonito y rotundo. Manolo Cascales dijo, tajante y seco:

—Para mí.

Manolo Cascales ha estereotipado, en el aire cálido de la Monumental barcelonesa, media do-

cena de verónicas tan lentas, tan personales, tan inconcebidas, que la música toca alborotadora ante el muchacho. Vestido de blanco y oro ha rematado con media simple, como el que todo lo conoce y dice sin vocablos:

—Esta es mi sabiduría.

La gente, al principio, se ha quedado estupefacta. Una ovación sostenida es poco para aquello. Y a toro en el anillo, sin picar todavía, Manuel Cascales da la vuelta al ruedo como premio humano a seis verónicas inclasificables.

La temporada va también para arriba, recta y preciosa, ilusionada, como van las novias al matrimonio.

Manuel Cascales ha dicho:

—Hay que ir a Madrid.

El 5 de julio de 1953, la plaza de las Ventas ha agotado el billete. Seis novillos de desecho de tiente y defectuosos, de Moreno Yagüe, para Mario Carrión, José María Recondo y Manuel Cascales, de Murcia, nuevo en esta plaza.

Han venido a verle todos los paisanos de la capital de España y muchos que cogieron el camino —adelante, adelante— por saber del triunfo de su torero.

Oreja en el primero, tres vueltas al ruedo en el segundo, a hombros por la puerta grande, calle Alcalá arriba, como los matadores de época.

La torre de la catedral de Murcia, aquella noche, tenía la iluminación de los reflectores, esponjosa y abierta, más clarificada, como si supiera, ciertamente, de las alegrías y de los orgullos.

LA FIEBRE DE VEINTE MIL MURCIANOS EN EL DIA DE LA ALTER-NATIVA

«Villa Felices» o los tentaderos de Salamanca, de Andalucía o de la región misma, son el refugio activo del invierno.

A principios de 1954, a torear otra vez, y como empieza, en las Fallas valencianas.

Aquel año cuenta, de matador de novillos, catorce novilladas limpias y seguras. Y se piensa, con razón, en la alternativa.

—Quiero tomar la alternativa en Murcia, que es mi tierra y mi entraña. Si aquí empecé torero aquí tengo que seguir.

En las esquinas han pegado el cartel «Murcia, 5 de septiembre de 1954. Seis toros del vizconde de Garci-Grande. Antonio Bienvenida, Julio Aparicio y Manuel Cascales, que tomará la alternativa.»

La capital está en feria. Alcantarilla entera ha venido ante la llamada, y Caravaca, y Lorca, y Cehegín, y Cieza y todos y cada uno de los pueblos de la provincia.

En la mañana del domingo 5 de septiembre no hay más conversación ni más fundamento que lo mismo.

—¿Tienes entrada para los toros?

—¿Qué vestido saca Manolo?

—Bonita es la corrida que hay en los corrales.

—Esta tarde torea nuestro torero.

Hace veinte años que no se recordaba expectación semejante. Enfebrecida está la plaza; enfebrecida y doblada: veinte mil personas anhelantes van a ver encumbrarse a su ídolo.



Cascales, con Chicuelo B, Montero y Pedres, en una procesion de Semana Santa

Como si fuese un genio bajado de los espacios, Manuel Cascales dijo, palabra por palabra, su ciencia, su técnica y su arte del toreo. Van y vienen los toros prendidos, engarzados, engastados como piedras preciosas en el aro rojizo de su muleta. Dos orejas, rabo y pata; dos orejas y rabo; por las cebezas delirantes marcha Manuel Cascales, a hombros de sus vecinos.

Murcia, a las diez de la noche, no sabía si reír, si llorar o si desmayarse.

UNA APOTEOSIS DE SEIS TOROS EN MURCIA

Va a empezar la temporada de 1955. Una temporada triste, porque en ésta va a faltar don Pedro Cascales, el padre que tanto quisiera al hijo, que tanto le ayudara y que tanto sufriera con sus contrariedades.

Don Pedro Cascales ha muerto y no faltó de Murcia una sola persona a su entierro.

El 19 de septiembre del año anterior Manolo había toreado en Murcia un mano a mano con Julio Aparicio. Junto a las barreras, en el callejón de la plaza, una figura conocida observa al torero: es el prestigio de José Flores, «Camará», que calibra el futuro padrino.

Quedó convenido el apoderamiento.

Pero esta temporada, Camará, en la persona de su hijo, lleva a Chamaco.

—Yo comprendía que Camará tenía muchas ocupaciones con Chamaco. Yo, la verdad, quería un apoderado que se dedicara por entero a mis cosas, que fuera a mis corridas, que se ocupara de los toros. Camará, entonces, me recomendó a un buen amigo suyo de toda confianza: a Rafael Sánchez.

Y desde principios del 55, Rafael Sánchez Ortiz puede poner en sus tarjetas: «Apoderado de Manuel Cascales.»

Estamos, pues, en la primavera de 1955. Fallas de Valencia con dos corridas de toros; presentación en Sevilla el 9 de junio; alternativa en Madrid el 12 del mismo mes, con Juan Posada y Carlos Corpas, con toros de Arranz...

La temporada tiene un signo optimista.

Luego llega la apoteosis. Seis toros para Manuel Cascales como único matador en la plaza de Murcia. Si valiera para los espectadores, no habría, en aquella fecha, orejas bastantes para premiarle. Las calles de Murcia, en la nueva ocasión, contemplan la escena del mismo torero en volandas de los mismos paisanos.

Ha llegado Santiago Apóstol: las ferias de Valencia. Litri ha vuelto a los toros y Valencia es el escenario de su presentación. Lleva de compañeros a Julio Aparicio y a Manuel Cascales.

Manuel Cascales está toreando a su primer toro; un astifino de Cobaleda, con carnes y con trapío.

—No hay mejores muletazos en la corridas—dirían las gentes.

En un natural, el pitón izquierdo del Cobaleda ha clavado en la seda violeta del matador. Manuel Cascales termina su muletazo sin moverse, con el pitón dentro, hasta la cepa.

Ocho días angustiosos, entre la vida y la muerte. Murcia ha sentido, dentro de ella la tragedia.

El 31 de julio es trasladado a su capital. Una caravana de automóviles acude a recibirle en Alicante.

Manolo, en su «11 ligero», lleva una sonrisa agradecida.

Ahora, otra vez, Murcia y, otra vez la feria. Aunque antes haya habido las «genialidades con signo contrario» de Cieza y de Requena.

Pero Manuel Cascales, como al go propio de la capital del Est-gura, volverá a darse.

—Lo mismo que Manolete, pero en Manuel Cascales—vuelven, también, a decir sus paisanos.

Y luego, por las calles, otra vez le llevarán en volandas.

Por algo Manuel Cascales, desde pequeño, nació con una constante histórica a lo largo de su vida.

José María DELEYTO



En La Condomina, al hacer el sa- que en un partido de futbol

CONTRA EL IMPERIO DEL HAMPA



La Interpol interviene en los crímenes internacionales. En la foto, el momento de la reconstrucción de un crimen en Bruselas

LA INTERPOL,
UNA GIGANTESCA
RED POLICIAICA
QUE LUCHA POR
LA LEY EN
CUALQUIER
PARTE DEL MUNDO

I CONGRESO MUNDIAL PARA LA PREVENCIÓN DEL CRIMEN

hampa asiática, desde los antros de Calcuta y de Bombay, esos millares de niños nos están pidiendo nuestros sacrificios y nuestros esfuerzos para liberarlos de una perdición que les amenaza para siempre.

LA DEFINICIÓN DE LA PALABRA DELINCUEN- CIA

Sesenta países han estado representados en este I Congreso Mundial para la Prevención del Crimen. El establecimiento de un cierto número de reglas elementales a observar en el tratamiento de los delincuentes, reclutamiento y formación del personal penitenciario, educación de los internados en el período de detención, escuelas en las cárceles y delincuencia juvenil han sido puntos principales de estudio en el Congreso. Las conclusiones, los distintos puntos de vista a que juristas y pedagogos de todo el mundo reunidos en Ginebra han llegado al fin de sus jornadas serán enviadas a todas las naciones. A todos, incluso a los países comunistas, aunque éstos, por su deliberada intención, no han acudido a la sala del Palacio de las Naciones Unidas.

También a este Congreso le llegó su hora de «punto muerto». Hubo un momento en que los congresistas no se ponían de acuerdo. La sesión se alargaba. Toda una mañana, una tarde y todo el día siguiente se discutió el mismo tema. Pero no eran aquí mezquinos intereses, o razones políticas, o razones de Estado las que retardaban el acuerdo. Se trataba sencillamente de una de-

EN Ginebra acaba de cerrar su última sesión el I Congreso Mundial para la Prevención del Crimen. Quinientos juristas, sociólogos, profesores de criminología, sacerdotes, pedagogos, directores de cárceles, médicos y representantes de la Comisión Internacional de la Policía Criminal han llegado a la misma sala del Palacio de las Naciones Unidas, de Ginebra, donde días pasados se celebraba la conferencia de los «Átomos para la Paz». Quinientos hombres para estudiar un solo tema. Un tema de la misma trascendencia que en el futuro pueda tener para el mundo el buen o mal uso de las fuerzas nucleares: la delincuencia, su prevención, su remedio, su tratamiento, las normas y reglas sociales y jurídicas que hagan desaparecer este mal que en muchas naciones se ha convertido en la plaga de nuestro tiempo.

En el orden del día correspondiente al 24 de agosto la ponencia está a cargo de la señorita Katayu H. Wama. Es el nombre de la jurista que en el Congreso representa a la India. Katayu Wama desde la tribuna ha leído ante los quinientos congresistas

un informe rigurosamente detallado. En sus cuartillas está escrita la trágica situación por la que en estos momentos atraviesa la juventud de su patria:

—El aumento de la delincuencia juvenil en la India es muy grave. Yo les puedo asegurar, señores congresistas, que millares y millares de muchachos que aun no han cumplido los catorce años son pervertidos criminalmente por fuerzas secretas. Les abrumaría si diera lectura a los miles de nombres que figuran en mis ficheros. Son chicos de familias campesinas muy pobres que se fugan de sus casas y son acogidos con toda benevolencia por la podrida hampa asiática, que en el mejor de los casos les adiestra para una vida de malhechores. Sobre las ciudades de Madrás y Calcuta, y en especial de Bombay, cae todos los años una banda innumerable de niños que, en manos criminales, llegan a hacer de perfectos e inocentes intermediarios de toda clase de drogas entre el hampa de los ladrones, de los maleantes y de los contrabandistas.

La señorita Katayu Wama termina diciendo:

—Desde todos los rincones del

finición. El Congreso se estancó en el esfuerzo de definir la palabra «delincuencia». Los delegados que representan a Francia y Argentina traron de ampliar la definición en la juventud, «que ha de entrar dentro de la lista de delincuentes desde el niño que dedica la tarde a hacer «novillos» en la escuela, hasta el que roba manzanas de un carro». Los australianos, norteamericanos y escandinavos creen que la definición debe limitarse a los niños que han sido juzgados como delincuentes propiamente dichos.

En el I Congreso Mundial contra el Crimen, la delincuencia juvenil ha sido uno de los temas que más se ha tratado; pero junto a él, y dándole toda la importancia que estos problemas exigen, se han estudiado nuevos métodos para atacar toda clase de delincuencias y delitos, de niños y mayores, y los sistemas más adecuados para atajar las perniciosas y funestas consecuencias que la delincuencia y el delito tienen en la sociedad.

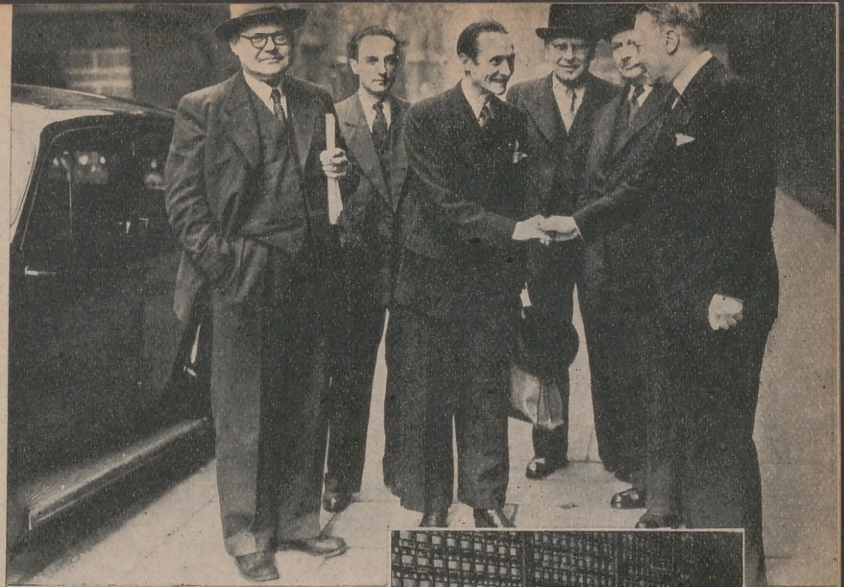
Las conclusiones de este Congreso serán pronto conocidas. Todas las autoridades de los distintos países recibirán una información minuciosa y detallada de los estudios y propósitos de los congresistas. Pero hoy, hasta su total elaboración y depuración permanecen todavía secretos.

CONTRA EL IMPERIO DEL CRIMEN

Contra el reinado de la criminalidad, contra ese misterioso y fatídico «imperio del crimen» que extiende sus garras sangrientas por todos los continentes, una organización está avizorante, el ojo severo, el gatillo pronto, la ráfaga de ametralladora o la bomba de gases lacrimógenos en disposición presta: es la Policía Internacional, la INTERPOL, como generalmente se la conoce.

En cualquier lugar, por la calle, en el teatro, en el café, en el autobús o en los ferrocarriles internacionales, el hombre que viaja a nuestro lado, con aspecto sencillo, pero con gesto rápido e inquisidora mirada, puede ser uno de los más excelentes especialistas de la lucha contra el crimen, un agente de la Interpol.

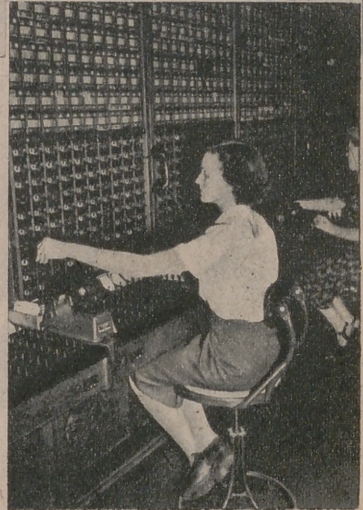
Cincuenta y una naciones, desde Suecia a Indonesia, o desde Nueva Zelanda al Canadá, pertenecen a esta poderosa organización policíaca. Para ella no existen fronteras, sus agentes son algo más poderosos que los mismos diplomáticos. Si un hombre de la Interpol tiene que marchar



de un país a otro país en busca de un asesino y no hay plaza disponible en ningún avión de pasajeros, volará sentado junto al piloto o como mozo de equipajes. o, todavía, será fletado para él un avión especial que llevará objetivo escrito para las demás gentes: turismo; pero cuya verdadera finalidad es otra: la de cumplir y hacer que caiga sobre los culpables el peso infinito, justo e implacable de la Ley.

Nace la Interpol como realización material de una idea del canciller de Austria Johann Schober. El canciller austriaco quería construir una organización internacional que tuviera amplios poderes para la represión de la criminalidad y que, a la vez, dispusiera de elementos técnicos de último modelo contra la represión de la criminalidad.

En 1923, la nacida Interpol instala su Estado Mayor en Viena. La elección de la capital austriaca, donde permanecían concentrados archivos policíacos que interesaban a Hungría, Checoslovaquia, Polonia, Yugoslavia, Rumania y aun Italia —naciones cuyo territorio había estado englobado en su totalidad o en parte en el antiguo Imperio de Francisco José—, fué la base del gigantesco archivo policíaco situado hoy en el número 60 del bulevar Gouvion-Saint-Cyr de la capital de Francia. Archivo que dentro de poco tendrá nuevo local cerca de La Etoile, y que seguirá sumando filiações, histo-



Arriba: El comisario R. M. Howe, a la derecha, da la bienvenida a miembros de la Comisión Internacional de la Policía Criminal, a su llegada a Scotland Yard.—Abajo: Una vista parcial del registro de alarma de los mensajes policíacos

riales, actividades y correrías de los profesionales del crimen.

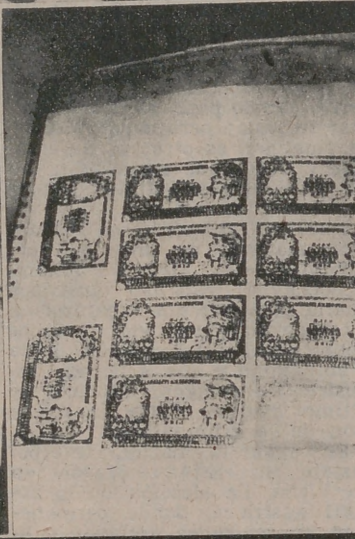
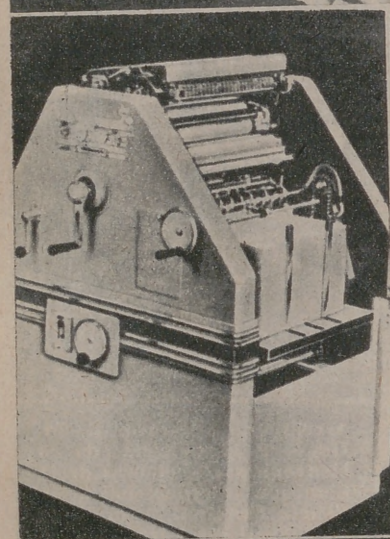
En el Congreso de Ginebra la Interpol ha destacado enviados especiales. De esta forma la lucha contra el crimen ha reunido en unas semanas los dos elementos justos: el teórico y el práctico.

UNA EMISORA A LA BUSCA DE LOS PROFESIONALES DEL ROBO Y DE LA MUERTE

Una voz metálica, invisible y

Las pistolas, las huellas y cuanto pueda servir de indicio para descubrir al criminal, son examinadas detenidamente por técnicos especiales





Los delitos de falsificación de moneda son perseguidos implacablemente por la Interpol. He aquí una máquina de falsificar billetes y varias emisiones de ellos recientemente descubiertas

oculta denunciará sin remisión y sin fallo aquellas actividades de los criminales de todo el mundo: será la potente emisora contra el delito instalada en Lagny-Pomponne.

Hoy los grupos transmisores de la Interpol, por medio de una vasta red de radiotelegrafía, controlan directamente toda Europa, el Estado de Israel y el territorio internacional de Tánger. Pues bien; este control aumentará considerablemente cuando entre en servicio la estación emisora de Lagny-Pomponne, cuyas pruebas acaban de verificarse.

La estación agrupará dos emisoras que funcionarán uno y otro por tres kilowatios, con tres frecuencias y una ampliación prevista de hasta ocho frecuencias, lo cual permitirá comunicar, más adelante, de una manera directa y ultrasecreta, con las estaciones centrales de la organización, quedando ejercido de esta manera un total control policiaco sobre todas las grandes zonas geográficas del mundo.

Una de las armas más eficaces de que dispone la Interpol en su lucha contra el crimen es la radio. Una llamada de radio, un aviso en clave o en código cifrado es a veces de efectos más rá-

pidos y seguros que una ráfaga de ametralladora. Los policías de los cincuenta y un países afectos a la Interpol se comunican hoy entre sí por emisoras que constituyen la llamada «red Interpol», prevista y creada en la Conferencia de Telecomunicaciones de Atlántic City. De esta forma el mundo está dividido en varias zonas, cada una de las cuales posee una emisora central ligada con las demás emisoras. Estaciones intermedias comunican constantemente con la estación central y no tienen necesidad de estar equipadas para comunicarse entre ellas.

La puesta en marcha de esta nueva emisora general terminará de completar el cuadro de las radiocomunicaciones policiacas y prácticamente el mundo entero quedará protegido al poder darse la voz de alarma en pocos segundos a todos los policías de los cinco continentes.

Los profesionales del robo y de la muerte estarán delatados por una permanente voz inmaterializable.

EL «INDICE ROJO» SEÑALA LA LA CAZA DEL HOMBRE

Cuando en una parte del mun-

do sucede un crimen, un robo, una estafa o una falsificación de moneda, largos mensajes parten de la capital del Estado en el que ocurrió el suceso y llegan a las oficinas centrales de París.

Tres clases de noticias se encierran en estos comunicados: «Índice azul», «índice verde» e «índice rojo».

Las primeras señalan la presencia de individuos buscados por las Policías de sus respectivos países; las segundas invitan a la Policía del país receptor a verificar interrogatorios, averiguaciones o comprobaciones sobre determinados delitos que se acaban de cometer, y la última, «el índice rojo», señala de una manera urgente y exacta que se ha abierto la caza del hombre, que el criminal se encuentra en sitio localizado y que hay que proceder rápidamente a su detención, o, si se resiste, a su muerte. Vivo o muerto, es, en este caso, la consigna.

Las noticias son transmitidas por radio, y por radio se recibe la fotografía, la filiación, las huellas digitales y hasta los disfraces que el delincuente pueda presentar. Recibido el mensaje en París, sin pérdida de tiempo sale otra vez reexpedido para su nuevo punto de destino, para el lugar en donde se encuentra el criminal: Londres, Tokio, Buenos Aires...

Entonces la Policía del país se pone en marcha. El hombre cuya extradición se solicita no tiene, a partir de este momento, escapatoria posible. Una implacable red visual le sigue, paso a paso, los movimientos. Y llegado el momento, el criminal se encuentra de repente, sin saberlo, encañonado por un par de pistolas de la Policía Internacional, de la Interpol, que ha vuelto, una vez más, a ganar la partida.

Una de las principales actividades de la Interpol es la represión de delitos monetarios. Por ejemplo, en enero de 1954 se encontraban en Bengasi Alfred y Eleonore Hoefler, pareja de estafadores alemanes reclamados por el Tribunal de Stuttgart por emisión de cheques sin provisión. A las emisoras policiacas de Bengasi llegó un mensaje en «índice rojo» que decía escuetamente: «Alfred y Eleonore Hoefler.» Y a continuación todo el historial policiaco.

Alfred y Eleonore Hoefler pudieron escapar de Bengasi. Llegaron a los zocos de El Cairo. Por las callejuelas recónditas de los bajos barrios musulmanes los hermanos Hoefler permanecieron escondidos. Escurrizos y hábiles, los Hoefler fueron pasando sucesivamente a Damasco, a Bagdad, a Karachi, a Nueva Delhi, a Bangkok, a Hong-Kong, a Tokio y a Chicago. Sin desembarcar llegaron a Vancouver. Una red de policías esperaba su llegada. Efectivamente, eran ellos. Alfred y Eleonore, sobre cubierta, se retrepaban como distraídos en la borda del barco. Cayeron las anclas, desembarcaron los pasajeros con destino a Vancouver; pero la pareja se retraía un poco. Algo raro y extraño debieron ver. Los agentes de la Policía no se hicieron esperar y en el mismo barco sobre las manos de los falsificadores, que ya intentaban arrojar al mar, pusieron las esposas.

La ruta había terminado. La ruta de la huida. Ahora, escoltados por dos agentes de la Interpol. Alfred y Eleonore caminaban hasta Bremen (Alemania), donde otros tres Juzgados reclamaban al mismo tiempo a la pareja por nuevas y distintas acusaciones de falsificación.

La Interpol había cumplido su misión. Una misión difícil, tan difícil como provechosa para el mundo.

El «índice rojo» había dado en el objetivo. La caza del hombre, a través de los siete mares, había terminado.

UNA VIGILANCIA ESPECIAL SOBRE DIEZ MILLONES DE HOMBRES

El tráfico de drogas es, junto con las falsificaciones de moneda, otro objetivo de represión de la Interpol. En el Congreso de Ginebra se ha hablado mucho de «los estragos de la droga». Diez millones de hombres en el mundo son las víctimas. Por el mar, por el aire, por la tierra, las caravanas del contrabando criminal ejercen su oficio. Pero contra ellos una organización trabaja: la Interpol.

He aquí uno de sus éxitos más recientes:

El misterioso «señor X», jefe de una banda de traficantes de drogas, logró hace unos meses introducir en Norteamérica una buena partida de contrabando. La partida se valora en dos millones y medio de dólares.

¿Cómo había entrado este valioso contrabando en lo más céntrico de Nueva York? ¿Quién le enviaba? ¿De dónde procedía? ¿Qué red tan poderosa se oculta tras el telón de unos saquitos de opio, de unas cajas de cocaína, de unas bolsas de marihuana, de unos frascos inyectables de morfina?

Los dos individuos que en estos días están siendo juzgados por la Corte Federal de Brooklyn, un mejicano y un cubano, no han querido o no han podido aportar muchos datos a la Policía. Los interrogatorios se están sucediendo con prisas. La misión de estos dos individuos, según sus manifestaciones, se ha reducido sólo a transportar los narcóticos en maletas de doble fondo desde Méjico a Nueva York y depositarlos allí en las cajas de seguridad de varios Bancos hasta que llegara el momento de manipular las drogas y tratarlas, para ponerlas después a la venta entre sus consumidores. Una parte muy considerable estaba destinada a otros países de Centroamérica.

—Lo he hecho porque me han pagado un buen sueldo. Mil dólares por transportar la «mercancía» desde Méjico. Yo trabajo allí de maletero en el puerto de Veracruz.

El mejicano no ha podido contestar a la Policía otras preguntas de mayor interés: «¿Quién le dió los dólares? ¿Conoce usted a alguna persona que intervenga en este asunto?»

El cubano, de profesión desconocida, no ha sido más explícito:

—En los Bancos nunca preguntan a sus clientes sobre la naturaleza de los valores que conservan en sus cajas de seguridad. Los narcóticos se encontraban en



Un registro en un coche dió lugar al descubrimiento de 100.000 dólares falsos. Este es el momento de su descubrimiento

lugar alejado de toda posible sospecha. Por eso recibimos órdenes de dejarlos aquí. De esta partida no ha salido nada para el reparto. Nosotros hemos cumplido con nuestro cometido. De lo demás se encargarán otros. Es todo lo que puedo decirles.

Esto era todo lo que el cubano podía o quería decir a los miembros de la Corte Federal de Brooklyn; pero al abrirse un nuevo proceso, el juez ha anunciado que conoce ya la identidad del jefe de la banda, aunque en Méjico se ha desmentido la noticia, afirmando que los grandes titulares de la Prensa eran sólo el fruto de la imaginación y la fantasía de los periodistas.

«El asunto de este contrabando—ha dicho un suelto de un periódico mejicano—es más oscuro de lo que supone.»

El jefe de la Policía Federal de Narcóticos acaba de desmentir la versión de que esta banda posea en Méjico reservas por un valor de mil millones de dólares:

—Una cantidad tan fabulosa es imposible que exista aun dentro de los Estados Unidos—ha dicho el coronel Humberto Mariel—, pues en realidad no encontraría consumidores, debido al alto precio de la droga. Serán bastante menos dólares; pero es cierto que se trata de muchos millones.

El misterioso «señor X», como

en las películas, seguirá quizá paseando por las calles de Méjico o Cuba, o de Nueva York, o de cualquier país europeo. Como en las películas, como en las novelas, el misterioso «señor X» caerá en el último acto, en la última escena. De ello se está encargando la eficacia y el tesón de la Policía Internacional.

En algunas ocasiones interferir una expedición de narcóticos puede representar un combate a tiro limpio, una escaramuza bélica donde no es raro la caída y la muerte de un policía o de un contrabandista. Todos los trucos posibles han sido ya catalogados por la Policía Internacional. Una perfecta coordinación de esfuerzos hace cada día más difícil y complicado el transporte de la «mercancía».

Delincuencia, drogas, falsificaciones, robo y crimen: todo ello ha sido tratado de una manera directa y secreta en el Congreso de Ginebra. Para la puesta en práctica de nuevos y tajantes métodos el Congreso de Ginebra cuenta con un elemento esencial: la Policía Internacional, cuyo nombre, por otras señas, es el de Interpol. Una institución ejemplar al servicio de la humanidad.



Agentes de Policía entrenándose en ejercicios de salvamento en una piscina

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120



CONTRA EL IMPERIO DEL HANCA

LA INTERPOL, UNA GIGANTESCA RED POLICIACA QUE LUCHA POR LA LEY EN CUALQUIER PARTE DEL MUNDO

Congreso Mundial para Prevención del Crimen

Se celebrará en Ginebra un Congreso Mundial del Crimen. En la lucha contra los criminales de todos los países, la organización más eficaz lleva por nombre principal: la Interpol. Agentes especializados descubren a asesinos internacionales ante las últimas y más modernas técnicas policíacas. En la fotografía de abajo, por ejemplo, puede verse el empleo de la televisión para la identificación de presuntos delincuentes.

